

Serie: Cronologías

Periodo postexílico final

Un estudio cronológico complementario del periodo postexílico, desde el retorno de los judíos y la reconstrucción de Jerusalem hasta antes de los tiempos del Mesías.



Federico Salvador Wadsworth



0. Contenido

0.	Contenido	2
1.	Introducción General	3
2.	Estructura del Tratado de Cronología.....	3
3.	Mapa General de Tratados.....	5
4.	Mapa del Tratado	6
5.	Diagrama de la Cronología.....	7
6.	Propósito del Tratado	8
7.	Desarrollo del tema	8
7.1.	Enfoque general.....	8
7.2.	Base de la Cronología.....	8
7.3.	Cronología.....	11
7.4.	Conclusiones.....	12
8.	Material complementario	14
8.1.	El final del Imperio Medo-Persa	14
8.1.1.	El impacto de las guerras médicas	14
8.1.2.	La caída del imperio.....	23
8.2.	Alejandro y el Imperio Macedónico	25
8.2.1.	Antecedentes griegos	25
8.2.2.	Las conquistas de Alejandro	27
8.2.3.	El fraccionamiento del Imperio.....	30
8.3.	Roma	34
8.3.1.	Los orígenes	34
8.3.2.	La República Romana	36
8.3.3.	La expansión romana	42
8.3.4.	La caída de los reinos macedonios.....	44
8.3.5.	El fin de la República	46
8.3.6.	El Imperio.....	48
8.4.	Israel hasta Jesús	50
8.4.1.	De Medo-Persia a los Ptolomeos.....	51
8.4.2.	Bajo el Imperio Seleúcida	52
8.4.3.	Antíoco IV Epífanos y los macabeos	53
8.4.4.	La revolución macabea.....	54
8.4.5.	El reino asmoneo	57
8.4.6.	Roma y los Asmoneos.....	58
8.4.7.	Herodes y el fin de los asmoneos	59
8.4.8.	El silencio profético	62



1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32)**.

El conjunto de tratados sobre cronología bíblica, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15)**.

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7)**.

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario a la cronología que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12)**. Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

2. Estructura del Tratado de Cronología

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados sobre dicho tema. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- | | | |
|----|----------------------------|-------------|
| a. | Religiones comparadas | Serie 70.nn |
| b. | Cronologías | Serie 75.nn |
| c. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. | Genealogías | Serie 85.nn |
| e. | Biografías bíblicas | Serie 90.nn |
| f. | Historia | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Luego del mapa mencionado, encontrará usted uno o más diagramas de cronología que se tratarán en este estudio.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
- b. Citas Bíblicas (en color rojo).
- c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
- d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
- e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
- f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
- g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

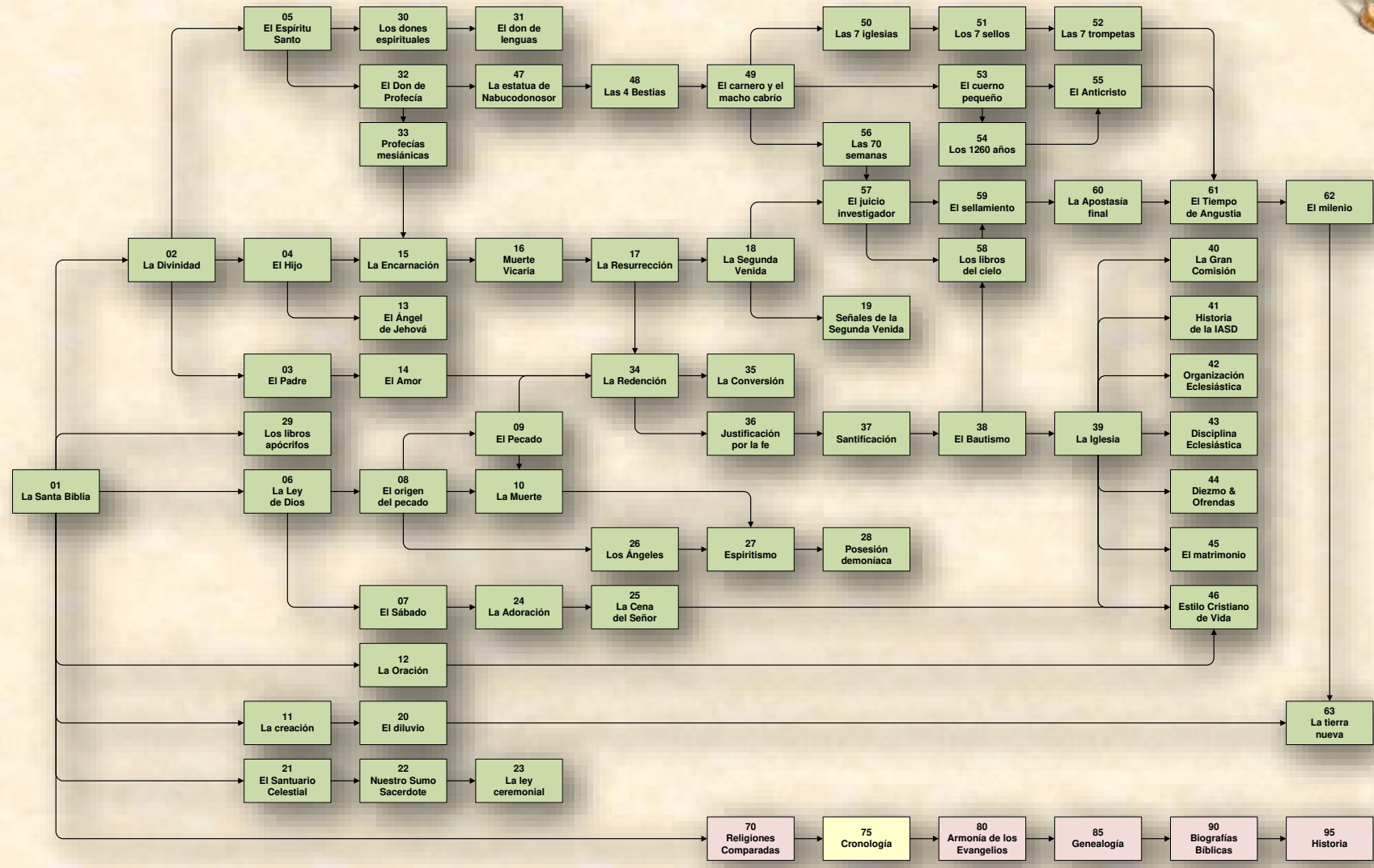
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayudamemoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permitame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchan con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que "de gracia recibisteis, dad de gracia" (Mateo 10: 8).

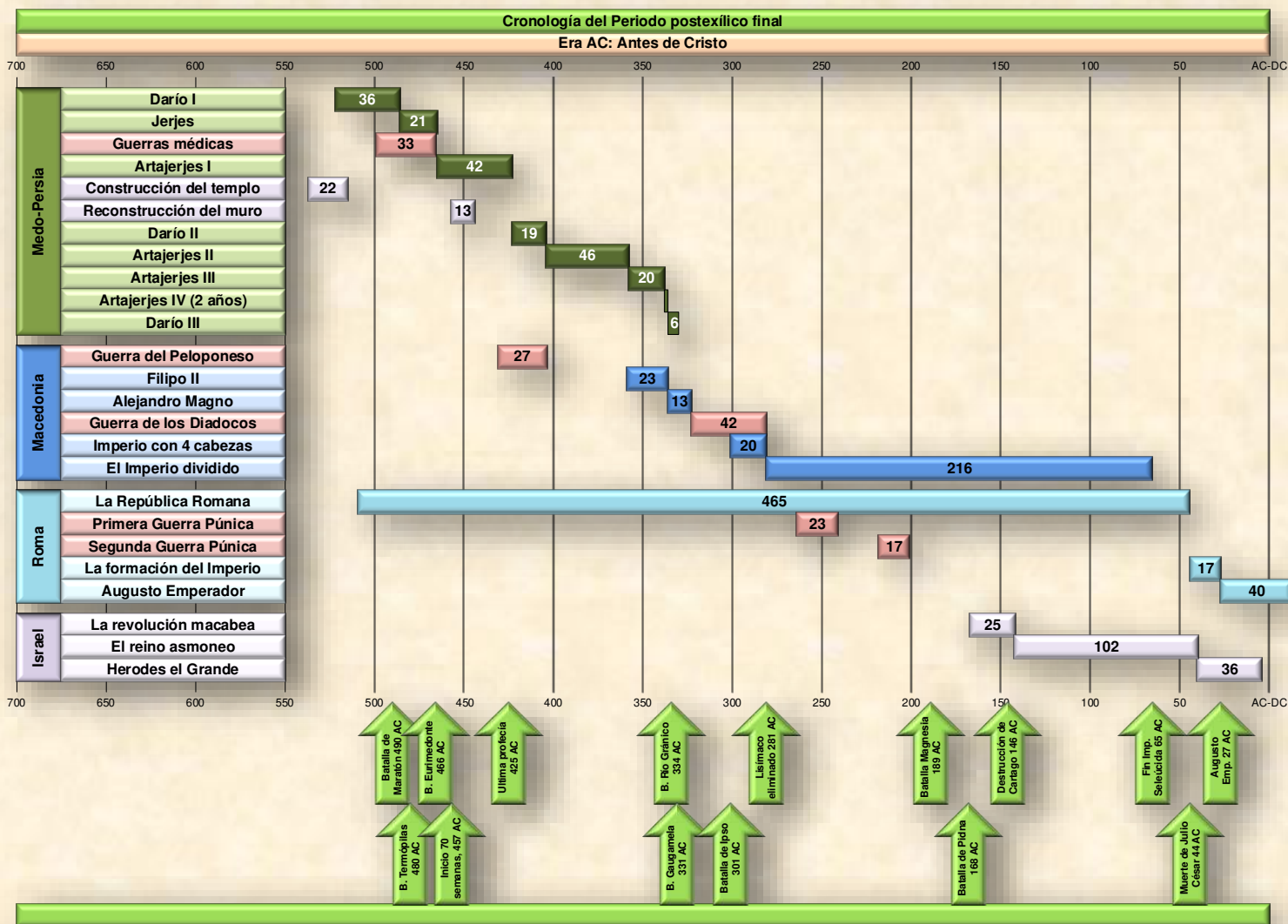


3. Mapa General de Tratados





5. Diagrama de la Cronología





6. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Presentar los acontecimientos del periodo intertestamentario de la historia de Israel.
- b. Mostrar el entorno histórico de periodo intertestamentario.
- c. Vincular la historia de Israel y la profecía de este periodo.
- d. Colocar la base para las cronologías del Nuevo Testamento.

7. Desarrollo del tema

7.1. Enfoque general

Como su nombre lo indica este periodo intertestamentario no aparece en las porciones históricas de la Santa Biblia, pero sí podemos encontrar referencias a estos periodos en la profecía bíblica, así como en la historia y algunas escasas referencias en el Nuevo Testamento. A pesar de esto comprender la cronología de este periodo permite entender algunos de los eventos del Nuevo Testamento y el comportamiento de sus personajes, pero también presentar como en un telón de fondo cómo, a pesar del silencio profético, se cumplió lo que estaba pronosticado sobre la caída de los imperios Medo-Persa y Macedónico, y la aparición del último imperio, y el más grande de todos, el Imperio Romano.

Podemos, por lo tanto, señalar que existen 4 periodos históricos relevantes durante este tiempo intertestamentario:

El período entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento abarca:

1. La conquista del Imperio Persa por Alejandro Magno (las campañas duraron desde el 334 hasta el 323 AC; la campaña decisiva en Mesopotamia ocurrió en el 331 AC).
2. La división del imperio de Alejandro, unos 20 años después de su muerte, en 4 partes principales (301 AC), más tarde reducido a 3 partes (cerca del 280 AC), que finalmente fueron absorbidas en forma gradual por el Imperio Romano (entre el 168-30 AC).
3. El breve período de independencia judía (entre 143-63 AC) surgido por la rebelión de los Macabeos (cerca de 168 AC) contra el Imperio Seléucida (las fechas pueden variar en un año, de acuerdo con 2 interpretaciones de la Era Seléucida, que fue muy usada en el Cercano Oriente en ese período), y que terminó con el sometimiento de Palestina a los romanos en el 63 AC.
4. El gobierno de los Herodes, reyes vasallos judío-edomitas bajo Roma, desde el 40 AC hasta el período neotestamentario.

Diccionario Bíblico Adventista, Cronología, Periodo Intertestamentario

7.2. Base de la Cronología

A diferencia de las cronologías anteriores, que están basadas en versículos de la Santa Biblia corroborados por la historia, esta se basa en fechas históricas de una época en la que no existe relatos bíblicos de los acontecimientos. Sin embargo, algunas profecías bíblicas encontraron cumplimiento en este periodo y contribuyen al trazado de los eventos centrales de la cronología de la fase intertestamentaria.



En este periodo se produce la caída del otrora poderoso Imperio Medo-Persa (que aparece simbolizado por un oso hambriento en la profecía de **Daniel 7**, vea, si desea, mi tratado sobre la profecía de las 4 Bestias) a manos de los macedonios conducidos por Alejandro el Grande. El imperio se había debilitado por el vano intento de dominar a los griegos en las llamadas guerras médicas, contiendas que además de consumir los recursos del imperio, aún poderoso, desarrollaron en los griegos el espíritu de venganza contra el invasor. La venganza llegaría de mano del futuro imperio macedónico.

La primera guerra médica, en tiempos de Darío el Grande, se inició con la revuelta jónica del 499 AC (cuando la hermosa ciudad de Sardis, Asia Menor, fue incendiada por los atenienses y jonios en el 499 AC). El final de la primera guerra lo marcó la

célebre batalla de Maratón en el 490 AC, donde los griegos vencieron a los medo-persas quienes debieron allí, al menos, posponer sus propósitos de dominar a la altiva Grecia. Las primeras etapas de esta guerra



culminaron con la posesión medo-persa de Tracia quedando Macedonia como un estado vasallo, aunque sin dominar a quienes representaban el mayor poder entre las múltiples y competitivas polis griegas, Atenas y Esparta, en especial después de la batalla de Maratón.

Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro, y tenía en su boca tres costillas entre los dientes; y le fue dicho así: levántate, devora mucha carne.

Daniel 7: 5

Los medo-persas, que poseían un ejército superior en número, habían quedado con la sangre en el ojo al final de la primera guerra médica de la cual se había retirado un frustrado Darío el Grande dejando a cargo de la guerra a su general Mardonio, derrotado en Maratón e imposibilitado de atacar Atenas como se había propuesto. Jerjes, hijo de Darío, el Asuero del libro de **Esther**, regresaría con su ejército en el 480



AC, 10 años después de Maratón, dispuesto a cobrarse la revancha contra Grecia. Para ello reunió un formidable ejército (algunas cifras de los historiadores más antiguos parecen mitológicas) que parecía debía darle la victoria contra los griegos. Debemos recordar que Jerjes había sido hasta entonces un exitoso general capaz de en el 485 AC sofocar una revuelta egipcia, y en el 482 AC hacer lo propio con Babilonia. Envalentonado por estos triunfos decidió emprender la conquista de Grecia, en lo que demostraría ser el error de su vida, tanto que esta larga guerra terminaría por minar su no muy grande prestigio (era más conocido por sus aventuras amorosas) y caer víctima de una revolución palaciega.

La segunda guerra duraría 14 años (algunos estudiosos dividen esta segunda guerra haciéndola terminar en el 478 AC, aunque Jerjes sufría una derrota más en el 466 AC, en lo que sería, para algunos historiadores, la tercera guerra médica), hasta el 466 AC (y Jerjes sería asesinado el año siguiente durante el complot contra su vida encabezado por su poderoso visir Artabán). Sobre este periodo del imperio, si desea más detalles, le

ruego remitirse al material complementario de mi tratado sobre la cronología de la cautividad babilónica y retorno.

La segunda guerra se iniciaría con aparente ventaja medo-persa luego de la batalla de las Termópilas en el 480 AC, donde 300 espartanos detuvieron al ejército de Jerjes en un desfiladero que parecía inexpugnable. La traición de Efiates al conducir a los medo-persas por un camino alternativo a espaldas de los espartanos terminó con la esforzada resistencia de los 300, que lograron acabar antes con 10.000 enemigos. Aunque derrotados, los espartanos habían ganado un tiempo precioso que permitiría a los ejércitos griegos organizarse para la lucha, que dejaron Atenas despoblada para reunirse cerca de la Isla de Salamina, testigo de la brillante victoria griega sobre los persas en uno de los combates navales que la historia destaca.

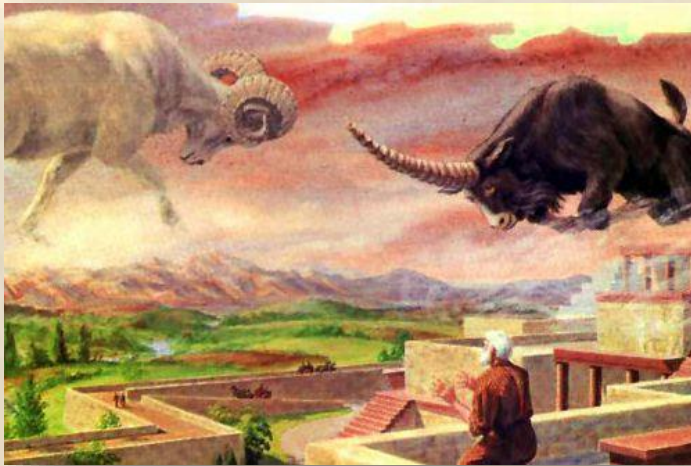
Un año después, 479 AC, la victoria de Platea prácticamente sellaría el destino de la guerra que los persas prácticamente abandonaron. Como mencioné líneas arriba para algunos historiadores aquí termina la segunda guerra médica. La victoria final de los griegos en la batalla del Río Eurimedonte en el 466 AC (un fracaso estrepitoso para los medo-persas) dejaba libre a Europa del temor a los medo-persas y los dejaba debilitados más de un siglo antes de Alejandro.

Por otro lado, el gran macedonio también se vería beneficiado por la guerra del Peloponeso (431-404 AC) que enfrentaría a Atenas y a Esparta y sus respectivos aliados, lo que los debilitaría y que también favorecería la emergencia de la hegemonía macedónica un poco menos de 70 años después. Pero tres siglos antes de que esto ocurriera Dios había revelado a **Daniel**, mediante una visión, que al poderoso carnero medo-persa el macho cabrío macedónico lo vencería sin atenuantes en una lucha que la Inspiración nos presenta con detalles muy claros. Puede ver más de esto, si así lo desea, en el tratado sobre el carnero y el macho cabrío.

En el año tercero del reinado del rey Belsasar me apareció una visión a mí, Daniel, después de aquella que me había aparecido antes. Vi en visión; y cuando la vi, yo estaba en Susa, que es la capital del reino en la provincia de Elam; vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai. Alcé los ojos y miré, y he aquí un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos



eran altos, uno era más alto que el otro; y el más alto creció después. Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni había



quien escapase de su poder; y hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía. Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su poder.

Daniel 8: 1-7

Luego de la guerra del Peloponeso (431-404 AC), que comenzó con una pelea entre Atenas y sus colonias, pero luego incluyó a todos los estados griegos y sus flotas, terminó con la caída de Atenas y la consiguiente supremacía temporal de Esparta (404-371 AC); las luchas continuaron hasta que Esparta fue reemplazada por una breve supremacía de Tebas (371-362 AC). Unos años más tarde (338 AC) como consecuencia de estas luchas fratricidas, parte de Grecia, especialmente el norte, cayó en manos de Filipo de Macedonia en la batalla de Queronea, y poco después llegó a ser parte del Imperio Macedónico de su hijo Alejandro Magno. A la muerte de Filipo (336 AC) ante la sublevación de Atenas y Tebas, Alejandro cruzó Tesalia (que su padre ya había conquistado) y tomó Tebas y la destruyó el 335 AC, por lo cual Atenas se sometió al ímpetu del joven Alejandro, que por su corta edad había alentado las esperanzas de sus enemigos. Un año, después a los 21 años, era el Hegemon de toda Grecia y se dispuso a cumplir el sueño de su padre, someter al imperio persa y lo hizo con la velocidad de un leopardo con cuatro alas de ave, como decía la profecía.

Después de esto miré, y he aquí otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio.

Daniel 7: 6

El ejército greco-macedónico encabezado por Alejandro venció a los persas en la batalla del Río Gránico en 334 AC, también los venció en Iso en el 333 AC, y luego tomó Tiro en el 332 AC en uno de los asedios más impresionantes de la historia



antigua (el gran Nabucodonosor no pudo tomar Tiro en 13 años, Alejandro lo hizo en 6 meses). Ese mismo año Egipto se rindió sin lucha y vivaron a Alejandro cuando fue nombrado Faraón. Al año siguiente, 331 AC, luego de fundar Alejandría propinó a Darío la peor de las derrotas en Gaugamela (también llamada Batalla de Arbelas). Persiguió a Darío, incendiando Persépolis en el camino y luego hacia Ecbatana encontrando al rey persa asesinado por sus propios hombres, y le brindó una respetuosa y regia sepultura. En 3 años había acabado con el imperio medopersa, como lo señalaba la profecía, con una velocidad asombrosa. Siguió extendiendo sus dominios hasta el Río Indo y luego retornó a Babilonia con el deseo de hacer un imperio basado en la cultura griega. Los excesos de una vida libertina después de haber conquistado todo, desembocaron en su

temprana muerte en el 323 AC. En 13 años había conquistado el mayor territorio de todos los tiempos, pero no pudo con su propio carácter.

La muerte de Alejandro a los 33 años dejó el trono sin un claro o indiscutido monarca y con muchos generales que se sintieron con derecho a hacerse del imperio. Inicialmente pusieron a Filipo Arrideo, débil mental y medio hermano de Alejandro, como rey juntamente con el niño Alejandro, hijo de Roxana, princesa



de Bactriana, nacido después de la muerte de su padre, pero solamente resultaron figuras decorativas de las luchas entre los generales que finalmente les dieron muerte. Uno de los generales Antígono, que tenía sede en Asia Menor y controlaba la mayor parte del territorio del imperio de Alejandro y se enfrentó a otros cuatro generales: Casandro, Lisímaco, Tolomeo y Seleuco, quien los había convocado. En la Batalla de Ipsos, en Frigia, Asia Menor, en el 301 AC lo vencieron y repartieron el imperio entre ellos. 22 años después de la muerte del gran macedonio su imperio se había desmembrado en 4 partes como señalaba la profecía.

Como en los otros casos, daremos mayor información en el material complementario. Estas luchas intestinas, que también siguieron luego de esta fecha es conocida históricamente como la Guerra de los Diádocos. Unos 20 años después Lisímaco había desaparecido (muerto en una batalla contra Seleuco) y su territorio fue anexado por el imperio seleúcida. Por otro lado, Demetrio que había apoyado a su padre Antígono, finalmente despojó a Casandro, e inició la dinastía antigónida de Macedonia.

Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.

Daniel 8: 8



Mientras todo esto ocurría al oeste del escenario bélico que hemos presentado se gestaba el más grande imperio que ha visto occidente en la edad antigua: Roma. Pero lo extraño es que este poder en ciernes se basaba no en la monarquía de los imperios orientales, ni en la extraña democracia ateniense sino en una estructura política diferente: la república romana. Los inicios de Roma, a mitad del Siglo VIII AC, no parecían presagiar el éxito que finalmente tuvo.

Rodeado por una multitud de pueblos, algunos de ellos más poderosos, como los samnitas y etruscos, Roma había logrado hacerse de la península itálica hacia la mitad del Siglo III AC y se propuso ganar el dominio del Mar Mediterráneo, clave para la navegación, el comercio y la economía, y enfrentó exitosamente a Cartago, en las famosas guerras púnicas, para luego absorber a los imperios que habían heredado el imperio de Alejandro, y afirmar su poder en la batalla de Pidna, 168 AC, para continuar sometiendo al imperio seleúcida en el 63 AC.

Luego con la aparición de Julio César, la república en su crisis final se convertiría en una dictadura, para que a la muerte violenta de Julio César (asesinado por una conjura de los senadores de Roma) naciera el Imperio, que duraría unos 5 siglos, en occidente y un milenio más en oriente. La bestia espantosa aparecía en escena.

Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos.

Daniel 7: 7

Casi como olvidado de la historia, el remanente judío sería llevado de aquí a allá por los movimientos de estos poderosos contendientes pero su importancia histórica renacería al final del periodo intertestamentario con la aparición de quien dividiría la historia con un antes y un después de Él: Jesucristo.

7.3. Cronología

Si creamos, en base a estos relatos, una tabla de los periodos claves desde los momentos posteriores a la reconstrucción de Jerusalem hasta el final de periodo intertestamentario podemos encontrar la información resumida en el cuadro siguiente.

Para desarrollar este cuadro utilizaremos las fechas históricas mencionadas en el acápite anterior añadiendo algunos detalles más precisos del material complementario, tanto como para los principales imperios presentados como para el devenir del pueblo de Israel en este periodo turbulento de la historia



antigua, manteniendo como límite para este despliegue cronológico el inicio de la era cristiana. Para enlazarla con la cronología de la cautividad babilónica y el retorno de los judíos a Jerusalem trataremos de incluir las etapas finales de esta cronología y darle continuidad al enfoque.

Evento del periodo	Duración	Año AC de inicio	Año AC de final
Reinado de Darío I	36	522	486
Reinado de Jerjes	21	486	465
Guerras médicas	33	499	466
Reinado de Artajerjes I	42	465	423
Construcción del templo	22	537	515
Reconstrucción del muro	13	457	444
Reinado de Darío II	19	423	404
Reinado de Artajerjes II	46	404	358
Reinado de Artajerjes III	20	358	338
Reinado de Artajerjes IV	2	338	336
Reinado de Darío III	6	336	330
Guerra del Peloponeso	27	431	404
Reinado de Filipo II de Macedonia	23	359	336
Reinado de Alejandro Magno	13	336	323
Guerra de los Diadocos	42	323	281
Imperio de Alejandro con 4 cabezas	20	301	281
El imperio dividido	216	281	65
La República Romana	465	509	44
Primera Guerra Púnica	23	264	241
Segunda Guerra Púnica	17	218	201
La formación del imperio	17	44	27
Augusto Emperador	40	27	14
La revolución macabea	25	167	142
El reino asmoneo	102	142	40
Reinado de Herodes el Grande	36	40	4

Habrás notado que la cronología está definida en base a la era AC (antes de Cristo) que se entiende basada en el año histórico del nacimiento de Jesús (aunque realmente no nació dicho año histórico, cosa que trataremos en otra oportunidad). Quisiera, como siempre, hacer algunas observaciones que relativizan las fechas que usamos en esta cronología:

- La duración de los periodos está aproximada al año.
- La cronología está hecha en base a los años antes de Cristo, o era AC, con excepción del fin del reinado de Augusto expresado en la era DC (el recuadro dentro de la tabla está en color verde).
- Como no se mencionan, por otro lado, las fracciones de años, los errores pueden acumularse por exceso o por defecto, o pueden anularse entre sí. Esto tiene un efecto menor sobre el diagrama que no tiene mucha precisión para periodos muy pequeños, tomando en cuenta que hay algún rey que apenas gobernó dos años.
- Los números marcados en rojo corresponden a estimaciones que se explican en la cronología, pero que podrían tener un mayor margen (aunque aún poco importante) de error. Su potencial variación no afectaría, sin embargo, las conclusiones fundamentales de esta cronología.
- Algunos eventos históricamente fechables permiten organizar alrededor de ellos otros periodos con una menor precisión histórica (en cuanto a la fecha de ocurrencia y no de si realmente acontecieron).

7.4. Conclusiones

La cronología nos permite extraer las siguientes conclusiones:

- El periodo se inicia con el deterioro del Imperio Medo-Persa, aparentemente en la cumbre de su esplendor con Darío I el Grande, cuando decide expandir su territorio hacia Europa y se topa con las polis griegas.
- Las guerras médicas bajo Darío I y Jerjes afectaron la imagen del imperio y fortalecieron a los



- griegos que luego dominarían el mundo bajo Alejandro Magno.
3. Mientras reinaba Artajerjes I, hijo de Jerjes, alrededor del 425 AC se cerró el Antiguo Testamento con las profecías de **Malaquías**, el último profeta bíblico del Antiguo Testamento.
 4. Observe que el Imperio Medo-Persa no supo aprovechar la Guerra del Peloponeso que durante 27 enfrentó a las principales ciudades griegas, perdiendo entonces Atenas su supremacía frente a Esparta, que luego le cedería la cumbre del poder a Tebas por un corto tiempo.
 5. Sin embargo, un oscuro reino, hasta entonces, Macedonia, sí aprovecharía las luchas entre las naciones griegas para asumir el control de toda Grecia bajo Filipo II y su hijo Alejandro.
 6. La aparición del gran macedonio cambiaría la historia de no solamente de su país, sino que también acabaría con el gran imperio medo-persa, cambiando, por casi dos milenios, el centro de poder del Asia a Europa, sino que llevaría la cultura griega al Asia meridional y haría del griego el idioma internacional.
 7. Alejandro en apenas tres años acabó con el Imperio Medo-Persa con sus sucesivas victorias en las batallas de Gránico, Iso y Gaugamela y puso fin al imperio de Darío II, asesinado por sus propias tropas durante la huida, mientras eran perseguidos por el ejército greco-macedónico.
 8. Después de llegar hasta la India, en el 323 AC sus tropas le pidieron regresar y lo hizo para morir de fiebre en el 323 AC, a los 33 años.
 9. La sorpresiva muerte de Alejandro creó una crisis en el imperio, sin una clara línea de sucesión. Se inició la llamada Guerra de los Diadocos (que significa sucesores) que duró 42 años, 22 de los cuales se consumieron en lograr que 4 generales que lucharon contra Antígono (aparentemente el más poderoso de los generales) lograran dividirse el imperio.



10. Al cabo de esta guerra finalmente el número de los segmentos del imperio se redujo a 3. Los más importantes fueron el Imperio Seléucida (el más extenso), el Imperio Ptolomeico en Egipto y el reino de Macedonia y Grecia bajo Casandro. Este último cayó frente a Demetrio, hijo de Antígono, que fundó la dinastía antigónida en Macedonia que duró más de un siglo.
11. El imperio dividido duró más de 2 siglos, aunque fue cayendo progresivamente en manos de Roma.
12. Macedonia cayó en manos romanas en el 198 AC. Las batallas de Magnesia 188 AC y de Pidna 168 AC resultaron decisivas para la caída del Imperio Seléucida en manos romanas. La absorción final se completó el 65 AC, y el Imperio Ptolomeico cayó en manos romanas en el 30 AC, aunque ya lo era en términos prácticos desde la época de Julio César.
13. Desde su fundación, alrededor del 753 AC, a Roma le tomo casi 500 años hacerse dueña de la península itálica, pero en los siguientes dos siglos dominó todo el mundo conocido.
14. Luego de las guerras púnicas del Siglo III AC, contra Cartago, la ciudad fenicia capital del estado púnico, que controlaba todo el Mar mediterráneo, Roma se hizo poderosa fuera de las fronteras italianas lo que consolidó con la destrucción de la capital púnica en el 146 AC.



15. La expansión romana continuó con la anexión de las fracciones del imperio de Alejandro, que hemos mencionado.
16. Todo esto acarreó un periodo de grandes cambios en el entorno de Israel que no pudo enfrentar a los grandes movimientos en el dominio del poder del mundo conocido.
17. Solamente hay un breve periodo de libertad durante la revolución macabea y el reino asmoneo, para luego pasar al dominio más evidente o explícito de Roma, con la llegada, después de Herodes el Grande, de los procuradores romanos, como Poncio Pilato, a Judea.

8. Material complementario

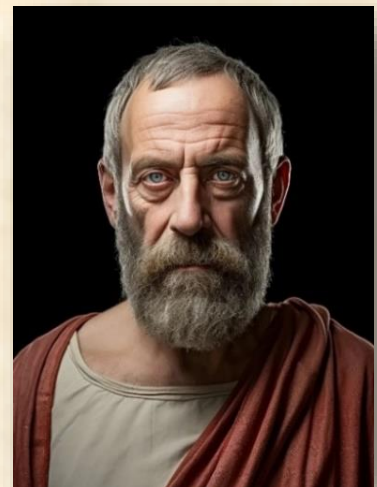
8.1. El final del Imperio Medo-Persa

La supremacía medo-persa se inició con la caída de Babilonia en el 539 AC y termina con la apabullante derrota en la Batalla de Gaugamela en el 331 AC frente a los ejércitos greco-macedónicos de Alejandro. Sin embargo, importantes historiadores encuentran en las guerras médicas de principios del Siglo V AC, una importante razón del deterioro del imperio. Además de la pérdida de prestigio, la derrota significó el fortalecimiento de las ciudades griegas en Asia Menor, en las costas de la actual Turquía, que fortalecieron la economía griega, en especial la de Atenas, y que luego favorecieron el desembarco y avance de los ejércitos de Alejandro, además de proveer soldados para la conquista del oriente. Por otro lado, la debilidad de los reyes aqueménidas se hizo cada vez más evidente frente a un enemigo que se hacía cada vez más poderoso.

8.1.1. El impacto de las guerras médicas

Desde que me empezó a gustar la historia, hace casi 50 años, las batallas de la edad antigua, en especial las relacionadas con las guerras médicas, me resultaron atractivas por la descomunal diferencia de recursos entre ambos contendientes, y cómo la estrategia combinada con el valor hizo que la victoria se inclinase hacia el lado aparentemente débil. Aunque la historia antigua clásica incluye algunos mitos dentro del relato, los historiadores modernos con nuevas fuentes y el apoyo de otras ciencias como la arqueología han logrado realzar las proezas de los combatientes griegos y han esclarecido algunos puntos que habían quedado oscuros en los relatos de **Heródoto**. Una cosa también es evidente, que el conflicto estableció un cambio en “el mapa político de la Hélade”.

Para narrar el mayor conflicto bélico que sacudió las tierras griegas, las llamadas “Guerras Médicas”, contamos con la figura de un historiador excepcional. **Heródoto de Halicarnaso**, considerado como el “padre de la historia”, narró en su homérica obra “**Los nueve libros de la Historia**” la guerra que enfrentó a griegos y persas entre el 490 y el 479 AC. En su proemio ya manifiesta la intención de contar las grandes gestas efectuadas por bárbaros y griegos para que no caigan en el olvido, pero no como simple relato, sino emitiendo juicios de valor y tratando de dar explicación a las causas que llevaron a ambas potencias a guerrear entre sí. Siendo el prisma desde el que **Heródoto** cuenta sus historias eminentemente griego, también da numerosos datos y valiosos testimonios que nos sirven para hacernos una idea fidedigna de cómo estaba configurado el imperio que desafió a los pueblos de la libre Grecia. Aunque la historia la escriben los vencedores, y ante la inexistencia de un **Heródoto** persa y de que las fuentes asiáticas están plagadas de documentos burocráticos y administrativos, pero ninguno de valor histórico, hemos de ceñirnos a las páginas de las **Historias** para acercarnos a la magnitud del conflicto y a la cantidad de personajes que pueblan este apasionante relato. **Heródoto** reparte reconocimientos y antipatías por igual en sus páginas, tanto de uno y de otro bando, siendo más corrosivo por ejemplo con los jonios y especialmente atento con los atenienses, su segunda patria. De los persas elogia su sinceridad y lealtad, sin desdeñar tampoco el valor de sus soldados, y atribuye su derrota a la inferioridad en armamento y tácticas. Su imparcialidad queda así demostrada, ya que no culpa directamente a alguno de los bandos del inicio de las hostilidades, sino que la considera un hecho inevitable, suma de numerosos factores que desencadenan el conflicto bélico que a la larga cambiará el mapa político de la Hélade.



Antonio Aguilar Barajas, Una historia épica, Las Guerras Médicas, 2

Desde los grandes comienzos de la dinastía aqueménida con Ciro, la conquista de Egipto por su hijo Cambises, y el reinado de Darío El Grande que sofoca la rebelión del falso Esmerdis y engrandece el imperio, todo parece ir sobre ruedas para Medo-Persia. Pero el deseo de expansión



y la tensión en las fronteras del Mediterráneo con las polis griegas, sometidas a los tiranos (gobernantes impuestos por los persas) fueron desarrollando las condiciones para un enfrentamiento. Los griegos parecían aceptar de mala gana la evidente superioridad e influencia persa, y vieron con temor que los persas cruzaran el estrecho de los Dardanelos en el 517 AC y penetraran en Europa para someter a los escitas, tracios y acercarse al territorio de los macedonios que aceptaron en el 513 AC el señorío de Persia. La sublevación de los jonios, que ocupaban las

ciudades en la costa asiática del Mar Egeo, en el 499 AC desató la primera guerra médica, impulsada por los gravosos tributos persas. La lucha fue desigual y el aplastamiento de los jonios, tras una lucha de seis años, hasta el 493 AC, llenó de preocupación a Atenas y a otras grandes ciudades en la Grecia europea, empezando a desarrollar el rencor y deseo de venganza contra el invasor asiático.

El imperio persa fue fundado por Ciro el Grande hacia el 550 AC. Este gobernante era descendiente del fundador de la estirpe real persa, Aquemenes, por lo que se conoce como Aqueménidas a los integrantes de la familia real. Sus dominios iniciales se limitaban a la actual Irán, pero fueron aumentados por Ciro al derrotar al pueblo de los medos, país situado al norte del núcleo originario persa. La confusión de los griegos entre ambos pueblos les hacía denominarlos medos o persas sin distinción, y es de ahí de donde viene el nombre del conflicto (Guerras Médicas) entre griegos y persas. Incluso a las polis que se dejaron sobornar por los persas y se habían pasado a su bando se les acusaba de "medizantes". Aparte de cuestiones semánticas, Ciro fue agrandando el imperio a

pasos agigantados, fruto de una política expansionista y de su agresivo ejército imperial. La temida Asiria cayó en sus redes, la cosmopolita y rica Babilonia, Lidia con su soberbio rey Creso, que sacrificó sus dominios al malinterpretar las palabras del oráculo de Delfos, y todas las ciudades griegas de la ribera asiática del Egeo (entre ellas Pérgamo, Mileto y Halicarnaso, cuna de **Heródoto**). Ciro muere en la campaña contra los masagetos, al intentar agrandar sus fronteras hacia el actual Uzbekistán. Le sucede su hijo Cambises que pasó a la posteridad por incorporar el milenar Egipto a la corona Aqueménida y por el enigma de la desaparición de su ejército en las arenas del desierto durante la campaña de castigo contra los amonitas. Con su muerte en el 522 AC sucede una difícil lucha intestina por ocupar el trono vacante, al que finalmente accede Darío, pariente lejano del fundador del imperio. Tras sofocar las revueltas internas de Babilonia, el soberano comprendió que para dominar la enorme extensión de sus dominios necesitaba dividirlo en satrapías, unidades territoriales que aportaban tributos a las arcas reales y soldados para la poderosa spada, o ejército imperial.

Darío, enormemente preocupado por las cuestiones dinásticas (y porque poca sangre Aqueménida corría por sus venas) se vio en la necesidad de imitar a Ciro en la conquista de nuevos territorios, por lo que posó sus ojos sobre la cercana e indómita Europa. Cruzando el estrecho de los Dardanelos y hasta prácticamente Macedonia, Darío extendió la influencia persa dominando a los escitas y tracios que habitaban en aquellas vastas extensiones. El Danubio supuso un tapón para sus ambiciones conquistadoras, hecho que le llevo a juzgar la conveniencia de seguir aumentando sus territorios a costa de la pobre Grecia. Pobre en comparación con las riquezas que atesoraban los palacios persas, pero con una civilización rica culturalmente y una tupida red de relaciones comerciales en el Mediterráneo muy deseables para engrosar la lista de tributos en el





erario imperial. Tan sólo era cuestión de tiempo que los reyes persas valorasen en serio la necesidad de expandir sus dominios hacia Europa, ya que en Asia las naciones circundantes al núcleo originario del imperio habían caído como fruta madura tan sólo unas décadas antes. Y fueron precisamente los griegos asiáticos los que le dieron la excusa de oro a Darío para iniciar la empresa conquistadora.

El detonante de la primera Guerra Médica fue la sublevación jonia ocurrida hacia el 499 AC. Esta empezó en Mileto, capital de las ciudades jónicas gobernada por el tirano Aristágoras, siendo el motivo principal la liberación del yugo persa y de sus gravosos tributos. Entre jonios y atenienses había estrechos lazos de amistad, ya que los primeros eran descendientes según la tradición de la ciudad del Ática (Atenas era la Metrópolis de Mileto) y hablaban el mismo dialecto del griego. Aristágoras movió primero su diplomacia con el fin de unir bajo la misma bandera al resto de ciudades jónicas, viajando posteriormente por la Hélade para atar a su causa a las dos principales potencias griegas, Atenas y Esparta, consciente de que nada podría hacer sólo frente a las terribles represalias del ejército persa.

En Esparta se entrevistó con el rey Cleómenes, el cual destacó en su mandato por su activa política en el resto de las polis helénicas. Tentado por las riquezas asiáticas, a punto estuvo de dar el visto bueno a la movilización del ejército lacedemonio. Pero cuando se enteró de que la batalla se libraría a tres meses de camino por mar, rehusó el compromiso por las reticencias del estado espartano a abandonar su suelo, tan susceptibles como eran por las posibles revueltas indígenas. Es por lo que un desmoralizado Aristágoras emprendió camino hacia el Ática, con el fin de convencer a los ciudadanos atenienses, más maleables debido al lazo de unión con sus vecinos jonios y por poseer un floreciente sistema político, la democracia, que dejaba espacios más abiertos a la opinión del pueblo en temas políticos y militares. La cuestión es que, por la persuasiva retórica del dirigente jonio y las ansias aventureras del régimen ateniense, Aristágoras consiguió unir a Eretria y Atenas a su causa, hecho que trajo no poca ruina para ambas ciudades griegas. La sublevación comenzó al año siguiente, con el apoyo naval de atenienses y eretrios, extendiéndose desde el Helesponto a Chipre. La acción más sonada de los sublevados fue la toma e incendio de Sardes, una de las capitales imperiales persas, hecho que pagaran los atenienses con el incendio de su capital por los persas en el 480 AC. Despertado el leviatán asiático, sus represalias fueron terribles. Mileto pagó con creces su aventura independentista, ya que su flota fue aniquilada en la batalla de Lade, la ciudad sitiada durante un año siendo saqueada después y la población superviviente deportada hacia las entrañas del imperio persa.

En Atenas el aplastamiento de los jonios inundó de oscuros presagios sus calles y ciudadanos, conscientes como eran que no tardarían en oír las pisadas de miles de soldados persas a las puertas de su ciudad. Pero aún tuvieron unos años de tranquilidad, motivados porque Darío se equivocó al mandar una expedición de castigo comandada por Mardonio hacia el norte, teniendo que guerrear primero contra los tracios, diezmándoles estos su ejército y agravada por el naufragio de su flota en los escollos del monte Athos. El gigante persa no tuvo más opción que replegarse a sus bases para lamerse las heridas y meditar sobre la manera de castigar a los griegos por las injerencias en su territorio. Aun así, Tracia quedó en su poder y Macedonia se configuró como estado vasallo, por lo que las fronteras del estado persa llegaban a las faldas del monte Olimpo. Grecia tenía que actuar rápido porque tenía el enemigo en sus puertas.

Antonio Aguilar Barajas, Una historia épica, Las Guerras Médicas, 2-4

El éxito persa impulsó a Darío, después de corregir su error de la campaña en el norte (que de paso dio tiempo a Atenas y sus aliados para prepararse para una nueva dentellada del gigante persa. La sorprendente derrota en Maratón, 490 AC, le llevó a planear otro intento de doblegar a Atenas, pero la muerte lo alcanzó 4 años más tarde en el 486 AC. Su hijo Jerjes lo intentaría años después con resultados similares como veremos más adelante. Hablemos un poco sobre la decisiva batalla en la ensenada de Maratón.

Los persas reanudaron las hostilidades en el 490 AC. Darío aprendió del error que supuso dar un largo rodeo por el norte, por lo que su flota al mando de Datis desembarcó directamente en las costas del Ática. La primera en sufrir las represalias fue Eretria, la cual resistió un fuerte asedio durante seis días, pero cayó por traición al abrirles un "medizante [alguien intentando mediar entre los grupos en conflicto]" las puertas de la ciudad. El destino de los eretrios fue el habitual en estos casos. Muerte, destrucción sistemática de su ciudad y deportación de los supervivientes a aldeas del Golfo Pérsico. En este suceso los atenienses hicieron oídos sordos a las súplicas de ayuda de los eretrios, conocedores quizás de la traición que se iba a efectuar y porque debían de andar atesorando defensas y reservando hoplitas para la defensa de su ciudad. La batalla decisiva no se hizo esperar, y el escenario fue elegido por el bando persa.

La ensenada de Maratón, aunque algo alejada de la capital, ofrecía un desembarque ideal a la armada persa, amplia como era y resguardada de los vientos por la península de Cinosura. Desplegado su ejército, y conocedores los atenienses de la suerte de los eretrios, decidieron



plantarles cara movilizando a la totalidad de sus hoplitas, ente 9.000 y 10.000 hombres con el apoyo de un número indeterminado de esclavos e infantería ligera y el apoyo de 600 hoplitas de la ciudad de Platea. Pero ¿qué andaban haciendo los espartanos en esas mismas horas? Los generales atenienses mandaron a un mensajero profesional a Esparta, Fidípides, que pasaría a la posteridad como el precursor de la más clásica y conocida disciplina olímpica. El corredor tardó día y medio para recorrer la distancia entre ambas ciudades (250 kilómetros) para solicitar el apoyo de Esparta ante la invasión persa. Tal magno esfuerzo fue en vano, ya que los éforos declararon fidelidad al pacto de amistad entre ambas ciudades, mandando su ejército a Maratón...en el plazo de diez días. El motivo esgrimido fue que Esparta se hallaba inmersa en las celebraciones religiosas en honor de Apolo Carneio, no siendo posible el mancillar la festividad religiosa con derramamiento de sangre. Diversas fuentes dudan de la piedad espartana, tan oportuna, por cierto, y creen que su ausencia se debía a estar sofocando una revuelta de los ilotas mesenios. Ciertamente o no, los atenienses, hartos de esperar a los espartanos y ante lo desesperado de la situación decidieron atacar al grueso de los persas. Milcíades, general ateniense, fue el que dispuso la táctica a seguir. Decidió alargar las líneas griegas adelgazando los batallones centrales para evitar el flanqueo de su ejército por los persas. Para contrarrestar el poderío de los arqueros medos, la línea de hoplitas desplegados debía de



correr la distancia entre ambos frentes, unos 200 metros, bajo una lluvia incesante de dardos y cargados con los 30 kilos de panoplia militar que llevaban encima. Y después de eso cargar contra el enemigo para debilitar sus defensas y ponerlos en fuga con el fin de masacrarlos durante su desbandada. La cuestión es que tan descabellado plan salió a la perfección. Era la primera vez que los hoplitas griegos y los lanceros persas se veían cara a cara en una batalla campal, teniendo una enorme ventaja el blindaje pesado de los primeros y sus largas lanzas de fresno sobre los escudos de mimbre y las picas más cortas de los segundos. Aun así, la batalla tardó en decidirse, ya que según **Heródoto** "duró el ataque con vigor muchas horas en Maratón" (**Heródoto, 6, 113**). El centro de la línea griega, sacrificado en profundidad al extender los flancos tuvo que retroceder ante las acometidas de los persas y sacas. Pero los más nutridos y experimentados escuadrones de los

flancos desbordaron a los persas, desperdigándolos en masa y atenazando después el centro del ejército persa. En las batallas campales de la antigüedad, el momento del choque entre ejércitos... no supone demasiadas bajas para ambos bandos. Es cuando alguno de los frentes empieza a flaquear y se quiebra, o peor aún, se desorganiza y se da a la fuga dándole la espalda al enemigo cuando empieza la auténtica carnicería. Mientras los griegos daban caza a los persas que huían, los que no morían traspasados por el hierro se ahogaban en la zona pantanosa de la Gran Marisma. Aunque no pocos soldados consiguieron llegar a la salvación alcanzando la flota persa atracada frente a Cinosura. Peor suerte corrieron los que quedaron atenazados por el ejército griego, que sin opciones de nada fueron masacrados bajo la muralla de hoplitas atenienses. De los caídos en combate, **Heródoto** da cifras exactas: 6.400 bajas en el bando persa por sólo 192 del lado ateniense (**Heródoto, 6, 117**).



Tras la sorprendente victoria de los aliados griegos, todavía se cernía el peligro sobre Atenas. En la flota imperial todavía quedaban varios cuerpos del ejército persa, casi 20.000 hombres, por lo que Datis decidió levar anclas y dirigirse al puerto del Falero doblando el

cabo Sunion, con el fin de hallar desguarnecida la ciudad y apoderarse de ella. Los atenienses, al intuirse la maniobra del general persa, y con sudor y sangre aún sobre sus armaduras se pusieron a la carrera para avisar a la guarnición de que habían vencido y de que resistiesen a ultranza. Cuando la flota persa divisó la colina de la Acrópolis, vio que a los pies de la ciudad les esperaba el



ejército que poco antes les había vencido en Maratón, por lo que decidieron darse la vuelta y comenzar el penoso camino de regreso a Asia. Es probable que Datis se contentase con haber arrasado Eretria y esclavizado a su población, ya que Atenas se demostró un hueso duro de roer. De todas maneras, en la conciencia de Dario no cabía el perdón a los atenienses, idea que rumió hasta su muerte, la cual le sobrevino preparándose para la próxima expedición de castigo a Grecia continuada por su hijo Jerjes.

Antonio Aguilar Barajas, Una historia épica, Las Guerras Médicas, 4-6

Diez años después del descalabro de Maratón, Jerjes formaría un formidable ejército para intentar lo que su padre no pudo hacer: doblegar a Atenas y sus aliados, y con ellos a toda Grecia, además de abrir una puerta para atacar Europa. Como mencionamos antes, las cifras de potenciales combatientes del lado persa mencionados por **Heródoto** parecen mitológicos, pero probablemente tampoco eran tan pocos como sostienen algunos historiadores muy conservadores. Lo cierto es que el ejército persa era muy superior en número, pero una vez más fueron superados por la estrategia griega.

El sucesor de Dario en el trono de los Aqueménidas fue Jerjes, soberano presentado por las fuentes antiguas, el cine y la literatura actual como un hombre dominado por las pasiones y extremas ansias de grandeza. No hay que olvidar de la insigne dinastía de la que provenía, soberanos que habían conquistado a casi todos los pueblos que abarcaban desde el Ponto Euxino hasta el subcontinente indio. La única espina clavada en el orgullo de los monarcas persas era Grecia, tierra áspera y pedregosa como la voluntad indomable de sus habitantes. Los preparativos de la siguiente invasión se demoraron por el espacio de diez años, motivado porque el nuevo señor tuvo que sofocar las rebeliones de Egipto y Babilonia, las satrapías más ricas del imperio. Para la incomodidad de sus gobernantes era una costumbre común en el imperio el levantamiento de diferentes regiones ante el cambio de poder.

Otro motivo era la preparación de la gigantesca expedición que Jerjes andaba planeando para ocupar Grecia. Es de suponer que la maquinaria burocrática persa era lenta, pero inexorable, y el reunir tal magnitud de efectivos humanos, entre soldados y personal auxiliar provenientes desde todos los puntos del imperio les supuso a los funcionarios persas más de un quebradero de cabeza. **Heródoto** nos da unas cifras bastante fantásticas: 5.283.320 efectivos, entre soldados y personal auxiliar (**7, 186**). Como ejemplo, sólo cabe imaginarse las dificultades que supondrían movilizar a toda la población de Finlandia para llevarlos a la guerra, y sin los modernos medios y vías de comunicación. Estudiosos del tema han concluido que 120.000 combatientes serían una cifra aceptable, sumándoles la flota imperial compuesta por 1.207 naves, entre trirremes de guerra y embarcaciones de suministro (**Heródoto, 7, 184**). Ambas entidades, el ejército de tierra y la armada actuarían de forma conjunta, pero con distintos itinerarios y objetivos diferentes con el fin de doblegar la firmeza que seguro iban a oponer Atenas por mar y Esparta en tierra.

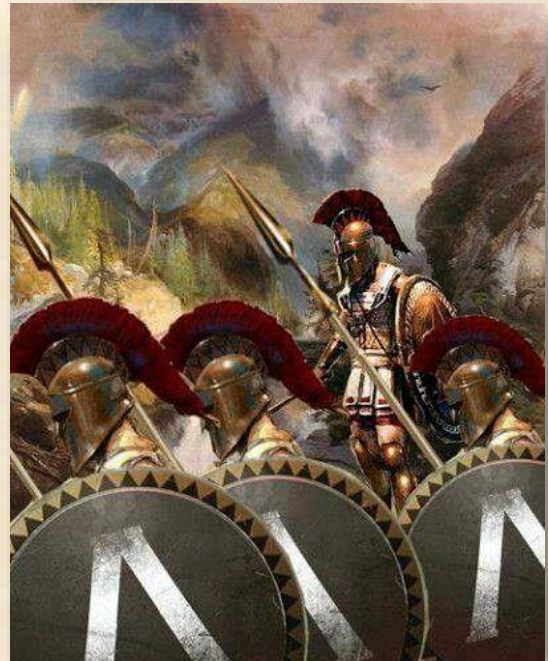
Los dos personajes claves de la resistencia griega fueron el ateniense Temístocles y el rey espartano Leónidas. Ambos tuvieron ocasión de ponerse de acuerdo en el cónclave que las polis griegas celebraron en Corinto en el 480 AC, fecha de la batalla, conscientes como eran que sólo una acción conjunta podría frenar el avance inexorable de las hordas persas. Allí se acordó que Esparta defendería a la cabeza de una coalición griega el angosto paso de las Termópilas, entrada natural que comunicaba la Grecia continental con la Fócide, Beocia, el Ática y el Peloponeso. Atenas por su parte comandaría la flota aliada para oponer resistencia en el cabo Artemisio, con el fin de retrasar el avance persa y guardarles las espaldas a los defensores de las Termópilas. La ventaja con la que contaban los griegos era la elección del campo de batalla. Las Puertas Calientes [una traducción de Termópilas, aunque otra posible es fuentes calientes, que nos parece más apropiada] debían su nombre a unas fuentes termales situadas a los pies del monte Calidromos, impresionante macizo rocoso que alcanzaba los 950 metros de altura en su parte de las termas, frontera natural que lo convertía en una barrera inexpugnable. En el otro flanco se elevaban los acantilados que daban al mar, siendo el único paso practicable una garganta de entre 30 y 15 metros de anchura, divididas en tres estrechamientos o puertas. En la Puerta Central había un muro construido por los focidios en tiempos remotos para defenderse de sus enemigos tesalios que Leónidas hizo reparar, con el fin de habilitar un bastión para sus tropas. El único punto débil que tenía aquella fortaleza natural era un antiguo carril de pastores llamada senda Anopea, la cual ascendía por el Calidromos hasta desembocar en la retaguardia de los defensores. Leónidas, consciente del peligro apostó allí a un contingente de 1.000 hoplitas focenses para resguardarla de posibles incursiones persas. En cuanto a los efectivos de los que disponían los griegos para defender las Termópilas, estos sumaban unos 7.000 hoplitas aproximadamente, repartidos entre espartanos, arcadios, tebanos, tespios, corintios, focenses, micenos, locros opuntios y soldados de Fliunte. La representación griega era variopinta, y a todas luces insuficientes para parar la enorme maquinaria militar de los persas. Aunque para contrarrestar la parquedad en efectivos militares contaban con el escenario de la batalla, fácilmente defendible por un número no muy elevado de hoplitas bien disciplinados. El plan inicial respondía a un doble objetivo: infligir el mayor número de bajas posibles a los persas para que desistiesen de la invasión, y en segunda instancia y de no poder defender el paso retrasar el



avance de la spada para reorganizar las defensas griegas por tierra y mar. Siendo los espartanos la flor y nata del ejército griego, ¿por qué el estado lacedemonio mandó unas fuerzas tan reducidas a defender las Termópilas? La respuesta la tenemos de nuevo en su enorme celo religioso, excusa esgrimida anteriormente en Maratón por los éforos a la hora de mantener a sus ciudadanos dentro de los límites de Esparta. Apolo Carneio no permitía a sus adeptos salir a guerrear durante su festividad, hecho que mantuvo a la totalidad del ejército espartano en sus cuarteles durante la fecha de la batalla. Aunque los éforos fueran tan celosos de las costumbres religiosas de su pueblo, tampoco podían obviar los compromisos adquiridos con el resto de las polis de la Liga Helénica en la defensa del suelo griego, por lo que permitieron al rey Leónidas posicionarse en las Termópilas con un escogido destacamento de 300 espartanos, todos miembros de la guardia personal del rey y con descendencia masculina, de manera que con su muerte no se extinguiese ninguno de los linajes de la élite espartana. También la premonición de la pitia del Oráculo de Delfos no dejaba lugar a dudas entre los lacedemonios a la hora de actuar en la batalla, versos que tuvieron que pesar mucho sobre la determinación y la tenacidad hasta la muerte del rey Leónidas:

O vuestra poderosa y excelsa
ciudad es destruida por los persas
O bien Lacedemonia llorará la
muerte de un rey (**Heródoto, 7, 220**)

Con esta conciencia de misión suicida marcharon los 300 hacia las Termópilas, en pos de la gloria y en búsqueda de la muerte honorable en la batalla, máxima cultivada desde la despiadada escuela de la agogé en defensa de la orgullosa y férrea Esparta. La batalla se desarrolló durante tres jornadas, retrasada cuatro días desde la llegada de los persas porque Jerjes pensaba que el reducido contingente griego depondría las armas al ver la magnitud de los atacantes con los que se tendrían que enfrentar. Los griegos aguantaron estoicos y con sangre fría el tiempo previo a los enfrentamientos reconstruyendo el muro focense, haciendo ejercicios gimnásticos y acicalándose el cabello para estar más presentables en el Hades. Harto de esperar y queriendo poner a prueba a los arrogantes griegos, en la mañana del quinto día lanzó un ataque frontal con tropas medas para comprobar de que pasta estaban hechos los hoplitas espartanos. En un espacio tan estrecho, el número ingente de su infantería y su arma favorita, el arco, quedaron inútiles ante la muralla de hoplon [del griego hoplon, arma, aunque aquí parece referirse a sus amplios y complementarios escudos] de la falange griega. Oleada tras oleada, los persas se estrellaron contra la muralla de madera, bronce y músculos de los griegos teniendo que batirse varias veces en atropellada retirada. Viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos, Jerjes y su estado mayor desesperaban al ver como un número tan bajo de combatientes se interponían a sus deseos de conquista, habiendo doblegado mares y montañas con tal propósito. Leónidas ideó un sistema de rotación, en la cual los espartanos eran reemplazados por tropas de refresco situadas en la retaguardia al amparo del muro focense, por lo que el número de bajas entre sus filas se reducía al estar las tropas más descansadas y concentradas a la hora de aguantar los embates de la marea de persas. Hidarnes, jefe de los Inmortales, la tropa de 10.000 guerreros de élite y guardia personal del emperador quiso acabar rápido la batalla, mandando a sus experimentados soldados para quebrar las defensas griegas. Pero no obtuvo más éxito que los medos, teniendo que retirarse al ver como las bajas eran inaguantables hasta para un ejército tan numeroso como el suyo.



Así, sin avances visibles y con los espartanos y el resto de los griegos en la cima de su gloria llegó el segundo día, siendo el desarrollo de la batalla prácticamente igual que en la jornada anterior. Una táctica que le reportó enormes resultados a los espartanos era la de la retirada fingida. La falange salía a campo abierto, con movimientos rítmicos y acompasados por las siringas de sus escuderos ilotas. Los persas, pensando que con más espacio anularían la superioridad griega haciendo valer su mayor número de tropas aguardaban el choque con mayores esperanzas. Para su mayor alegría vieron como tras una breve refriega, los espartanos se batían en retirada, hecho que aprovecharon los persas para correr en su búsqueda desbaratando sus propias líneas. Rota su disciplina, los espartanos se giraron en un movimiento frío y metódico recomponiendo la falange, sólo posible a base de entrenarse toda la vida ofreciendo sus sarisas [lanzas largas de 3 a 7 metros



de longitud] ante los desconcertados persas, que pasaban así de verdugos a víctimas, alcanceados por delante y aplastados por detrás por los compañeros que no se habían percatado de la estrategia de los lacedemonios. En estos momentos es cuando los defensores saborearon la esperanza de la victoria, con el deseo de que los invasores se retiraran ante el número atroz de cadáveres que se esparcían por las Puertas Calientes.



Simultáneamente a la defensa del paso terrestre, la armada griega intentaba detener a la flota persa en el cabo Artemisio, una ensenada situada en la isla de Eubea que abría el paso natural para la invasión del Ática. Los elementos naturales y la pericia del general ateniense Temístocles hicieron posible contener a los barcos enemigos, ya que dos tormentas de verano hicieron naufragar numerosas embarcaciones persas en la costa de Magnesia y en la árida y rocosa costa de Eubea. Aun así, estos ofrecieron combate a los trirremes griegos, que a duras penas contuvieron el embiste de los barcos persas destacando en la batalla los navíos egipcios y fenicios por su larga tradición marinera anterior a la sumisión al imperio persa. La batalla terminó en tablas, teniendo que retirarse los griegos al conocer el cariz que estaban tomando los acontecimientos en las Puertas Calientes.

El segundo día en las Termópilas aparece un personaje clave para el devenir de los hechos. Efilates, un campesino procedente de Traquis se presentó ante Jerjes para informarle de que existía un sendero que cruzaba el Calidromos utilizado para el pastoreo del ganado. El tal Efilates, cegado por las riquezas persas vendió así a los defensores de las Termópilas ofreciéndose como guía

para sorprenderlos por la retaguardia. Esta era una posibilidad contemplada por Leónidas, pero imposible de evitar ya que, así como numerosas polis aceptaron el ofrecimiento de tierra y agua de manos de los embajadores persas, en las conciencias personales pesaba más la necesidad que el patriotismo, siendo algo común en las guerras los traidores y delatores en uno y otro bando. Puesto al corriente, y agradeciendo a Ahura Mazda tal revelación Jerjes mandó a Mardonio al frente de los Inmortales para recorrer la senda Anopea guiados por Efilates. En la madrugada del tercer día sorprenden a la guarnición de 1.000 hoplitas focenses apostada por Leónidas para defender la senda, pero ante la magnitud de los atacantes, los focenses se repliegan prestos a la defensa pensando que eran ellos el objetivo de los Inmortales. Pero la meta de los Inmortales era la Puerta Oriental, justo en la retaguardia de los griegos. Las malas noticias tienen la habilidad de volar de boca en boca, siendo informado Leónidas por desertores y vigías de la jugada de los persas rayando el alba del tercer día de batalla. El rey espartano, viendo como la profecía del oráculo se habría de cumplir inexorablemente, convocó el último consejo de guerra, ofreciendo la retirada a los hoplitas aliados y disponiendo su deseo de permanecer en su puesto junto a sus espartanos e ilotas, además de los tespios y tebanos. Estos últimos permanecieron en las puertas para compartir el glorioso destino de Leónidas, aunque frecuentemente sean olvidados en las recreaciones históricas y culturales sobre el mito de las Termópilas. En el caso de los tespios puede que su general Ditimbo pensase que, de no defender ese paso, poco quedaría que defender cuando las hordas persas arrasasen su ciudad. Aun así, el número de sacrificados en esta empresa, 700 ciudadanos adultos era un desastre total para la demografía de la pequeña pero valiente ciudad de Tespis. Tebas era sospechosa de “medizar” ante Atenas y Esparta, y seguramente el contingente tebano presente en las Termópilas perteneciese a ciudadanos defensores de la causa griega, mientras que la oligarquía pro persa permanecía en la ciudad pensando más en la victoria de los persas que en la defensa de la causa griega. Lastimoso es que su sacrificio quedase empañado por su actitud en los momentos finales de la batalla, ya que los tebanos supervivientes a la masacre arrojaron sus armas al suelo y levantaron los brazos pidiendo clemencia. Su destino fue llevar la marca real grabada a fuego y una vida de esclavitud, quizás siendo preferible haber hallado una muerte honrosa junto al resto de defensores.

Hasta en sus últimas horas Leónidas hace gala del renombrado humor lacónico, exhortando a sus espartanos que desayunasen bien porque la cena la tomarían en el Hades (**Plutarco, Obras morales y de costumbres, 225 D**). Dispuesto a no ceder ni un palmo de terreno y a llevarse consigo al mayor número de persas, los espartanos formaron su última defensa en un espacio más abierto, con el fin de poder desplegar a todos los efectivos restantes. Al mismo tiempo que los Inmortales se hacían fuertes en la retaguardia griega, Leónidas ordenó un ataque frontal donde la carnicería alcanzó cotas estrepitosas, obligados como estaban a luchar con lanzas astilladas y espadas melladas por los días que acumulaban de duros enfrentamientos. En esa melé fue cuando cayó el



rey espartano, organizándose una sangrienta refriega por recuperar su cuerpo ya que para los lacedemonios sería impensable abandonar a su rey en el campo de batalla. Arrebatado con enorme derramamiento de sangre el cuerpo de Leónidas al enemigo (es de imaginar la recompensa que obtendría el soldado persa que le entregase personalmente la cabeza del rey espartano a Jerjes), los supervivientes se hicieron fuertes en una loma donde posteriormente se alzaría un león de piedra en homenaje a Leónidas. Enconada fue la resistencia de los escasos supervivientes, los cuales en palabras de **Heródoto** lucharon “con sus espadas, si las tenían, y si no con uñas y dientes” (7, 255), hasta que finalmente por decisión de los generales persas y para evitar más bajas entre sus filas decidieron masacrarlos con su arma favorita, el arco, considerado indigno por los griegos al matar desde la distancia y no con el arrojo y el valor que requiere el enfrentamiento cara a cara de las falanges.

El escarnio al que sometió Jerjes al maltrecho cadáver de Leónidas nos habla de la crispación que se había apoderado de su genio al comprobar la obstinada resistencia de unos pocos frente a la magnitud de su poder. Decapitó al rey de Esparta y colocó su cabeza en una pica, dejando su cuerpo para pasto de las alimañas privándole de su anhelada estancia en el Hades. Pero tal gesto no hizo más que acrecentar su imagen de despiadado tirano frente a las polis griegas que quedaron del bando aliado, creando la fuente de inspiración para el resto de los ciudadanos libres que convirtieron en héroes de la causa griega a los caídos en las Termópilas, siendo los espartanos sus principales paladines. Esparta gracias a este sacrificio había entrado con letras de sangre en la historia universal [me gusta como escribe este entendido autor].

Antonio Aguilar Barajas, Una historia épica, Las Guerras Médicas, 6-11

La victoria persa en las Termópilas pareció dejar indefensas a las ciudades griegas que empezaron a someterse al invasor que no esperó que los aparentemente derrotados griegos pudieran reponerse para plantarle cara en el campo de batalla. No sería inicialmente en un campo de batalla, sino en el combate naval de Salamina donde ese mismo año los griegos, aprovechando la estrecha franja de mar y la maniobrabilidad de sus trirremes, con sus poderosos espolones, destruyeron a la flota persa muy superior en número. Todo esto ante la vista del orgulloso Jerjes que había colocado un trono en una elevación desde donde podría ver todo el canal y la supuesta victoria de su flota. La batalla de Platea en el 479 AC terminó con los arrestos persas, con su ejército a cargo de Mardonio, que moriría en Platea, mientras Jerjes ya se había regresado a Asia.

Las consecuencias de la derrota griega en las Termópilas no se hicieron esperar. Como fichas de dominó las polis griegas fueron cayendo sumisamente del bando persa, a excepción de Tespis y Platea, las cuales evacuaron sus poblaciones al Peloponeso, y Atenas, que hizo lo propio con sus ciudadanos llevándolos a las islas vecinas de Salamina y Trecén. En cuanto a los espartanos, su plan alternativo ante la derrota de Leónidas era la fortificación del istmo de Corinto, franja de terreno que separaba la Grecia central del Peloponeso. Estaba claro que Jerjes tenía el

paso expedito hacia el Ática, por lo que el ejército lacedemonio apostó allí sus defensas al mando del rey Cleómbroto en espera de que la spada saciase sus ansias de rapiña y destrucción con la indefensa Atenas. Así fue como los persas arrasaron la ciudad de Atenas, teniendo sus ciudadanos que ver con desesperación desde las islas vecinas como ardían la Acrópolis, sus casas y los edificios más emblemáticos de su capital. Aunque hacinados y hambrientos, conservaron sus vidas y la armada, auténtica muralla de madera flotante como había vaticinado a los atenienses la pitia de Delfos. Temístocles no se había tomado a la ligera la premonición del Oráculo, por lo que tras el empate naval de Artemisio había salvaguardado sus naves en la isla de Salamina, consciente como era de que allí sería donde los persas ofrecerían el combate naval definitivo y que todavía no se había producido. Para Jerjes este era el penúltimo escollo (todavía quedaban los espartanos) antes de aplastar a los griegos rebeldes, por lo que plantó batalla a la flota griega en el estrecho canal que separa la isla de las costas del Ática. Para ser espectador de excepción de su soñada victoria sobre los trirremes griegos se hizo instalar su enorme trono de campaña en una elevación justo sobre el canal. Pero el pecado de la soberbia, el *hybris* de los griegos, le pasó una elevada factura. Así, desde primera fila pudo asistir a la aniquilación de su flota a manos de los aliados,





ya que a consecuencia de la fe ciega en su superioridad numérica no quiso apreciar las dificultades que ofrecía tan estrecha franja de mar y la imposibilidad de desplegar el grueso de su flota en un espacio tan angosto. Historia calcada a la de las Termópilas, con la excepción de que aquí no había ruta posible para sorprender a los griegos por la retaguardia. Uno tras otro los navíos persas fueron entrando en el cuello de botella, donde los espulones griegos los embestían sin cuartel, y sin posibilidad de escape porque el resto de la flota persa les empujaba desde atrás. La astucia del estrategos de la flota Temístocles también juega una baza fundamental en la batalla, ya que en palabras de **Heródoto (8, 75)** les hace llegar a los persas la información ficticia de que iban a abandonar la batalla, desertando gran parte de la armada griega debido al miedo que sentían ante la envergadura del enemigo. Puede que por dar crédito a las informaciones que le llegaban del otro bando, o por sus ansias de presenciar la sublime victoria que tanto se le resistía, Jerjes metiese de lleno a sus barcos en semejante encerrona, nefasta para sus aspiraciones y que le hicieron abandonar para siempre el áspero territorio griego que jamás, y contra todo pronóstico, consiguió dominar.

Con el Rey de Reyes poniendo proa hacia Asia, la amenaza persa había perdido gran parte de su credibilidad para los victoriosos griegos de la batalla naval de Salamina. Aunque con sus tropas disminuidas, todavía permanecía en suelo continental gran parte del ejército terrestre al mando del general Mardonio, auténtico adalid de la invasión, que todavía disponía de unos 60.000 hombres en territorio tesalio dispuesto a golpear con dureza el corazón de Grecia. Aun así, como destacado miembro de la corte imperial, y experto en el arte de la intriga y la persuasión, envió varias embajadas a Atenas con el fin de disuadir a los áticos de seguir la lucha, invitándoles a formar parte del imperio subordinándose a él en calidad de sátrapa de la provincia de Grecia, pero manteniendo su autogobierno al estilo de otras satrapías imperiales. Los atenienses rechazaron la oferta, pero empezaron a presionar a Esparta para que entrase en liza superando su línea defensiva del Peloponeso y plantar batalla a los persas de una vez por todas. Ante todo, la indecisión de los espartanos y la negativa de los atenienses hicieron que Mardonio volviese a ocupar el Ática, esta vez ayudado por sus aliados tebanos, haciéndoles pasar de nuevo la vergüenza y humillación de ver su ciudad arrasada por los iraníes y la penosa evacuación hacia la isla vecina de Salamina. Semejante trago desquebrajó la lealtad de los atenienses al compromiso adquirido ante los aliados, enviando un ultimátum a Esparta para que saliesen de sus defensas o bien se verían obligados a poner su flota bajo la bandera Aqueménida. Contra tal amenaza, y viendo el fantasma de la ocupación en el suelo peloponesio, los lacedemonios decidieron movilizar a casi dos terceras partes de su ejército, única vez en la historia que se vio tal cantidad de lánchas desfilando al son de su hipnotizante marcha militar. 5.000 guerreros espartanos de pura cepa, más sus respectivos escuderos ilotas y un número indeterminado de periecos, apoyados por sus aliados tegeos, arcadios y corintios salieron del istmo de Corinto formando un ejército de unos 30.000 hoplitas capitaneados por el regente Pausanias. El general persa, conocedor de la ofensiva y de la talla del ejército que había salido de Corinto, decidió replegarse a las llanuras de Beocia, bien defendidas por sus hombres y los aliados tebanos, en espera del enfrentamiento final del conflicto entre griegos y persas. Pese a tener un ejército con tropas bien adiestradas y de confianza, conocía de primera mano a los lacedemonios y sabía qué sangrientos ejercicios podían cometer con una sarisa bien empuñada. Además, si en las Termópilas el frente espartano no ocupaba más de 30 metros en sus lugares más anchos, causando auténticos estragos entre sus filas, ahora debía de enfrentarse a uno de varios kilómetros, ya que entre los peloponesios, atenienses y demás aliados el ejército griego sumaba la cifra de 40.000 hoplitas y 30.000 soldados de infantería ligera. El mayor ejército griego reunido en la historia iba a ser su rival, y hasta ahora los antecedentes no eran muy alentadores.

Aunque no subestimemos a los aguerridos persas. Mardonio contaba con la infantería más selecta del ejército imperial, ya que con Jerjes también se habían marchado las unidades más exóticas de todos los rincones del imperio, además de poseer un arma que los griegos no disponían. La formidable caballería persa apoyada por los jinetes tesalios, propios para el hostigamiento de tropas con sus continuas andanadas de flechas y perfectos para ocupar posiciones y debilitar los flancos del enemigo. También contaba con los hoplitas tebanos y demás ciudades griegas del bando persa, superando con todos sus efectivos ligeramente en número a los griegos.

En el 479 AC ambos bandos se concentraron en la llanura de Beocia, planicie separada del Ática por el monte Citerón y dividida por el río Asopo. En un primer momento, Pausanias estacionó su ejército en las faldas del Citerón, pero tras varias escaramuzas entre hoplitas y la caballería persa decidió adelantar sus líneas hacia la ciudad de Platea. El río actuó así de frontera natural entre los dos ejércitos ya que ninguno se atrevía a cruzarlo por diferentes motivos. Para los griegos, el paso del Citerón era su ruta de suministros, por lo que no podían dejarla desguarnecida a expensas de la caballería persa. Estos a su vez no se atrevían a un choque frontal contra los áspides (escudos) griegos, conocedores de su inferioridad en armamento y que en el othismos [empuje] el soldado persa llevaba sistemáticamente todas las de perder. Así que su técnica era el continuo hostigamiento de las posiciones griegas, con la consecuente desesperación entre las tropas blindadas de los griegos. Como **Jenofonte** sufriría décadas más tarde en su larga marcha por el imperio persa, la



continua presión de los jinetes iranos y sus proyectiles diezaban la moral y los ánimos de los griegos al tener que luchar contra un enemigo que golpea y desaparece continuamente, como un enjambre de avispas furiosas. La guerra psicológica desatada por Mardonio también tuvo otras acciones, como el envenenamiento de la fuente Gargafia, abasto de agua potable para los griegos, y la captura del convoy de suministros aliados que atravesaba el paso del Citerón. Esto dejó a los helenos sin sus raciones diarias, y en vista de lo comprometido de la situación, los comandantes reunidos de todas las unidades decidieron retroceder hacia su posición inicial al amparo de las faldas rocosas del Citerón con vistas de reconquistar el paso de los suministros. Como una retirada hubiese sido un suicidio con la caballería persa hostigándoles desde todos los flancos, decidieron hacerlo de noche, casi a ciegas, para no alertar a los enemigos. Esta estrategia no es para tomarla a la ligera, ya que hacer retroceder a todo el ejército, compuesto por una extensa coalición de polis griegas cada una con sus respectivos mandos y unidades puede convertirse en una monumental confusión, sin posibilidad de comunicación entre los destacamentos ya que la clandestinidad de la retirada era la máxima obligada para no alertar al ejército persa, acampado a pocos centenares de metros de su posición. Y ocurrió lo que cabía esperar. El ejército se disgregó en sus tres alas, amaneciendo separado por kilómetros de distancia. Cuando la caballería persa despertó y fue a iniciar su rutina de hostigamiento, se encontró con que los griegos habían desaparecido, e iniciaron su búsqueda hallando a los griegos divididos. Mardonio vio su oportunidad de oro, y fue directo a por el ala derecha de los griegos, formada por el contingente espartano y sus aliados tegeos. Fue allí donde se libró la auténtica batalla, ya que los atenienses se hubieron de enfrentar a los tebanos, batalla bastante igualada al utilizar ambos la misma estrategia de hoplitas y no queriendo enzarzarse en grave masacre al conocer estos últimos los acontecimientos que habrían de protagonizar los espartanos. Como sucedió en Maratón, la inferioridad del armamento de los persas fue definitiva para su derrota, ya que en la lucha frontal a bocajarro no podían desplegar su destreza con el arco,



y sus sparas o escudos de mimbre poca defensa les ofrecían contra las lanzas y espadas griegas. Y enfrente tenían a los lacedemonios, únicos guerreros profesionales de toda Grecia que se emplearon a fondo contra las tropas persas, pesando en su espíritu el recuerdo del glorioso final de Leónidas y considerando que ellos luchaban en Platea para hacer pagar al invasor persa su sacrílego magnicidio. Mardonio fue la víctima propiciatoria, ya que bien visible a lomos de su corcel de guerra fue derribado por un espartano y muerto en la batalla, por lo que la moral de los iranos se hundió en el fango de sangre y orina que impregnaba el campo de batalla. Tras esto, la desbandada fue general, y ahí empezó la aniquilación del enemigo. Los espartanos persiguieron sin piedad

a los aterrorizados persas hasta su propio campamento dándoles muerte por miles, salvándose sólo los que consiguieron unirse al general Artabazo el cual se dio a la fuga tras una breve refriega contra los corintios del centro del ejército griego. Espartanos y tegeos consiguieron tomar el campamento persa tras breve asedio, consiguiendo uno de los mayores botines de guerra que viesen los griegos en toda su convulsa historia bélica. El mayor trofeo fue la tienda de campaña de Mardonio, de una increíble factura en materiales, repleta de joyas, panoplia militar y mujeres de su gineceo, visión que abrió los ojos al gran triunfador de la batalla, Pausanias, ante las riquezas que poseía el imperio al que el acababa de expulsar para siempre de Grecia.

Antonio Aguilar Barajas, Una historia épica, Las Guerras Médicas, 11-14

Todavía faltaba un siglo y medio para la fulgurante aparición de Alejandro, pero ya Grecia le había perdido el miedo al gigante persa y se regocijaba pensando en las riquezas que le esperaban a quien pudiera conquistar el inmenso imperio asiático.

8.1.2. La caída del imperio

La huida persa había dejado fortalecida a Atenas y su imperio marítimo, apoyado por la Liga de Delfos. Esparta mantuvo una fuerte posición, aunque secundaria al no poder competir con la hegemonía marítima de Atenas. Pero esta diferencia de cosecha de los beneficios de la victoria sobre los persas terminaría por estimular la competencia entre ambos poderes y que a la larga



provocaría la Guerra del Peloponeso de la que nos ocuparemos un poco más adelante. Por otro lado, los siguientes reyes persas iban perdiendo dominio y al final del Siglo V AC habían entregado el dominio sobre Egipto.

La situación entre las dos civilizaciones más importantes de este momento histórico entró en una especie de guerra fría, conociendo ambas las virtudes y defectos del enemigo. Los griegos por un lado sabían, y así sucedió, que los persas jamás se volverían a atrever pisar su territorio pero que podrían ser un aliado formidable para los planes expansionistas de cada polis. Los persas por otro lado se replegaron a sus bases asiáticas y no entraron en beligerancias con la aguerrida Grecia, pero sí que apoyaron a Atenas o a Esparta en sus conflictos internos, además de engrosar sus ejércitos con un ingente número de hoplitas mercenarios, guerreros temidos y respetados por todos los pueblos del imperio. La verdadera beneficiada de las Guerras Médicas fue Atenas, la cual, y debido al poderío de su armada tan hábilmente tejida por Temístocles creó en ambas orillas del Egeo un imperio marítimo apoyado en la Liga de Delos, donde los atenienses con la excusa de



repeler la amenaza persa subyugaron al resto de polis participantes con gravosos tributos. Por su lado, Esparta, la que había sacrificado a su rey Leónidas y comandó la victoria final en Platea no supo exprimir su triunfo ante el resto de Grecia, y aunque en los primeros años posteriores a las Guerras Médicas se preocupó por seguir liderando la coalición de griegos pronto se demostró que las nuevas relaciones internacionales pasaban por tener una fuerte flota, hecho en el que ni se interesaron ni podían hacerle sombra a la talasocracia [poder basado en el dominio de zonas marítimas] de Atenas. El único espartano que se aferró al recién adquirido poder fue Pausanias, el cual instalado en tierras persas comenzó a pensar en perpetuar su mandato con ayuda de los Aqueménidas. Acusado de conspirar contra el pueblo espartano y de organizar una sublevación del pueblo ilota, fue llamado por los éforos para dar explicación sus acciones ante la asamblea. Acorralado en su propia ciudad, solo le quedó encerrarse en el templo de Atenea Calcieco, sabiendo de la inviolabilidad del suelo sagrado y muriendo de inanición pocos días después.

Ambas potencias mantuvieron durante las cinco décadas siguientes (el periodo denominado "Pentecontecia") un delicado equilibrio, celosas ambas de blindar sus respectivas áreas de influencia. Fue precisamente por un conflicto entre sus aliados por lo que entraron en combate,



iniciándose así la Guerra del Peloponeso, cruel e inútil conflicto a la larga que enfrentaría a las dos grandes potencias del mundo Helénico. Atenas, con un floreciente imperio marítimo y Esparta, líder indiscutible en la guerra terrestre se enfrentaron desde el 431 al 404 AC en una guerra de desgaste motivada por las ansias territoriales y por mantener las respectivas hegemonías ante sus aliados. Finalmente saldría victoriosa Esparta, aunque con un alto coste humano y material que haría efímera su preeminencia sobre el resto de las polis helenas.

Antonio Aguilar Barajas, Una historia épica, Las Guerras Médicas, 14, 15

- Darío II, 423-405/404 AC

Cuando Artajerjes murió hacia fines del año 41 de su reinado, quizá en febrero del 423 AC, nuevamente prevalecían condiciones caóticas, Jerjes, el hijo mayor, ascendió al trono como Jerjes II, pero con la ayuda de algunos eunucos, fue muerto después de pocas semanas por Secidiano, uno de sus medio hermanos. Sin embargo, el asesino no pudo mantenerse en el trono y pronto fue eliminado por otro medio hermano, Oco, quien llegó a ser rey con el nombre de Darío II. Este Darío, siendo un hombre débil, fue completamente dominado por Parisatis, su esposa y hermana, mujer de carácter traicionero y cruel. Con el auxilio de algunos eunucos, ella fue quien gobernó el reino y le acarreó vergüenza por una serie de crímenes ignominiosos.

Esta situación oprobiosa ocasionó un verdadero desprecio por la autoridad real en todo el imperio y desató una serie de revueltas que surgieron al gobierno en una crisis tras otra. Debe mencionarse una de esas rebeliones. Fue encabezada por Arsites, hermano del rey, apoyado por el sátrapa de Siria, Artifioa, hijo de Megabises. Ambos, confiando en la palabra de Parisatis y Darío, se rindieron finalmente, pero fueron muertos de una manera pérfida y vergonzosa.

Durante sus últimos dos años Darío fue afligido por enfermedades, desasosiego en Egipto, y una reyerta doméstica por la sucesión al trono en vista de su muerte inminente. Después del fracaso de la rebelión de Inaro, Egipto había soportado resignadamente su humillante posición. Pero la obvia y creciente debilidad del gobierno persa y la continua agitación de todo el imperio hicieron que los nacionalistas egipcios se reanimaran y se levantasen contra sus opresores. La rebelión se manifestó abiertamente en ocasión de la muerte de Darío y se proclamó rey de Egipto a Amirteo. El movimiento de liberación comenzó en el delta y avanzó lentamente. Tan sólo a fines del siglo todo Egipto les fue arrebatado a los persas, como lo sabemos ahora por el papiro arameo de Brooklyn...

Con la muerte de Darío II en 405 o 404 AC y la ascensión al trono de su hijo mayor Artajerjes II, la historia persa inicia un período del cual no existen registros bíblicos.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 64, 65

8.2. Alejandro y el Imperio Macedónico

Alejandro Magno es un personaje extremadamente influyente en la historia. A pesar de su corto tiempo de gobierno, sus hazañas han llenado las páginas de muchos libros y su recuerdo trae a la mente escenas casi mitológicas de su capacidad de liderazgo. Dios había anticipado la aparición del gran macedonio señalándolo como el cuerno poderoso de un velocísimo e imparable macho cabrío que derribaría al carnero medo-persa, que no iba a poder detener su ímpetu y que no se levantaría de su caída nunca más.

La historia parece establecer que los hechos y acontecimientos dependen de las habilidades, poder y recursos de los hombres y sus reinos, o tal vez del azar, pero la realidad es que todo ha sido anticipado por la Inspiración, de una manera maravillosa. Dios conduce los acontecimientos de una manera que no restringe las decisiones de los hombres, pero al mismo tiempo mantienen el derrotero de la historia de manera que el plan de salvación se cumpla.

8.2.1. Antecedentes griegos

Los griegos son descendientes de Javán, hijo de Japhet, el hijo mayor de Sem. En realidad, el término griego se aplica a un conjunto de naciones que habitaron principalmente las costas del Mar Egeo, también el Jónico y sus casi innumerables islas, se extendieron por las costas del Mar Mediterráneo, y el Mar Negro. La cultura occidental tiene un deuda histórica con su cultura; y la religión griega tuvo una gran influencia aún en las naciones que los sojuzgaron, tanto en el aspecto religioso, como en el arte y la literatura.

Los antiguos griegos remontaban su origen a la legendaria Helena, de donde proviene los nombres "helenos" (que se aplicaban a sí mismos) y "Hellas" (que tiene el país hasta hoy). Entre los primeros griegos aparecen 4 grupos: aqueos, eolios, jonios y dorios. Hablaban diferentes dialectos de una lengua común y tenían los mismos rasgos étnicos. Los aqueos jugaron su mayor papel en el período más antiguo, y **Homero** a veces se refiere a todos los griegos con el nombre de aqueos. Los jonios y los dorios fueron los grupos étnicos de mayor gravitación en tiempos posteriores,



quienes fundaron, respectivamente, Atenas y Esparta, las 2 ciudades más destacadas de la Grecia continental. Los jonios también levantaron muchas ciudades costeras importantes en el oeste del Asia Menor. El Antiguo Testamento llama a Grecia y a los griegos con el hebreo: Yâwân, "Jonia", quizá porque los jonios fueron los más destacados y los más representativos de todas las tribus griegas.

Diccionario Bíblico Adventista, Grecia, Orígenes



La historia de Grecia que resulta más significativa para el tema que estamos tratando es la que incluye tanto las guerras médicas, de las que hemos tratado antes, como la Guerra del Peloponeso (431-404 AC) que enfrentó a Atenas y Esparta. Hasta ese momento Atenas dominaba la Liga de Delos y era el centro del mundo griego. Su rival de siempre, Esparta, logró arrebatarle la hegemonía al final de esta, hegemonía que conservó por un poco más de tres décadas, para luego cederla a Tebas por un relativo corto tiempo. Todo esto simplificaría la aparición dominante de Macedonia, primero con Filipo II y luego con el incomparable Alejandro.

Por falta de documentos escritos anteriores, la historia griega comienza en el Siglo VIII AC. El período anterior está envuelto en el misterio. Algunas leyendas y epopeyas versan sobre la época heroica primitiva, a las que se pueden agregar ahora los resultados de las excavaciones en sitios prehistóricos, como Micenas y Troya, que arrojan luz sobre algunas de ellas. Cuando Grecia entra en la historia, la encontramos dividida en muchas ciudades-estados, cada una de las cuales perseguía sus propios intereses, aunque unidas por una cultura y una lengua comunes. Ocasionalmente había guerras entre ellas, pero los juegos olímpicos, cada 4 años, servían como un lazo de unión. Grecia apareció en el horizonte del pueblo hebreo como un país muy lejano (**Isaías 66: 19; Ezequiel 27: 13, 19; Daniel 8: 21; 10: 20; 11: 2; Joel 3: 6; Zacarías 9: 13**), durante los 2 siglos (700-500 AC) anteriores a las guerras médicas (greco-persas), mientras se ponían los fundamentos de la literatura, la arquitectura, el arte y la filosofía griegos, factores determinantes de toda la cultura occidental y que sirvieron de modelo por muchos siglos.

El primer papel destacado de Grecia en la historia mundial surgió de las guerras médicas. Comenzaron en tiempos de Darío I, mucho después que Ciro había incorporado a sus dominios las ciudades jónicas (griegas) del oeste del Asia Menor, que habían pertenecido a Lidia. Pero cuando los persas entraron en la patria de los griegos, ese pueblo pequeño reveló sus mejores cualidades. Los hasta entonces invencibles persas, que habían aplastado las fuerzas de imperios y reinos como los de Media, Lidia, Babilonia y Egipto, quedaron asombrados al padecer una humillante derrota tras otra a manos de los pequeños ejércitos griegos. Que los persas podían ser vencidos quedó demostrado por la vez en Maratón (490 AC), luego en Salamina, Platea, Micala y Eurimedón, y en otras batallas en siglos siguientes. Como resultado de estas guerras, las ciudades-estado griegas se unieron por un tiempo bajo el liderazgo de Atenas; sin embargo, apenas pasó el peligro, se dividieron otra vez. Desde aproximadamente el 479 al 431 AC, Atenas fue el centro de los estados



griegos y experimentó su siglo de oro, particularmente bajo Pericles. Luego vino la guerra del Peloponeso (431-404 AC), que comenzó con una pelea entre Atenas y sus colonias, pero luego incluyó a todos los estados griegos y sus flotas, y terminó con la caída de Atenas y la consiguiente supremacía temporal de Esparta (404-371 AC), que a su vez fue reemplazada por una breve supremacía de Tebas (371-362 AC). Unos años más tarde (338 AC [Batalla de Queronea donde Filipo II derrota a los atenienses y tebanos]) prácticamente toda Grecia cayó en manos de Felipe de Macedonia [parece un poco exagerado decirlo, pero evidentemente sí puso las bases sólidas para la expansión de su hijo], y poco después llegó a ser parte del Imperio Macedónico de su hijo Alejandro Magno.

Diccionario Bíblico Adventista, Grecia, Grecia clásica

8.2.2. Las conquistas de Alejandro

Filipo II muere asesinado durante su segunda boda en el 337 AC por Pausanias, un joven de la nobleza macedonia y uno de sus siete guardaespaldas, que murió instantes después a manos de los otros guardaespaldas del rey. Las razones del magnicidio no han podido ser esclarecidas y algunos historiadores han establecido probables razones para el complot, que pudo haber incluido a Olimpia, la primera esposa de Filipo y madre de Alejandro, de la que el primero se había divorciado para casarse con otra noble macedonia. También algunos suponen que Alejandro no estuvo ajeno a la intriga, aunque es muy difícil saber hoy lo que realmente provocó este hecho de sangre.

La historia nos cuenta que este fue el trágico inicio del reinado de Alejandro que luego de asegurarse el dominio sobre Grecia, en los dos primeros años de su reinado, se lanzó a la conquista de Medo-Persia con el apoyo de Grecia, y aplastó al gigante asiático en apenas tres años.

Filipo le entregó la antorcha de la conquista a su hijo Alejandro Magno, de 20 años de edad... Dos años después de ascender al trono, Alejandro tenía asegurado el apoyo de toda Grecia y de Macedonia, unidas ahora en una alianza contra el Imperio Persa. Alejandro avanzó con su ejército macedonio hacia el este, bordeando el mar Egeo, cruzó el Helesponto y ganó su primera batalla



importante en el río Gránico (334 AC), e inmediatamente privó a Persia de su fuente de impuestos del Asia Menor. Darío [III], después de remontar el Éufrates, se encontró con Alejandro en Iso, cerca de la esquina nororiental del Mediterráneo, y los persas fueron derrotados (333 AC). Alejandro entonces avanzó por Siria y Palestina, tomando todas las ciudades principales (Tiro resistió en 332 AC un asedio de siete meses). Luego marchó hacia Egipto, seguro de recibir una calurosa recepción, pues ese país había rechazado el dominio persa desde los días en que sus ciudades y templos habían sido implacablemente destruidos. Los egipcios abrieron gustosamente sus puertas para que Alejandro entrara como su libertador (332 AC), y lo coronaron como Faraón; y él se unió a ellos rindiendo culto a las deidades egipcias. Egipto lo aclamó como un dios y le rindió culto como al verdadero hijo de Amón Ra. Alejandría fue fundada por Alejandro, y en los primeros meses de 331 AC cruzó por Siria en su avance hacia el este.



Cruzó el Éufrates y el Tigris, se encontró con Darío y su ejército en octubre de 331 AC en la planicie de Gaugamela, donde se riñó la batalla más conocida como la batalla de Arbela (nombre de una ciudad vecina). Las fuerzas persas sufrieron aquí una desastrosa derrota. Darío huyó a Ecbatana, en Media. Luego, y en rápida sucesión, se produjo la rendición de Babilonia, Susa y Persépolis. Después de haber incendiado a Persépolis, Alejandro marchó hacia Ecbatana persiguiendo a Darío a principios de 330 AC, y encontró que éste había huido hacia el oriente. Prosiguió la persecución de Darío, pero sólo encontró el cadáver del gran rey, que había sido muerto por sus propios hombres.

Alejandro dispuso que Darío fuera sepultado en forma regia, y después continuó con su expedición. En el lapso de tres años, llegó hasta el río Yaxartes (ahora Sir Daria, que desemboca en el mar Aral) y el río Indo. En 326 AC cruzó el Indo y penetró en el norte de la India; hasta aquí sus hombres estuvieron dispuestos a seguirlo. Después regresó por la vía de la costa (325 AC) hasta Susa, donde se realizaron festejos por la fundación de una nueva monarquía mundial (324 AC) destinada a unir el Oriente y el Occidente por medio de la civilización griega. Para consolidar la unión de los pueblos griego y persa, Alejandro y algunos de sus oficiales macedonios tomaron esposas persas. Además, fundó muchas ciudades griegas por todo el vasto imperio. En 323 AC se encontraba en Babilonia para presidir la organización de una expedición a Arabia, y lo atacó una fiebre mortal. Murió el 13 de junio de 323 AC, tras haber reinado en lugar de Filipo, su padre, durante unos 13 años.

Alejandro cambió la organización política en un tiempo muy corto; pero no había intentado cambiar la religión de los pueblos conquistados. Continuó el zoroastrismo persa, que ha sobrevivido a través de los siglos. Los egipcios, los judíos y los griegos conservaron sus religiones; pero el pensamiento de la humanidad en todo el mundo mediterráneo fue afectado por la propagación de las ideas helenísticas y por el concepto que tenía Alejandro de un imperio mundial de razas y pueblos unidos por un idioma, literatura y cultura comunes. El período helenístico iniciado por Alejandro preparó el camino para la civilización greco-romana, en la cual fue modificado el judaísmo y el cristianismo llegó a ser una fe de alcance mundial.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 23, 24

La profecía también compara a Alejandro con un leopardo, ya de por sí un animal muy veloz, además con cuatro alas que dice bien de la increíble velocidad con que Alejandro conquistó todo el mundo conocido. Sin embargo, los excesos de una vida disipada, el boato de la corte y su falta de control lo llevaron a la muerte a temprana edad.

El leopardo es un animal feroz y carnívoro, notable por su velocidad y la agilidad de sus movimientos (ver **Habacuc 1: 8; Oseas 13: 7**).

El poder que habría de seguir al Imperio Persa se identifica en el capítulo **8: 21** como "Grecia". Esta "Grecia" no debe confundirse con la Grecia del período clásico, ya que ese período precedió a la caída de Persia. La "Grecia" que figura en **Daniel** corresponde con el imperio semigriego y



macedónico de Alejandro Magno... que dio comienzo a la época que conocemos como período helenístico. Antes de Alejandro no se podría hacer referencia al “rey primero” (capítulo 8: 21) de un imperio griego, como “un rey valiente” que tenía “gran poder” (capítulo 11: 3).

En 336 AC Alejandro heredó el trono de Macedonia, estado semigriego en la frontera norte de Grecia. El padre de Alejandro, Filippo, ya había unido bajo su dominio a la mayoría de las ciudades-estados de Grecia por el año 338 AC. Alejandro demostró su temple al aplastar revoluciones en Grecia y Tracia. Después de haber restablecido el orden en su propio reino, Alejandro se lanzó a la tarea de conquistar el Imperio Persa, ambición que había heredado de su padre. Entre los factores que impulsaban al joven rey a llevar a cabo sus planes estaban la ambición personal, la necesidad de expansión económica, el deseo de difundir la cultura griega y una animosidad natural contra los persas a causa de guerras anteriores con sus compatriotas.



En 334 AC Alejandro cruzó el Helesponto y entró en territorio persa con sólo 35.000 hombres, la insignificante suma de 70 talentos en efectivo y provisiones para sólo un mes. La campaña fue una serie de triunfos. La primera victoria fue lograda en Gránico, la segunda en Iso al año siguiente y otra en Tiro un año después. Pasando por Palestina, Alejandro conquistó Gaza y después entró en Egipto virtualmente sin oposición. Allí en el año 331 AC fundó la ciudad de Alejandría. Se declaró a sí mismo sucesor de los faraones y sus tropas lo aclamaron como un dios. Cuando nuevamente ese año emprendió la marcha, dirigió sus ejércitos hacia Mesopotamia, el corazón del Imperio Persa. Los persas le hicieron frente cerca de Arbela, al este de la confluencia de los ríos Tigris y Gran Zab, pero sus fuerzas fueron derrotadas y se dieron a la huida. Las fabulosas riquezas del mayor imperio mundial estaban a disposición del joven rey de 25 años de edad.

Después de una organización preliminar de su imperio, Alejandro prosiguió sus conquistas hacia el norte y hacia el este. Por el año 329 AC ya había tomado Maracanda, que es ahora Samarcanda, en el Turquestán. Dos años más tarde invadió la parte noroeste de la India. Sin embargo, poco después de cruzar el río Indo, sus tropas rehusaron seguir más adelante, y se vio obligado a acceder a sus deseos. De vuelta en Persia y Mesopotamia, Alejandro debió encarar la gran tarea de organizar la administración de sus territorios. En 323 AC estableció su capital en Babilonia, ciudad que aún conservaba recuerdos de la gloria del tiempo de Nabucodonosor. En el mismo año, después de excederse en la bebida, Alejandro cayó enfermo y murió de “fiebre de los pantanos”, que se cree era el antiguo nombre de la malaria (paludismo) o de una enfermedad similar.

Comentario Bíblico Adventista, Tomo IV, 848

“Semejante a un leopardo”. Esto indudablemente simboliza fiereza, agilidad y velocidad en

sus movimientos de conquista. Esto es precisamente lo que caracterizó a las tropas griegas al precipitarse en sus conquistas. Esto se refuerza en **Daniel 8: 1** al identificar a Grecia como sucesora del imperio medopersa, además, recién con Alejandro es posible hablar de rey en Grecia. Cuando su padre Filippo II (359-336 AC) derrotó a los griegos en Queronea (338 AC), las ciudades estado griegas quedaron momentáneamente bajo la hegemonía macedónica...



Entonces, Alejandro (336-323 AC) primero tuvo que debelar una insurrección en Grecia y Tracia, y luego se lanzó a Persia en una campaña fulminante. En 331 AC con apenas veinticinco años de edad, ya



era dueño del mundo de aquel entonces. En 323 AC se estableció en Babilonia para hacerla capital de su imperio, pero ese año murió.

Merling Alomía, Daniel, el profeta mesiánico, 187, 188

8.2.3. El fraccionamiento del Imperio

La muerte de Alejandro encontró al imperio sin que hubiera una línea de sucesión definida, en buena parte por la juventud de Alejandro, y lo inesperado de su muerte. Los apetitos de sus generales, ante las riquezas acumuladas, en particular con la caída del Imperio Medo-Persa, provocó lo que se conoce como la Guerra de los Diadocos quedando 22 años después el imperio con 4 cabezas, como adelantaba la profecía de **Daniel**, que se redujeron a tres al final de la guerra, 20 años después.

No fue una tarea fácil la administración del territorio persa que acababa de ser conquistado. Los generales de Alejandro convinieron en colocar en el trono a Filipo Arrideo, débil mental y medio hermano de Alejandro, como rey juntamente con el niño Alejandro, hijo de Roxana, princesa de Bactriana, nacido después de la muerte de su padre. Caudillos macedónicos (en su mayor parte generales de Alejandro) fueron puestos como gobernadores por todo el imperio. Pero las ambiciones contrarias de los generales de Roxana (viuda de Alejandro), de su madre Olimpia y de los partidarios de Filipo Arrideo, produjeron una década de guerras e intrigas.



En la larga y compleja lucha por el poder entre los numerosos "sucesores" rivales, las disputas tendieron a centrarse en la tentativa de Antígono por ganar y conservar el poder para sí. Sus principales oponentes -Casandro en Macedonia, Tolomeo en Egipto y Lisímaco en Tracia- formaron una alianza propuesta por Seleuco. Cuando se vio que ninguno ganaría en la lucha, se llegó a un convenio en 311 AC, que dejó los principales territorios del imperio en manos de los cinco caudillos... La siguiente década fue sumamente confusa. Casandro ordenó asesinar a Alejandro (el rey niño) y a su madre Roxana. Consúltese ...en cuanto a la tentativa de Antígono para quedarse con todo el imperio, y la lucha siguiente entre Casandro, Lisímaco, Tolomeo y Seleuco. Esa lucha llegó a su desenlace en 301 AC en la decisiva batalla de Ipsos, en Frigia, que ganaron los cuatro aliados. Antígono fue muerto y su territorio dividido.

En el año 301 AC se decidió la lucha entre un imperio unido o pequeños reinos separados... Había fracasado el más grande esfuerzo por la unidad, y en lugar del imperio unido de Alejandro aparecieron cuatro reinos macedonios independientes, además de pequeños fragmentos, principalmente en el Asia Menor. El territorio de Seleuco se extendía desde el Asia Menor hasta casi el Indo, con sus capitales en Antioquía a orillas del Orontes, en Siria, y Seleucia junto al Tigris, cerca de la actual ciudad de Bagdad. Tolomeo en Egipto había recuperado los distritos de Palestina y del sur de Siria. Lisímaco no sólo tenía Tracia sino también una gran parte del noroeste del Asia Menor. Casandro retuvo a Macedonia y estaba empeñado en unificar a toda Grecia. Las posesiones esparcidas de Demetrio no podrían ser consideradas como un quinto reino. No sería provechoso



seguir las rivalidades, guerras e intrigas entre estos reinos helenísticos y las luchas familiares de las casas gobernantes macedonias, cuyas complejas interrelaciones matrimoniales y cambiantes alianzas confunden el cuadro con nombres similares y pequeños detalles. Basta un bosquejo de los principales acontecimientos para mostrar cómo los cuatro reinos se convirtieron en tres y posteriormente cayeron uno tras otro ante Roma...

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 24, 25

Se menciona también que esta bestia que representaba al imperio macedónico tendría “cuatro cabezas” concepto que se refuerza cuando uno estudia la profecía del carnero y el macho cabrío que hemos tratado en otro estudio, pero que queda suficientemente claro su significado cuando uno repasa la historia del imperio que forjó Alejandro. Luego de la muerte del gran caudillo la pugna entre sus generales duró más de 2 décadas hasta que los 4 más fuertes lograron llegar a un acuerdo para repartirse, en forma más o menos permanente, el inmenso reino.

“Tenía también esta bestia cuatro cabezas”. La explicación a esto, la da el intérprete celestial a **Daniel** en la siguiente visión al señalar que el gran cuerno quebrado y remplazado por “otros cuernos notables” que salieron “hacia los cuatro vientos del cielo” (8: 8), “significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él” (8: 22) -es decir que sucederían al cuerno primero que era Alejandro, los cuales no serían de su descendencia...

La historia se encargó de certificar la predicción al detalle del siguiente modo:

- a. Luego de la muerte repentina e inesperada de Alejandro, sus generales intentaron mantener el imperio unido, al menos teóricamente. Durante cierto tiempo, los reyes titulares fueron un hermanastro suyo, tarado, llamado Filipo, y el pequeño Alejandro, nacido pocos meses después de su muerte. Sin embargo, el gobierno o más bien regencia estuvo, en realidad, en manos de diferentes generales.
- b. Tras un lapso de doce años de encarnizadas luchas el poder se polarizó en torno a seis generales, cada uno de los cuales dirigía varias provincias del imperio. En estas luchas los dos sucesores de Alejandro fueron asesinados.

Hacia el 306 AC, el general Antígono se sobrepuso a los demás, sin embargo, al pretender el control de las satrapías, y especialmente al intentar proclamarse rey en corregencia con su hijo Demetrio, cuatro de sus aliados se proclamaron reyes en sus respectivas provincias.

Esto desató nuevamente las luchas que culminaron con la derrota de Antígono en la batalla de Ipsos (301 AC). Ante esto, Antígono se suicidó, Demetrio huyó y los cuatro generales ya sin oposición alguna de importancia, se repartieron el imperio. Con esto el anhelo de Antígono de formar un único imperio griego unido terminaba para siempre.

Fue una solución definitiva porque el reino se mantuvo unido, por un tiempo, con estas cuatro divisiones.

- a. Casandro: Macedonia y Grecia (aunque en esta última, sólo tuvo soberanía nominal).
- b. Lisímaco: Tracia y parte de Asia Menor.
- c. Seleuco: Parte de Asia Menor, Norte de Siria, Mesopotamia y provincias orientales, incluyendo Babilonia [la mayor extensión de todas con cerca del 60% de territorio].
- d. Ptolomeo: Egipto, Palestina y parte de Siria.

...Así esas “cuatro cabezas” fueron Ptolomeo, Seleuco, Casandro y Lisímaco. Ninguno de ellos era pariente de Alejandro, mucho menos hijo de él. **Daniel** anunció con precisión estos hechos y la historia se encargó de certificar la veracidad de esta predicción.

Merling Alomía, Daniel, el profeta mesiánico, 188-190

Evidentemente equivalen a los cuatro cuernos del macho cabrío, que representaban los cuatro reinos (que después se redujeron a tres) que ocuparon el territorio conquistado fugazmente por Alejandro... Sin embargo, durante algunos años los generales macedonios de Alejandro intentaron conservar -en teoría si no en la realidad- la unidad del vasto imperio. Alejandro murió sin arreglar la sucesión de su trono. Primero su medio hermano Felipe, débil mental, y después su hijo póstumo, Alejandro, fueron reyes titulares bajo la regencia de uno u otro de los generales, y el imperio dividido en un gran número de provincias, las más importantes de las cuales fueron regidas por unos seis generales principales que actuaron como sátrapas...

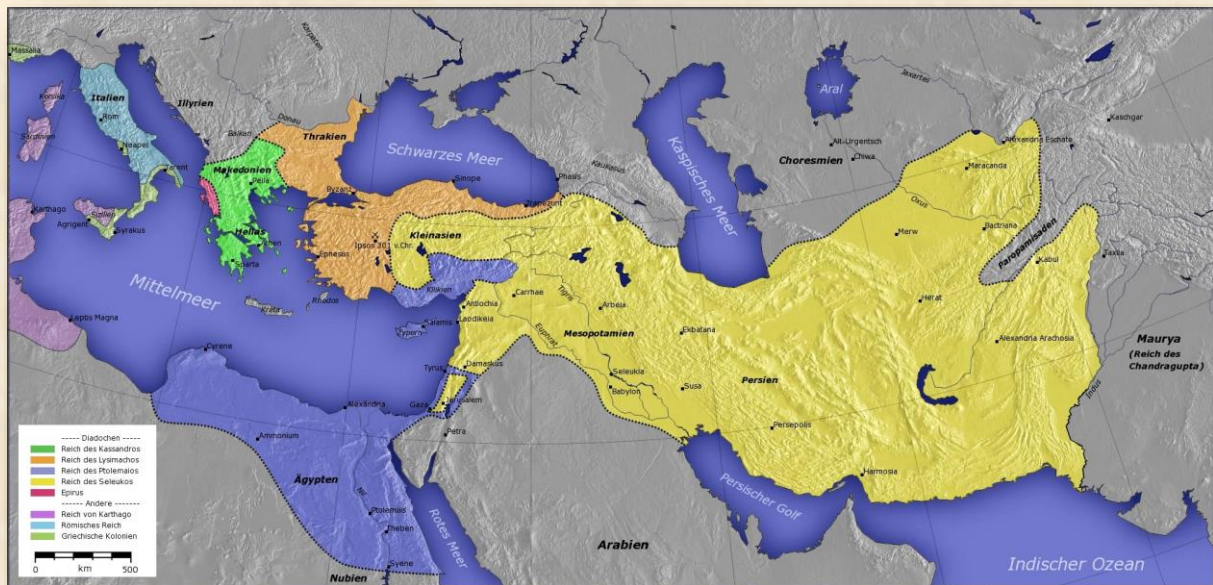
Pero la autoridad central -es decir, los regentes de los dos reyes títeres- nunca fue lo suficientemente fuerte como para unir al vasto imperio. Después de unos doce años de luchas internas, durante las cuales el dominio de diversas zonas del territorio cambió de mano repetidas veces y en los que ambos reyes fueron muertos, Antígono surgió como el último de los pretendientes al poder central sobre todo el imperio. Se le oponía una coalición de cuatro poderosos caudillos:



Casandro, Lisímaco, Seleuco y Ptolomeo, que tenían la intención de dividirse el territorio entre ellos. En 306 AC Antígono se declaró rey (conjuntamente con su hijo Demetrio) de toda la nación y sucesor de Alejandro. Ante esto, los cuatro aliados, dejando su título inferior de sátrapas, se declararon reyes de sus respectivos territorios... [Vea el mapa con la división del imperio entre los 4 generales en esta página].



La larga lucha a muerte entre los defensores de la unidad bajo el cetro de Antígono y Demetrio y los partidarios de la partición entre los cuatro generales fue resuelta en la batalla de Ipsos en 301 AC, Antígono fue muerto, Demetrio huyó y su territorio fue dividido. Con excepción de pequeños fragmentos, esto dejó en pie cuatro reinos independientes... en lugar del



inmenso imperio que Alejandro había formado pero que no había logrado consolidar. Ptolomeo tenía Egipto, Palestina y parte de Siria; Casandro dominaba Macedonia con soberanía nominal sobre Grecia; Lisímaco tenía Tracia y una gran parte del Asia Menor; y Seleuco poseía la mayor parte de lo que había sido el Imperio Persa: parte del Asia Menor, el norte de Siria, Mesopotamia y el oriente. Demetrio, sólo quedó con la flota y varias ciudades costeras que no llegaron a conformar un reino, aunque más tarde desplazó a los herederos de Casandro y fundó la dinastía antigónida en Macedonia.

Unos 20 años después de la división, los cuatro se redujeron a tres, porque Lisímaco fue eliminado... Gran parte de su territorio fue tomado por el imperio seléucida, pero parte fue invadida por los galos o se desintegró en pequeños Estados independientes. El más importante de ellos fue Pérgamo. Pero Macedonia, Egipto el territorio seléucida (a veces conocido como Siria, porque la parte oriental pronto se perdió) continuaron como las tres principales divisiones del eximperio de Alejandro, las que fueron absorbidas, una a una, por el Imperio Romano.

Muchos historiadores, especialmente escritores de libros de texto, que deben eliminar los detalles para dar una visión global pasan por alto la división en cuatro y sólo mencionan la posterior y más duradera división en tres reinos principales, que retuvieron su identidad hasta tiempos del Imperio Romano. Algunos intentan buscar la continuación de los cuatro reinos hasta el período romano, contando a Pérgamo como sucesor del efímero reino de Lisímaco. Pero si hablamos de



tres reinos principales y del reino mucho menor de Pérgamo, o de tres reinos más un grupo de Estados más pequeños, es notable que en el momento crítico -cuando fracasó la última esperanza de mantener unido al imperio de Alejandro, y se hizo inevitable la división- todo el territorio, excepto fragmentos menores, se dividió en cuatro reinos... como lo especificaba la profecía (capítulo **8: 22**).

El imperio de Alejandro, aun cuando estuvo dividido, todavía era una continuación una realización del ideal de su fundador: un mundo greco-macedónico-asiático de pueblos diferentes unidos por el idioma, el pensamiento y la civilización de los griegos. Excepto la centralización política, el mundo helenístico constituía una unidad como lo había sido bajo el reinado de Alejandro, y mucho más de lo que jamás había sido antes. Esto estaba representado en forma adecuada por una sola bestia con cabezas múltiples (o, en capítulo **8**, con cuernos múltiples).

Comentario Bíblico Adventista, Tomo IV, 848-850

La característica sobresaliente del leopardo eran las alas (versículo **6**). Estas alas denotan velocidad, una apropiada ilustración de la rapidez con la que los griegos conquistaron el Cercano Oriente. Alejandro Magno logró tal cosa en tres cortos años. En comparación, a los asirios les tomó tres años (725-722 AC) conquistar a Samaria, y a los babilonios tres años (589-586 AC) conquistar a Jerusalén. En el mismo período de tiempo Alejandro conquistó todo el antiguo Cercano Oriente, ¡desde Egipto hasta el Valle del río Indo, en la India!

Con todo lo rápida que fue esta conquista, no estaba destinada a durar mucho. Las cuatro cabezas del leopardo (versículo **6**) representaban las cuatro divisiones en las que el reino de Alejandro se dividió después de su muerte. Sus generales recogieron las piezas de ese reino y lo dividieron en la Grecia continental, Asia Menor, Siria (incluyendo Babilonia), y Egipto. Esta misma división histórica del reino de Grecia está representada por los cuatro cuernos sobre el macho cabrío en **Daniel 8: 8, 22**.

William H. Shea, Daniel, una guía para el estudioso, 114

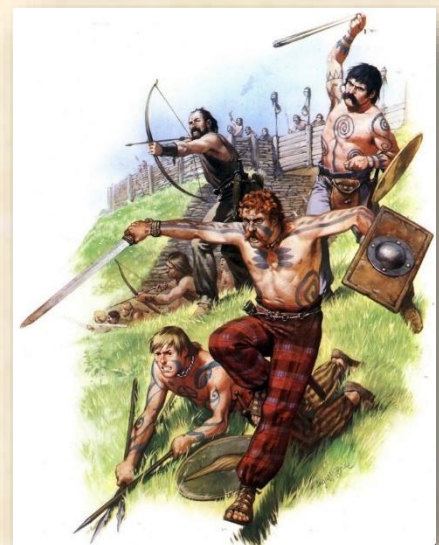
Permítame alguna cita más sobre lo ocurrido durante la Guerra de los Diadocos, los generales que se disputaron ser los sucesores de Alejandro y, por lo que la historia nos cuenta con gran detalle, no tuvieron escrúpulos de enfrentar hermanos contra hermanos para lograr el poder absoluto o para repartirse los despojos del gran imperio de Alejandro.

No muchos años después de la batalla de Ipsos (301 AC), Lisímaco logró el dominio de dos de las cuatro divisiones del imperio -las que se habían convenido en 301 AC- la occidental y la del norte. Pero Lisímaco fue derrotado y muerto en una guerra con Seleuco en 281 AC, después de lo cual Tolomeo Ceraunio arrebató el fruto de la victoria al vencedor. En 280 asesinó al victorioso Seleuco y se apoderó de Macedonia. De modo que, aunque Seleuco fugazmente tuvo el dominio de tres de las cuatro divisiones, en realidad nunca ocupó Macedonia. Su muerte dejó a su hijo Antíoco I con lo que había sido territorio de Seleuco y de Lisímaco. Macedonia fue gobernada por la casa de Antígono durante más de un siglo, hasta que se convirtió en un protectorado de Roma al terminar la tercera guerra macedónica en 168 AC, y finalmente en provincia romana en 146 AC.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 25

De este modo, en menos de 40 años desde la muerte de Alejandro y 20 años después de la división del imperio hecha en Ipsos, su vasto territorio había pasado por las manos de muchos pretendientes. Ahora todo el imperio, excepto fragmentos menores, estaba bajo el dominio de tres dinastías de sangre macedonia. La casa de Tolomeo gobernaba a Egipto; la casa de Antígono -que reemplazaba a la de Casandro- se había posesionado de Macedonia; la casa de Seleuco retenía el este, y el antiguo territorio de Lisímaco, el norte...

En 279 AC los galos invasores -una oleada oriental de bárbaros bien conocidos en la historia romana- entraron en Macedonia y Grecia, de donde fueron expulsados. Algunos de ellos invadieron grandes partes de Asia Menor. Amparados por reyes locales que querían hostigar a los gobernantes de linaje seléucida, saquearon el país durante muchos años y consiguieron tributos mediante extorsiones. Finalmente, después de casi medio siglo, fueron decisivamente derrotados por el gobernante de Pérgamo, que más tarde se convirtió en el más importante de los pequeños Estados que surgieron de los fragmentos del imperio de Lisímaco. De allí en adelante esos galos quedaron restringidos a la región de Asia Menor, de donde ésta tomó el nombre de





Galacia. Posteriormente esa zona se convirtió en una provincia romana, donde Pablo fundó varias iglesias y a las cuales escribió la Epístola a los **Gálatas**... Aunque estos pequeños Estados conservaron su existencia independiente, casi todo el territorio del imperio de Alejandro quedó bajo los tres fuertes reinos helenísticos: Macedonia, Egipto y el imperio seléucida (este último con frecuencia es llamado Siria debido a que Antioquía llegó a ser su capital principal y posteriormente su territorio se redujo a Siria). Estos tres reinos dominaron el Mediterráneo oriental hasta que fueron absorbidos sucesivamente como provincias por el Imperio Romano. Por eso en muchas historias abreviadas se omite la mención de la primera división cuádruple del imperio de Alejandro y sólo se hace referencia a la fase final de tres reinos.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 25

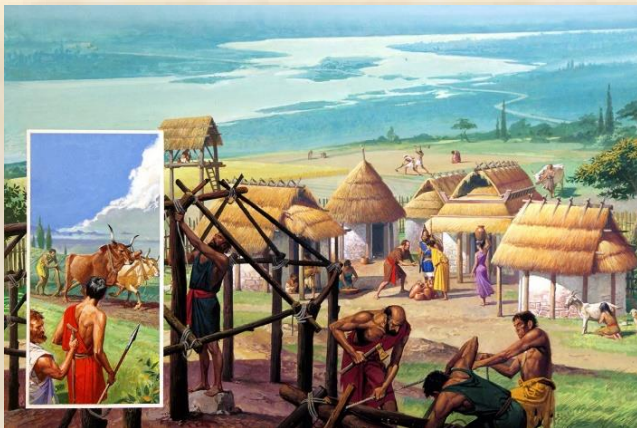
8.3. Roma

La historia de Roma resulta atrayente al amante de la historia, en especial de la antigua. Aunque parte de su historia, en particular la etapa de los inicios está envuelta en una bruma donde resulta difícil distinguir lo histórico de lo mitológico. No obstante, la arqueología moderna permite cada vez aproximar los inicios de Roma a la fecha tradicional (753 AC) tomando en cuenta sus relaciones con otros pueblos con los que compartió lo que ahora conocemos como el centro de la península itálica.

8.3.1. Los orígenes

Roma empieza a formar parte de la historia más reluciente a partir del Siglo III, luego de la conquista de Italia y el enfrentamiento al coloso cartaginés por el importante dominio del Mar Mediterráneo, que hasta entonces les pertenecía, lo que le aseguró en control económico sobre las costas de Europa, África y el Asia Menor.

Roma estaba compuesta originalmente por varias tribus independientes que vivían en medio de siete colinas. Llegó a ser una ciudad-estado gobernada por reyes electivos [un poco más cercano



a los conceptos democráticos actuales, que lo que ocurre con los reyes por sucesión natural], con un senado o consejo de ancianos y una asamblea que representaba al pueblo [y creo que la singularidad de Roma se basa en estos orígenes, superiores a las distintas culturas del tiempo antiguo]. Alrededor del año 500 AC el rey fue reemplazado por dos cónsules que eran elegidos anualmente. Durante el Siglo V se codificaron las leyes. Un paso importante en favor del pueblo fue el nombramiento de tribunos de entre el pueblo, magistrados que gozaban de inviolabilidad personal y que estaban facultados para vetar las decisiones de los magistrados, en defensa del pueblo. Durante el tiempo de las conquistas de Alejandro en su avance hacia el este y de la división de su imperio entre sus sucesores, Roma fue el escenario de luchas políticas

internas, y se extendió territorialmente en Italia.

Poco después de que Roma completara la conquista de Italia, se vio implicada en una prolongada lucha contra Cartago, colonia fenicia de la costa del norte del África, que se perfilaba como el rival más peligroso de Roma. Los romanos habían hecho alianzas con pueblos a todo lo largo de la costa del África, hasta España en el oeste, y ocupaban una buena parte de Sicilia donde comenzó la guerra con Cartago (conocida como la primera guerra púnica). Roma necesitó 23 años (264-241 AC) para derrotar a Cartago. El vencedor impuso una cuantiosa indemnización de guerra y tomó Sicilia, que se convirtió en la primera provincia romana.

Poco después del tratado de paz, Cartago se afianzó firmemente en España, lo cual preocupó y alarmó a Roma. Esto causó la segunda guerra púnica (218-201 AC), y, como resultado, Cartago tuvo que renunciar a España y a la mayor parte de su escuadra; además, tuvo que pagar un elevado impuesto y prometer que no haría la guerra sin el permiso de Roma.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 29

Arturo Rosenberg traza una completa y al mismo tiempo breve visión de la realidad del territorio donde en el futuro se enclavaría el Imperio Romano. Cuando surgía del pueblo latino, los etruscos eran el pueblo más poderoso en el norte, junto con los sabinos, también se encontraban los samnitas en el sur este, entre otros. Como referencia puede ver el mapa siguiente donde aparece



la expansión romana entre fines del Siglo VI AC y el Siglo III AC, tema que trataremos luego, y que sentó las bases del salto de Roma fuera de la península.

Por aquel tiempo la península de los Apeninos hallábase ocupada por una confusión de pueblos, tan abigarrada como la que hoy existe en los Balcanes. La fusión en una gran nación latina de todos aquellos pequeños pueblos es obra de la República romana.



El pueblo al que pertenecía la ciudad de Roma era el de los latinos, y por esto acostumbramos a llamar latín a la lengua de este pueblo. Al principio, los latinos poseían tan sólo un reducido territorio en el centro de Italia, al Sur y al Este del Tíber inferior, o sea en la actual campiña romana. El viajero que hoy va en ferrocarril de Roma a Nápoles cruza un vasto territorio de montañas. Ahí se encontraban los vecinos meridionales de los latinos, los volscos, gentes vigorosas e inquietas, amigas de saquear las tierras de sus vecinos. El idioma de los volscos y el latín son afines entre sí; pero esta relación es parecida a la que existe entre el alemán y el sueco; es decir, que el romano no entendía a los volscos, como nosotros tampoco entendemos apenas lo poco que nos ha llegado del idioma volsco. Al Sur de Italia encontrábase una tercera nación, los oscos, hartos mayor que la de los latinos y los volscos. Habitaban aquéllos la fértilísima llanura de Campania, en torno a Capua; luego pasaron a los Abruzos, y finalmente, al Sur, a las actuales Basilicata y Calabria.



Todo este amplio territorio hablaba un idioma distinto del latín y del volsco. Los oscos constituían una nación apta para la cultura, y que aprendió mucho de los griegos. En los Siglos V y IV antes de Jesucristo, estaban aproximadamente en el mismo estadio de civilización que los latinos. En las montañas de la Italia central, al Este y Nordeste de Roma, existían además una multitud de pueblos pequeños, que poseían cada uno su propio idioma, o por lo menos su propio dialecto. Mencionarlos todos nos parece superfluo. Citaremos sólo a los umbríos, que han dado nombre a la actual Umbría. Todos estos pueblos e idiomas hallábanse relacionados entre sí aproximadamente como hoy día las naciones de origen germánico. Genéricamente llamábanse todos itálicos en sentido estricto...

Pero no eran éstos los únicos pueblos de la antigua Italia. Había dos naciones, cuya lengua asemejábase a la actual albánica, los mesapios, en la Apulia actual, y al Norte, en Venecia, los vénetos. Ambos eran pueblos activos y susceptibles de cultura. Conviene nombrar además otras dos naciones totalmente independientes y sin afinidad ninguna con las demás, al menos según lo que hasta ahora sabemos: los ligures, verdaderos salvajes, que habitaban la Liguria o sea las montañas que rodean a Génova, y los etruscos, instalados en Toscana y muy distintos de aquéllos. Los etruscos alcanzaron muy pronto el grado más alto de civilización entre todos los itálicos, y ejercieron una señaladísima influencia en el desarrollo de Roma. Todos estos pueblos citados ocupaban ya Italia desde los tiempos más remotos a que alcanza la historia. Pero en la época histórica sumáronse a ellos pueblos inmigrantes: al Norte, los galos celtas, que se establecieron desde el año 400 AC en la Lombardía, la Emilia y la Romaña; y al Sur, los griegos, que, a partir del año 700 AC, fundaron en la costa sus colonias. Finalmente, hay que añadir las grandes islas vecinas de la península. Lo mismo en Sicilia que en Cerdeña y en Córcega existían aborígenes más o menos salvajes, de cuyos idioma y costumbres poco puede decirse. Históricamente, el destino de estas islas fué determinado por los inmigrantes, especialmente por los griegos, que ocuparon la mayor parte de Sicilia, y, más tarde, por los fenicios semitas, que se establecieron primero al Oeste de esta isla, y por último en Cerdeña y Córcega. Con este caos de pueblos formaron los gobernantes y jefes militares romanos la gran potencia de Italia, una y señora del mundo.

Arturo Rosenberg, Historia de la República Romana, 5-7

8.3.2. La República Romana

Los orígenes de Roma son modestos, como cabría esperar de cualquier nación cuando tiene poco tiempo de formada. Lo cierto es que se formó entre sociedades más antiguas como los etruscos (su reino de llamaba Etruria) que algunos suponen que llegaron desde Lidia en el Siglo XIII AC, como consecuencia de las invasiones de los pueblos del mar que acabaron con el imperio hitita.

Lo cierto es que la arqueología sustenta que los etruscos estuvieron allí por lo menos desde el Siglo IX AC, digamos que siglo o siglo y medio antes que la fundación de Roma. La penetración cultural griega llegó junto la fundación ciudades griegas en las costas de la península. Esta penetración es más evidente desde el 700 AC. En paralelo con los etruscos, existían los latinos, al sur del Río Tíber, que en realidad eran un conjunto de tribus, distribuidas en cantones, con algún grado de emparentamiento y un idioma común, el latín. Las tribus, que inicialmente tenían sus reyes, y una especie de senado que le daba un balance de poder, se fueron asociando para defenderse en conjunto de sus vecinos, aunque fundaban sus propias ciudades, tanto Roma como la conocida Alba Longa. Luego entrarían a tener un peso específico los terratenientes o familias más ricas, que formaron los que luego se llamaron patricios. Pronto Roma empezaría a dominar, por su mayor crecimiento poblacional y su posición geopolítica en el Tíber y en el puerto sobre el Mar Tirreno.

La historia de la antigua Italia comienza con la ya citada inmigración griega. Los helenos fundaron muchas ciudades, grandes y pequeñas, en la costa de la actual Calabria. Asimismo, la actual Tarento era una colonia griega, y Kyme (Cumae), en la costa de Campania, constituía el puesto más avanzado del helenismo. Aunque los naturales del país no vieron con gusto el establecimiento de los extranjeros y su penetración en el interior, no pudieron, sin embargo, resistir mucho tiempo a la influencia de la civilización griega. Pero la importancia del helenismo en Italia trascendió, con mucho, de las comarcas en que se establecieron poblaciones realmente griegas. En Toscana, la antigua Etruria, no existía ninguna colonia griega. Pero el heleno se presentó allí en calidad de comerciante, sobre todo desde el año 700 AC. Hasta entonces los habitantes del país habían sido pastores o campesinos medio salvajes. Pero en cuanto conocieron el modo de vivir de los griegos, realizóse en los etruscos un cambio pasmoso. Aprendieron, en primer lugar, a edificar ciudades, y así, junto a las antiguas aldeas, fueron surgiendo en las alturas de Toscana establecimientos urbanos, con su cinturón de poderosas murallas, en parte todavía existentes. Los habitantes de las ciudades se dedicaban al comercio o a la navegación, o ejercían oficios, como los griegos. Adoptaron también la escritura de los extranjeros. Estos progresos, en el terreno económico y espiritual, hubo, naturalmente, de repercutir hondamente en lo político. Desde los tiempos más remotos, los etruscos dividíanse en varias subtribus, regidas cada una por un príncipe. Poco a poco cada subtribu se edificó su capital fortificada, y todos estos cantones de los etruscos -en número de doce- se fusionaron en una liga contra los enemigos del exterior. Pero, aunque las ciudades de Toscana alcanzaron, durante los Siglos VII y VI, un rapidísimo florecimiento, la masa principal de la



población siguió viviendo en el campo. Al principio cada campesino valía tanto como los demás. Pero el aumento de bienestar acarrió la división en clases: de un lado la de los grandes terratenientes, y del otro la de los arrendatarios y jornaleros dependientes de aquéllos. Y como suele suceder en tales circunstancias, la dominación política pasó a manos de los terratenientes. Entre los etruscos formóse, pues, una orgullosa nobleza de caballeros, que muy pronto fué la única en ejercer el oficio de las armas. En cambio, la masa de los humildes, de los que dependían de otros, no iba a la guerra. Hacia el año 600 AC el predominio de la nobleza ocasionó una mutación en la forma tradicional del Estado. Los caballeros no quisieron ya verse sometidos durante toda su vida a un príncipe o a un rey. En la mayor parte de los cantones derrumbaron, pues, la monarquía y la sustituyeron por la república, según el modelo ofrecido por los griegos. De los griegos aprendieron también el uso de limitar el cargo de presidente a un año de duración. Cada cantón etrusco estaba, por lo tanto, gobernado por uno de estos presidentes, renovados de año en año, dictadores, que salían siempre, naturalmente, de la nobleza.

Al Sur del Tíber, el desarrollo de los latinos realizóse del mismo modo que el de los etruscos. Desde muy antiguo existía un tráfico intenso entre los dos pueblos vecinos; y los progresos y transformaciones que se verificaban en Toscana, eran imitados más o menos rápidamente en el Lacio. También los latinos dividíanse originariamente en un sinnúmero de pequeñas subtribus. Una de éstas estaba formada por los quirites, cuyas aldeas se hallaban situadas en la orilla meridional del Tíber inferior. Cuando los latinos aprendieron a edificar ciudades, surgió entre los quirites una capital fortificada. Esta ciudad recibió -y ello es característico- un nombre etrusco: Roma. Desde entonces, los habitantes de este cantón denomináronse, bien quirites, según su antiguo nombre, bien, según su ciudad, "el pueblo de Roma". Poco a poco la apelación de romanos llegó a predominar, conservándose la de quirites tan sólo en algunas fórmulas legales. No puede asegurarse exactamente la fecha en que se fundó la ciudad de Roma; pero es indudable que creció paulatinamente en el transcurso del Siglo VII. Igual que los quirites, los demás cantones latinos -que eran unos veinte- fueron construyéndose sus respectivas capitales. Citemos aquí tan sólo a la famosa y legendaria Alba Longa, en el lago Albano, y con ella a Preneste (Palestrina), a Tusculum (Frascati) y a Tibur (Tívoli). Primeramente, cada cantón latino tenía su rey, que gobernaba de acuerdo con la asamblea de la tribu y el consejo de los ancianos, o sea el Senado. Pero, de igual modo que entre los etruscos, formóse entre los latinos una nobleza de terratenientes. Los nobles latinos quisieron emular a sus más ricos compañeros de clase en Toscana. Como éstos, consiguieron poco a poco la dominación política, y sustituyeron la monarquía por repúblicas aristocráticas. Ciertamente es que en Roma la monarquía duró hasta fines del Siglo VI, en que cayó vencida por los nobles, los patricios, como allí se llamaban. Por último, también en el resto del Lacio los reyes fueron sustituidos por presidentes de república, anualmente renovados. Pero, como entre los etruscos, sólo una parte de los cantones elegía anualmente un dictador, pues en otros Estados la nobleza era harto desconfiada para someterse durante un año a un solo hombre. Elegíanse, pues, anualmente dos presidentes a un tiempo, a fin de que uno pudiese vigilar lo que hacía el otro. Llamábaseles "duques" (pretors), porque mandaban el ejército en la guerra, o simplemente "compañeros" (cónsules). En tiempos normales, la República romana era presidida por sus dos cónsules; pero cuando el Estado se hallaba en gran peligro, por ejemplo, cuando era preciso sostener una guerra muy dura, preferíase obedecer a un mando único. Entonces se nombraba temporalmente un dictador. En el Siglo V, los cónsules y dictadores eran, invariablemente, nobles. También el consejo de los ancianos se había transformado poco a poco en una asamblea de la nobleza. Aunque continuaba funcionando la asamblea de la tribu, esta carecía en absoluto de poder. Los nobles eran los únicos que manejaban las armas, y la multitud extraña a la nobleza, los plebeyos, tenían forzosamente que resignarse. Como detalle característico del orgullo de la nobleza romana, citaremos la disposición del derecho civil que prohibía el matrimonio entre nobles y gentes de otra clase.

Los quirites eran uno de los cantones del Lacio más poblados, y muy pronto hicieron sentir su fuerza a sus vecinos más débiles. Ya en tiempos de la monarquía, Roma sojuzgó varias tribus vecinas, llegando incluso los romanos en un avance hasta el lago Albano, donde destruyeron la ciudad de Alba Longa. Pero no pudieron pasar más allá, pues los demás cantones latinos, siguiendo el ejemplo de los etruscos, constituyeron una alianza, contra la cual se estrelló el impulso de la nobleza romana. Es más; en el Siglo V, Roma misma entró en la liga de los pueblos latinos.

Arturo Rosenberg, Historia de la República Romana, 7-11

Mientras tanto, el desenvolvimiento interno de Roma caminaba por vías verdaderamente asombrosas. La ciudad de Roma disfrutaba de una situación privilegiada sobre el Tíber inferior. Era la mediadora obligada para el comercio exterior entre todos los pueblos latinos y los etruscos y griegos. También florecían en Roma industrias con que poder satisfacer las exigencias de las naciones vecinas. Y así, Roma, en los Siglos VI y V, llegó a ser la ciudad más grande de la Italia central. Parece ser que tenía aproximadamente unos 50.000 habitantes. Fácil es comprender que en los cantones itálicos el dominio de la nobleza era tanto más sólido cuanto más pequeña era la ciudad. Junto a los nobles nada significaban algunos cientos de obreros. Pero en el Estado romano la situación era muy otra. Aquí la nobleza se las tenía que haber con la vasta población de la capital.



Cierto es que los habitantes de la ciudad, no siendo guerreros, no se hallaban todavía en condiciones de disputar a los nobles el mando del Estado. Mas consiguieron que, poco después de la creación de la república, la nobleza gobernante les otorgase una constitución propia. La ciudad de Roma se dividió en cuatro distritos llamados tribus, y desde este momento cada distrito eligió anualmente un jefe, el "jefe de distrito de los ciudadanos" o tribuno de la plebe. Estos tribunos regían la administración de la ciudad y, como puede comprenderse, intervenían siempre que surgía algún conflicto entre un ciudadano y un noble. Desde luego, no podían hacer nada en contra del cónsul, pues los presidentes de la república, a imitación de los etruscos, ejercían un poder terrible sobre los hombres ordinarios. Cuando el cónsul salía, acompañábanle siempre doce alguaciles con hachas de verdugo y vergajos, y el cónsul mandaba, según se le antojaba, azotar o degollar a los que le negaran obediencia. Los habitantes de la ciudad encontraban todavía cierta protección en su tribuno; pero la gente del campo carecía de ella por completo. La gran masa de los jornaleros y arrendatarios dependía en absoluto del terrateniente. Y fue menester una gran catástrofe política para abatir, a principios del Siglo IV, el poderío de la nobleza romana.

Arturo Rosenberg, Historia de la República Romana, 11, 12

Una cierta comprensión de Roma y su historia pueden ayudar al interesado en la profecía bíblica a entender cómo se dio la sucesión entre el imperio romano y la Roma papal (que hemos estudiado en los tratados proféticos) y encontrar algunas de sus similitudes.

La fundación de Roma está enclavada en la mitología romana donde es difícil distinguir la leyenda de la historia. A pesar de esto, los héroes y los eventos de estas leyendas terminan por marcar los rasgos culturales de Roma, y de sus sucesores. Usaré un libro conciso, pero al mismo tiempo preciso, para detallar algo de la extensa historia del más grande imperio de todos los tiempos.

La tradición remite al año 754/753 AC como el de la fundación de la ciudad y del 509 AC como del momento del surgimiento de la República. Es decir, nos presenta un período de doscientos cincuenta años de monarquía. Aunque ésta la tengamos envuelta en leyendas hermosísimas, al menos sabemos que hubo reyes latinos, sabinos y (desde comienzos del Siglo VI AC) etruscos, que son los que le dan el carácter urbano a la primitiva serie de aldeas que se unen políticamente (los denominados pagi). Previamente nos habla de todo un largo período lleno de "acontecimientos" totalmente míticos. La tendencia que marcaron los historiadores responsables de estas refacciones es la de conectar los orígenes de los romanos con la más antigua cuna griega: la historia del arcadio Evandro, que se instaló en la margen izquierda del Tíber, sobre el Palatino (unos sesenta años antes de la guerra de Troya) donde lo acogió Faunus, rey local (con inmensa generosidad se producen siempre estos acogimientos de un rey local hacia un presunto "colonizador"). A su vez Faunus acogió a Hércules sobre el área del Forum boarium (Mercado de ganado). Conservamos restos en esta zona del paso de los fenicios (adoradores de Hércules/Melkart) bajo la iglesia de Santa María in Cosmedin: la llamada Ara maxima Herculis, auténtico reglamento con una serie de prohibiciones de tipo religioso que excluyen a las mujeres, los perros, los cerdos y las moscas! del área sacra. Parece que su culto estuvo en funcionamiento hasta bastante tarde.

El tercer gran personaje del mito fundacional es Eneas [huyó, cargando a su padre, de la destrucción de Troya por los aqueos, a raíz del rapto de Helena por el príncipe troyano Paris... historia donde la ficción y la realidad se confunden], hijo de Anquises y Venus (divinidad que preside la iconografía de los Julio-Claudios, primera saga de emperadores). Tras la caída de Troya a



comienzos del Siglo XII AC se refugió también en el Lacio donde fundó Lavinium. Su hijo Ascanio fundó Alba Longa. **Tito Livio (Ab Urbe condita), Plutarco (Vidas paralelas, vida de Rómulo) y Virgilio (Eneida)** son nuestras fuentes principales para conocer la historia de los ancestros y de los famosos gemelos Rómulo y Remo. Para unos eran hijos de Latino, rey del Lacio, y de una troyana llamada Roma, para otros hijos de Marte [una mezcla de historia y mitología que no es posible desenredar] y una vestal Rea Silvia (las vestales eran servidoras de la diosa Vesta, obligadas a permanecer vírgenes). El fruto de esos amores llevaría en sí la mancha, pero también el sentido divino, a través precisamente del dios de la guerra y de la fuerza. Abandonados en una canastilla en el Tíber a orillas de Alba, llegan al Palatino donde, tiempo después,



fundarían Roma (el 21 de abril o dies natalis).

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 9

La vida de Rómulo fue adornada por ese fondo de historia legendaria. Si las leyendas, como hemos visto, tienen una base real histórica, él personalmente pudo ser un jefe de tribu de carácter pastoril. El 21 de abril, natalis Urbs, se corresponde con una de las fiestas pastoriles más importantes del calendario romano, las Palilia o, por deformación Parilia. Dedicada a Pales, la diosa protectora de los rebaños. Los filólogos relacionan con esto el palatium o empalizada de los rediles, así como el propio nombre del monte Palatino (del cual deriva luego palacio, palacial, etc., lugar donde está el palacio). Su historia se rehízo en época avanzada. El episodio de la loba que amamantó a los gemelos tras su llegada a orillas del Palatino sabemos que es una creación del Siglo III AC, pero el culto totémico al lobo, en las sociedades pastoriles es bien explicable y de antigua raigambre (recordemos las fiestas Lupercales).

El carácter de Rómulo (ardentius) representa la soberanía. La recreación de las vidas de sus sucesores latinos: Numa Pompilio (religiosus) el creador de las instituciones religiosas, Tulio Hostilio (el guerrero, como su propio nombre indica) y Anco Marcio (el constructor, identificado con la prosperidad económica y las preocupaciones sociales) se han interpretado como representativos de las tres funciones de los pueblos indoeuropeos antes mencionadas (soberanía, religiosidad y productividad).

Pero la verdadera monarquía histórica y el nacimiento real de la ciudad hemos de buscarlos con la dominación etrusca. Parece incluso que la palabra Urbs es de origen etrusco. Es ahora cuando surgen los cuadros administrativos, las instituciones que dirigirán la ciudad desde el punto de vista político y social. Los tres reyes de origen etrusco nos los dibuja la tradición con nombres bien significativos: Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio. Claudio, el emperador-historiador, nos los describe como originarios de Tarquinia, al primero y al último, y a Servio, el que tiene una historia más rica en datos, como una especie de dictador (Mastarna= dictador) conectado con la ciudad de Vulci, lo que podría indicar una lucha de estas dos ciudades por controlar la naciente Roma. **Tito Livio (I, 43) y Dionisio de Halicarnaso (IV, 16 sucesivos)** nos hablan de las conocidas como "reformas servianas" o de Servio (para algunos un antiguo servus que llegó a ser yerno del primer Tarquinio por influencia de la esposa de éste, Tanaquil. Para otros Tarquinio es el mismo personaje antes y después del período de Servio...). Al final del período de la monarquía, la tradición resalta la figura de un tal Porsena. Su historicidad es muy incierta; parece que intentó reponer este sistema político tras los primeros conflictos con la plebe, frente a la tendencia imparable que llevaba a Roma hacia el surgimiento de la República.

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 10

En las etapas todavía monárquicas se puede observar el manejo de clases que tenía la sociedad romana. No deja de sorprender la organización de las curias (cualquier similitud con la curia romana de la iglesia católica actual no es pura fantasía...) y ver cómo la sociedad romana se enfocaba en dos cosas: la riqueza y el ejército.

Antes de exponer las reformas de Servio es conveniente que analicemos cómo se articulaba la sociedad romana de esta época. Estaba organizada en tribus (según la tradición denominadas Tities, Ramnes y Luceres). Si representaban a tres pueblos unidos entre sí, o a grupos sociales diferentes no lo sabemos. El hecho es que en su interior tenían cabida los clanes familiares o grupos consanguíneos que la tradición nos transmite como gens (los gentiles serían sus miembros), caracterizados por tener un antepasado común, generalmente mítico, por línea masculina directa y que daba nombre al grupo. El pater gentis sería el miembro viviente heredero y rector de este amplio grupo familiar. La pertenencia a una gens es exclusiva, por nacimiento o adopción del grupo, o, en el caso de las mujeres, por matrimonio. La gens estaba compuesta a su vez por una serie de familias patriarcales, donde el pater familias era la figura central, social y religiosamente. Los padres y sus hijos, formaban el grupo de los patricii, eran hijos de padres .

Todo es demasiado matemático en la transmisión de **Plutarco**, cada tribu estaría formada por diez curias o conjunto político-administrativo que englobaría un grupo de varias gens. La curia (para **Kretschmer** el nombre derivaría del indoeuropeo kowiriya = co-viria = reunión de los hombres o vires) sería la reunión de ciudadanos. Se piensa que eran más antiguas que las tribus y que realmente constituían el recuerdo de las asambleas políticas de los diferentes pagi que convergen en la gestación de Roma ciudad. La tradición nos habla de las curiae veteres y de las curiae novae. Cada curia estaba regida por un curio maximus o curión, jefe político, militar y religioso, aunque pronto quedó sólo con la última de estas funciones [interesante, ¿no?]. La curia era la célula de reclutamiento (cada una debía proporcionar cien soldados de infantería, según la tradición). De esa función militar le llega a la curia el papel político, comitia curiata , o reunión militar decisoria con lo



que cobran sus acciones carácter político. Con el tiempo será ésta una asamblea popular en la que los individuos votarán dentro de su curia. Tiene la importante misión de otorgar el beneplácito a la elección del rey (y luego de los magistrados republicanos) mediante la *lex curiata de imperio*. La tradición menciona también a los *comitia calata*, que se reunían en las *calendas* y *nonas* de cada mes (comienzos del mes y a los 7-9 días). En ellas el rey comunicaba el calendario a la población.

Las familias patricias serían las destinadas a conformar los cuadros del primitivo Senado, órgano de consulta para el rey, del que emanaba el poder de éste. Ellas eran las depositarias de las normas consuetudinarias de vida, de las formas de los procesos y de los ritos culturales. Pero en una ciudad en pleno desarrollo como Roma, la

inmigración debió ser importante y no asimilable ni en la estructura gentilicia ni en la de sus clientes o protegidos. Los inmigrantes, de base artesanal y comercial formaban algo aparte, eran la multitud, es decir la *plebs* (del griego *ple-thos*). Asentados por el ángulo del Tíber, luego Campo de Marte, estaban más abiertos a los contactos greco-oriental o púnico-fenicio, en fase de penetración en el mundo local (según los últimos hallazgos).

Las reformas de Servio Tulio marcaron un cambio en el desarrollo de la Historia de Roma de efectos muy duraderos. La más importante de ellas tiene que ver con la ruptura del sistema gentilicio tradicional. Clasificó a la sociedad en dos grandes grupos los que formaban parte de la *classis* (los que podían pagarse el equipo militar, con mayor o menor fortuna por lo que había dentro de ella cinco subgrupos:

1. Los de una fortuna superior a los 100.000 ases,
2. Superior a los 75.000 ases,
3. Fortuna superior a 50.000 ases,
4. Censo por encima de los 25.000 ases,
5. Con sólo 11.000 ases);

por otro lado, los que estaban por debajo de estas posibilidades, los *infra classem*, el pueblo llano, sin posibilidades económicas de formar parte del ejército. Por otra parte, todos los ciudadanos fueron adscritos a las nuevas tribus que les correspondieron en razón del lugar donde se hallaban sus posesiones. Así se organizaron las dieciséis tribus rústicas más antiguas para los propietarios (los *adsidui*), y cuatro tribus urbanas para los no propietarios (comerciantes, industriales, los *desposeídos* (*proletarii*, su única riqueza eran los hijos, la *prole* [¿le suena a algo?]). El antiguo ordenamiento por curias continuó existiendo hasta época tardía, pero sobre todo con funciones sacras y relacionada con la antigua gentilicia. Otorgaría todavía la *lex curiata de Imperio*, intervendría en temas de adopción, testamento, paso del patriciado a la plebe de miembros desclasados por cualquier problema (ruina, parricidio, etc.).

Para algunos historiadores se trata en realidad de un proceso que se llevó a cabo en Roma mucho más tarde, aunque la tradición lo relacione con este rey. Este ordenamiento social timocrático (basado en la riqueza, del griego *time*), permitía el mejor reclutamiento de los miembros del ejército. Se organizó por centurias. Los de la primera clase debían aportar 80 de ellas (40 de seniores, personas mayores, y 40 de juniors, los más jóvenes). Además, se añadieron 2 centurias de obreros (carpinteros, herreros) y 2 de músicos. La segunda, tercera y cuarta clases debían aportar 20 centurias cada una, la quinta clase colaboraría con 30 centurias (de armamento muy ligero). Por encima de las clases colocó 18 centurias más de caballeros (*equites*). Para simular la participación de todo el mundo en el juego de los votos, con los *infra classem* se formó una inmensa centuria (también conocida como los *capite censi*) donde su voluntad se diluía. Los componentes de las centurias votaban primero para extraer un voto de cada centuria; luego las 193 centurias dirimían las cuestiones en los *Comicios por centurias*. Como la votación se empezaba por los caballeros y la primera clase, si se ponían de acuerdo obtenían ya la mayoría, con lo que la votación se interrumpía.

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 10, 11

Aunque el periodo monárquico es de corta duración, comparado con la historia de la república y el imperio, es importante señalar que es en esta fase (parte histórica y parte leyenda) cuando se forja la cultura romana que luego asombraría al mundo por sus logros bélicos, pero



también por su organización y sus leyes (todavía hoy muchas de las legislaciones se basan en el derecho romano). Algunas de las estructuras de poder, como la curia, se enfocarían en lo religioso, mientras que los pretores marcaban otro aspecto fundamental: el poder de las armas.

El final de la monarquía tiene lugar en el año 509 AC, según la tradición. Nos transmiten el dato también las fuentes greco-sicilias. Tarquinio fue depuesto mientras luchaba en el asedio de Ardea, y entraron en el ejercicio del poder militar los dos comandantes de ese ejército (los pretores). Porsena, desde Clusium, intentó la restauración. Los latinos coaligados le vencieron ayudados por los refuerzos enviados por Aristodemo de Cumas. Algunos investigadores creen más en un deterioro interno de la realeza, dado el mantenimiento de la figura del rex sacrificulus o rex sacrorum (destinado ya sólo a realizar sacrificios o acciones relacionadas con lo religioso [una combinación que se ve en la historia del papado]). El rey se habría ido desprendiendo de su poder político y militar en beneficio de sus ayudantes los pretores. Pero la aversión a la monarquía parece algo palpable, tal vez por el influjo griego de la Magna Grecia.

En resumen, la monarquía y los años que la preceden constituyen uno de los períodos más complejos de la Historia de Roma, que está a caballo entre la tradición y la historia. La primera fue rehecha a partir del Siglo III AC, por tanto, resulta muy lejana en el tiempo a los hechos que narra y muy poco segura. Para la confección de la segunda, disponemos hoy, además de esas fuentes escritas tardías, de una información de primer orden que es la que nos proporciona la Arqueología. Son muchos los especialistas que, en el viejo solar de la Urbs, tratan de reconstruir pacientemente unos acontecimientos de muy difícil valoración. Pese a ello debemos de tener en cuenta que la importancia histórica de estos años es crucial dado que en ellos se ponen las bases institucionales, jurídicas, económicas, sociales, religiosas, artísticas y culturales en general de la futura potencia mediterránea que será Roma.

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 11, 12

Luego de su dolorosa derrota contra los godos senones de Brennus a inicios del Siglo IV AC, de la que se repusieron al notar que su ejército y sus tácticas bélicas no estaban a la altura de sus ambiciones, Roma vio robustecido su poder luego de las llamadas guerras samnitas con más de medio siglo de duración (entre el 343 AC y el 290 AC hubo tres guerras entre ambos contendientes) y que concluyeron con la victoria total de Roma. Un momento clave de la historia romana, llegaría cuando debía confrontar a la poderosa Cartago por el dominio sobre el Mediterráneo, en las llamadas guerras púnicas.

En el año 265 AC, Roma ha culminado su expansión territorial por Italia con la conquista de la última ciudad etrusca independiente, Volsinia, después de la toma de Tarento, la ciudad más importante de la Magna Grecia. Ahora, la ciudad estado que hasta ese momento sólo contaba con un reducido territorio, controla uno que se extiende desde el Arno hasta el estrecho de Mesina y se ha convertido en una potencia con vocación ultramarina. El enfrentamiento con la hasta entonces indiscutible dueña del Mediterráneo, Cartago, era inevitable. El triunfo sobre este estado semita [en realidad era de origen fenicio, es decir camita] norteafricano le llevará a intervenir en los territorios orientales y occidentales del Mare Nostrum de tal modo que, en el 133 AC, prácticamente los domina todos [recordemos que en el 168 AC ya había doblegado a los macedonios en la batalla de Pidna y se había convertido en el dueño absoluto de todo el mundo conocido].



El éxito de la empresa se debió al buen funcionamiento de las instituciones que son capaces de mantener cohesionadas a las diversas capas sociales, integradas también en un ejército

de ciudadanos, cuya propiedad más destacada es la de saberse adaptar constantemente a nuevas situaciones, sin que los contratiempos sean insuperables por duros que fueran. Sin embargo, como era de esperar, tan fuerte expansión territorial ocasionó profundas mutaciones en la estructura económica y social que hicieron que se tambalease la propia constitución republicana, tan sólidamente forjada en los siglos anteriores. Se puso en evidencia que unas instituciones creadas por y para una ciudad estado no se adecuaban para gobernar un vasto imperio.

Sin embargo, Roma es capaz de mantener el régimen republicano en unos momentos -Siglos II y I AC en los que todos los estados mediterráneos estaban gobernados por monarquías de corte absoluto. Debemos entender la crisis República como la adaptación de ese régimen a un tiempo en



que ya no era adecuado; incluso, su resultado final, la institución del Principado por Octavio Augusto, tras un período de sangrienta guerra civil, debe ser contemplado de esta manera, es decir como el esfuerzo último para mantener los elementos esenciales de la soberanía del Pueblo Romano.

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 26

8.3.3. La expansión romana

Hasta la transformación de la monarquía a la república, Roma no se había mostrado como un rival temible para quienes en ese momento dominaban el mundo: los Medo-Persas. Ni siquiera con capacidad para rivalizar con las ciudades estados griegas, y ni siquiera intentar rivalizar con los etruscos en la península.

Hasta ese entonces Roma no era capaz de enfrentar a las hordas galas que, comandada por Brennus, tomaron y saquearon la ciudad en el 387 AC mientras Roma intentaba rivalizar con Etruria. Pero un siglo y medio después, desde las tres guerras samnitas y de derrotar a los etruscos, Roma empezó a aparecer en el escenario de las naciones próximas, creando un espacio para dar el salto a su futura grandeza.

Ya hemos visto que en el Siglo VI AC los etruscos sobrepasaban en cultura y bienestar a los demás pueblos itálicos. No es, pues, de extrañar que pretendiesen realizar conquistas a costa de las tribus vecinas más atrasadas. Los primeros en sufrir las consecuencias de este afán fueron los umbríos de las montañas, al Este de la Toscana. Los umbríos hubieron de abandonar poco a poco las fértiles colinas, refugiándose en las áridas alturas. Hacia el año 500 AC la nobleza etrusca cruzó los desfiladeros de los Apeninos, en dirección al Nordeste. La fértil Romaña fue, asimismo, arrebatada a los aborígenes umbríos y ocupada por los etruscos, que avanzaron luego hacia el Norte, atravesaron el Po y penetraron en la Lombardía.

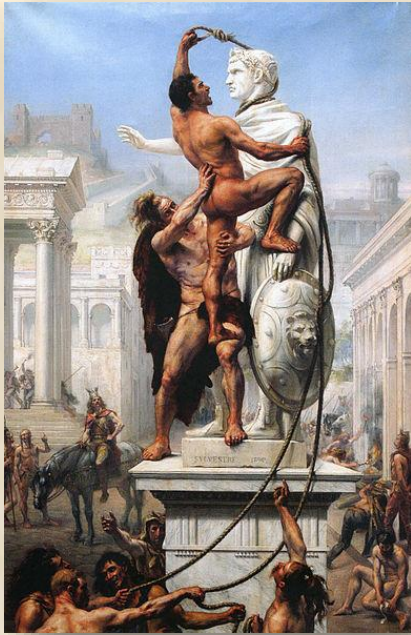
Por doquiera se establecieron los nobles etruscos y surgieron castillos etruscos. Al Sur de Toscana, los romanos lograron detener las conquistas de los etruscos; pero la región latina, al Norte del Tíber, cayó bajo el poder extranjero. Los etruscos pasaron con sus buques por delante del Lacio, desembarcaron en Campania, sometieron a los indígenas y fundaron la ciudad de Capua. Como es natural, aquí hubieron de sostener la lucha con los colonos griegos. Cumas, la avanzada helénica, logró mantenerse, a pesar de los rudos ataques, gracias a la ayuda que los griegos de Sicilia prestaron a sus compatriotas. De todas suertes, hacía el año 450 AC, la dominación etrusca se extendía por Italia, desde los Alpes hasta el Vesubio, siendo también en este sentido los etruscos el ejemplo que más tarde habían de imitar los romanos. Mas, pese a su esplendor externo, la potencia de los etruscos, a la larga, no pudo mantenerse. La antigua Toscana, muy poco poblada, no podía proporcionar sino un número de emigrantes demasiado exiguo. Los etruscos no pudieron, por lo tanto, establecer en los territorios conquistados sino una capa superficial de nobles y ciudadanos, y su poderío se derrumbó tan pronto como se presentó a las puertas de Italia un enemigo más fuerte y superior en número.

Este enemigo eran los galos, los habitantes de la Francia actual. Hablaban una lengua celta. Por aquel tiempo el idioma céltico ocupaba gran parte de Europa; hoy sólo se habla céltico en Gales, Irlanda y Bretaña. En aquella época las tribus galas eran salvajes y medio nómadas. No vacilaban en abandonar su patria, cuando esperaban encontrar en cualquier otro punto terrenos fértiles y buen botín. Y así fué como hacia fines del Siglo V las hordas galas, compuestas de varios miles de guerreros, atravesaron los desfiladeros de los Alpes e irrumpieron en el Norte de Italia. Los ejércitos formados por los nobles etruscos eran muy inferiores en número a estos nuevos enemigos; la Lombardía y la Romaña no tardaron en caer en poder de los galos. Grandes trabajos y duro esfuerzo hubieron de llevar a cabo los etruscos para defender la propia Toscana. Aproximadamente hacia la misma época derrumbóse también la dominación etrusca en el Sur de Italia. Los aborígenes del país, los oscos, habían crecido poco a poco en poder militar y político, y en cuanto se percataron de su fuerza, arrojaron de la Campania a los etruscos y se apoderaron de Capua. Poco después los griegos de Cumas sucumbían, a su vez, a los oscos. Los oscos de Campania formaron entonces unos cuantos cantones independientes, de los cuales fué Capua el más poderoso. Los demás oscos de la Italia meridional formaron tres confederaciones de Estados: la confederación de los samnitas, en los Abruzos; al Sur de éstos, los lucanos, y en la Calabria actual, los bruzianos.

La nobleza romana quiso, asimismo, aprovechar la difícil situación del pueblo etrusco para asestarle un duro golpe. La ciudad etrusca más próxima a Roma, al Sur de Toscana, era Veyas. Los romanos y los veyanos habían sostenido luchas frecuentes. Mientras los demás Estados confederados etruscos apoyaron a los veyanos, los romanos llevaron la peor parte. Pero ahora que cada comunidad etrusca luchaba independientemente, era el momento de intentar un ataque decisivo. Hacia 395 AC, Veyas fue conquistada y destruida. La extensa región ocupada por los veyanos se convirtió en romana. Tuvo esta conquista una gran importancia, pues triplicó el territorio del Estado romano, que pasó así de 1.000 kilómetros cuadrados a 3.000, alcanzando su población un número de 250.000 habitantes. Por otra parte, los romanos consiguieron fácilmente asimilarse



los terrenos conquistados, porque los labradores de la región veiana eran, en su mayor parte, de raza latina. Bastó, pues, con eliminar a los nobles etruscos, para que el país se latinizase por completo.



Mas, pocos años después, fue vengada Veyas por los peores enemigos de los etruscos, o sea por los galos. En 387 AC una horda gala, que llevaba algún tiempo recorriendo la Toscana, encaminóse hacia el Lacio en busca de botín. El ejército de los nobles romanos ofreció batalla al enemigo junto al río Alia; pero sufrió la misma suerte que la nobleza etrusca. Fue completamente vencido por la infantería gala, muy superior en número. La mayor parte de los nobles romanos fueron muertos. La horda gala dirigióse entonces contra la misma Roma. A causa del pánico general, no pudo organizarse la defensa de la ciudad. La población huyó, y los galos penetraron en Roma. Sólo conservaron los romanos la escarpada altura del Capitolio. Por último, no hubo más remedio que ofrecer a los galos una crecida suma de dinero para que se retiraran. La horda con que había tenido que habérselas Roma no era una potencia política regular, que hiciera la guerra con fines de conquista, sino simplemente una enorme cuadrilla de bandidos, que robaba cuanto podía. Los galos no sentían ningún afán por establecerse definitivamente en Toscana o en el Lacio.

La batalla de Alia fue el Jena del Estado aristocrático romano. Habiendo perdido a tantos de los suyos, la nobleza romana no se hallaba ya en condiciones de hacer frente a las pretensiones de los ciudadanos y campesinos, que reclamaban la igualdad política. Sobre todo, quedó patente que el pequeño ejército de los caballeros no respondía ya a las exigencias de la época. Al tornar los galos, fue preciso oponerles una buena infantería, que se obtuvo reclutando ciudadanos y campesinos, a quienes, en pago de los grandes servicios prestados al Estado, se les otorgaron derechos políticos. Desde el Siglo IV, Roma pudo equipar, en cada guerra, cuatro legiones (divisiones). Cada legión comprendía 3.000 infantes con armas pesadas, que combatían con espada, lanza y escudo, y otros 1.200 ligeros, armados sólo con venablos o con hondas, y, finalmente, 300 jinetes. Esto hace un conjunto de 12.000 hombres de infantería pesada, 4.800 de infantería ligera y 1.200 soldados de caballería. Hoy este ejército sería, naturalmente, muy exiguo. Pero en la antigüedad significaba una fuerza temible. Como punto de comparación, baste recordar que la Atenas de Demóstenes, esto es, una gran potencia griega del Siglo IV disponía tan sólo de un ejército de ciudadanos integrado por 6.000 hombres de infantería pesada. Pero, además, aquellas cuatro legiones de Roma no eran sino una primera leva, apoyada por importantes reservas.

Arturo Rosenberg, Historia de la República Romana, 12-16

Un buen resumen de lo que ocurrió con Roma desde el Siglo III aparece en la siguiente cita. Después de haber logrado someter a los etruscos, samnitas, sabinos, oscos entre muchas otras naciones Roma emprendió un crecimiento veloz y se convirtió en lo que la Biblia anticipaba, una poderosa bestia que tenía grandes dientes de hierro delante de la que nadie podía permanecer. Después de la poderosa Cartago, cayeron, como en un juego de fichas de dominó, los reinos macedónicos, y se sometieron a él todas las naciones existentes en Europa y el Asia oriental. En algún momento durante su máxima expansión en el Siglo II DC, contaba con 30 legiones, esto es, alrededor de 160.000 soldados controlando sus posesiones en Europa, Asia y África.

Roma se estableció en el escenario histórico universal paulatinamente y sus legiones aplastaron sin misericordia a todos sus rivales y su puño férreo nunca soltaba presa sin despedazarla. De la "Roma cuadrada" inicial, con paso seguro pasó a ser la "Roma peninsular" y luego la Roma imperial [aunque hasta allí seguía siendo una república]. Las guerras púnicas confirmaron su poder y las ilirias señalaron su dominio mundial.

- a. Tras su dominio de toda la península itálica en 264 AC Roma se lanzó a la conquista del mundo conocido de entonces. A fin de dominar el Mediterráneo central se enfrentó primero con Cartago. En estas guerras conocidas como púnicas, debido a que Roma llamaba "punas" a los cartagineses, Roma salió airosa. En realidad, ya hacia el año 200 AC, Cartago no representó más un rival considerable y cuando en el año 146 AC es destruida completamente, Roma se adueñó completamente del Mediterráneo occidental.
- b. Su pleito con Macedonia lo liquidó sometiéndola hacia el año 197 AC y consiguientemente a los estados griegos. El año 189 AC, derrota a Antíoco III (llamado también el Grande) en la batalla decisiva de Magnesia y con eso se apodera del territorio seléucida hasta las regiones del Tauro. En el año 168 AC Roma liquida definitivamente a la monarquía macedónica en la



batalla de Pidna. Con esto el dominio del Mediterráneo oriental pasó a sus manos. Así, la extensión hacia el oriente, le estaba abierta. Su hegemonía era un hecho consumado.



- c. El mismo año 168 AC, Roma demuestra quién era ya el amo en todo el Antiguo Cercano Oriente al exigir a Antíoco IV la retirada inmediata de Egipto, cuando éste aventuró su entrada en el país del Nilo. En realidad, esto muestra la insignificancia de este rey seléucida que tenía apenas control mínimo sobre la parte que heredó de su padre en el agonizante imperio griego que Roma ya consideraba como suyo desde los días de su padre Antíoco III el Grande.
- d. El 146 AC Roma anexó definitivamente a Macedonia como provincia, y hacia el 123 AC el Mediterráneo era mencionado por los romanos como el "Mare Nostrum". Posteriormente, como simple consecuencia de su ya total dominio del Antiguo Cercano Oriente, en el 65 AC se apoderó de todo el territorio seléucida y el 63 AC transformó a Palestina en provincia romana. Finalmente, el 30 AC [a punto de establecerse el imperio] Egipto es también transformada en provincia romana.
- e. Los eventos históricos que culminaron con la aniquilación del poderío griego como resultado de la expansión de Roma son bastante conocidos de modo que el tercer imperio profético cedió su lugar al poderío férreo de Roma, tal como lo señaló **Daniel** anticipadamente.

...El "tenía grandes dientes de hierro", es un índice claro de rapacidad, crueldad y fuerza. Estas características las demostró de manera especial Roma con el arrasamiento de Cartago, Corinto y sobre todo repetidamente en Jerusalén. Además, tal como en la estatua de **Daniel 2**, el hierro se vincula explícitamente con Roma, el cuarto imperio mundial, e incluso perdurando en el período de la mezcla con la arcilla.

Merling Alomía, Daniel, el profeta mesiánico, 190-193

8.3.4. La caída de los reinos macedonios

Mientras Roma luchaba contra Cartago el imperio de Alejandro ahora dividido empezaba a ver con alguna preocupación a este nuevo poder que se atrevía, por lo que Filipo V de Macedonia se alió con Cartago para detener el avance romano. Esto provocó la primera guerra macedónica.



En la segunda guerra ya Macedonia había caído frente a Roma y el Imperio Seléucida quedaba como el enemigo más difícil, además conducido por Antíoco el Grande que había despojado, para siempre, al Egipto Ptolomeico del control de Siria y Palestina.

La batalla de Pidna dejaría mortalmente herido al coloso seléucida que ahora dependía para sus decisiones de Roma. El fin del imperio del leopardo alado había llegado.

Alrededor del año 200 AC, cuando Cartago -su único rival genuino ya no era una amenaza, Roma se había convertido en la señora del Mediterráneo occidental. La conquista de provincias extranjeras fue para Roma el comienzo de un verdadero imperio. Al principio Roma no procuró conquistar nuevos territorios en el este. Pero era la potencia máxima del Mediterráneo, y en sus esfuerzos por defenderse y proteger su comercio y a sus aliados, intervino en contiendas locales, hasta que finalmente fue reconocida como la conquistadora de todo el mundo mediterráneo.



En la progresiva conquista de los restos del imperio de

Alejandro, el primer choque de Roma con Macedonia fue durante la segunda guerra púnica. Filipo V de Macedonia trató de ayudar a Cartago; pero Roma se lo impidió y se alió con algunos Estados griegos, y con Pérgamo, contra Filipo. Esta primera guerra macedónica (215-205 AC) fue seguida por la segunda guerra macedónica (200-196 AC). Roma derrotó a Macedonia en Cinocéfalo (197 AC) y declaró la libertad de toda Grecia. Al quebrantar el poder de Macedonia, Roma tan sólo había debilitado al rival del reino seléucida, y de allí en adelante tuvo que habérselas con Antíoco III (el Grande).

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 29, 30

Mientras Roma y Filipo estaban en guerra y Egipto era sacudido por levantamientos internos, Antíoco el Grande invadió a Siria y Palestina. En la batalla de Panión (201/200 AC), Egipto perdió para siempre el dominio sobre Palestina... y ésta pronto quedó completamente bajo el dominio de la casa de Seleuco y la suerte de los judíos empeoró mucho [como veremos luego].

Tan pronto como Antíoco hizo la paz con Egipto, invadió a Grecia; pero fue derrotado por los romanos en las Termópilas y obligado a huir de regreso al Asia Menor. En Magnesia, cerca de Esmirna, fue derrotado decisivamente por los romanos en el año 190 AC. De acuerdo con el tratado de paz que se concertó, el reino seléucida tuvo que pagar una cuantiosa indemnización de guerra y, además, renunciar a todas sus posesiones al oeste y al norte de la cadena de montañas del Tauro. Roma no se quedó con ese territorio conquistado, sino que lo dio a sus aliados, especialmente a Pérgamo y a Rodas...

Perseo, hijo de Filipo V, era considerado como enemigo de Roma. Los emisarios enviados en varias oportunidades a Macedonia regresaban cada vez más preocupados. Finalmente, el asesinato del rey de Pérgamo mientras viajaba por Grecia, fue el motivo de la tercera guerra macedónica (171-168 AC), en la cual -en la batalla de Pidna (168 AC) Roma aplastó completamente a Macedonia. Sin embargo, no se anexó el territorio, sino que lo dividió en cuatro repúblicas diferentes que colocó bajo su protectorado. Así terminó la casa gobernante de los sucesores de Antígono. Había desaparecido el reino de Macedonia, uno de los tres que habían sobrevivido del antiguo dominio de Alejandro.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 30

Después de ser derrotado por los romanos, Antíoco el Grande envió a Roma a su hijo Antíoco (más tarde llamado Epífanés) como rehén. Sin embargo, finalmente Antíoco Epífanés ocupó el trono (175 AC) del imperio seléucida. Mientras Roma estaba empeñada en la tercera guerra macedónica (que terminó con el reino macedónico en 168 AC), tuvo que enfrentarse a otro intento de la casa de los seléucidas por dominar en el Cercano Oriente. Antíoco Epífanés marchó contra Egipto. Estaba por tomar el país, cuando llegó un emisario de los victoriosos romanos con un ultimátum en el que se exigía a Antíoco que saliera de Egipto, que entonces era aliado de Roma y estaba protegido por ella. Antíoco se retiró, pues comprendió bien cuál era el poderío militar romano.

Y de esta manera, alrededor del año 168 AC, Roma había vencido a uno de los tres reinos helenísticos sobrevivientes, tenía al segundo bajo su protectorado y había rechazado al tercero sólo con la palabra de un emisario, aunque no se anexó nada de los territorios de ellos hasta algunos



años más tarde. Antíoco, frustrado, regresó de Egipto y dedicó su atención a los judíos.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 30

8.3.5. El fin de la República

Tras los indudables éxitos militares que le habían hecho dueña del mundo, Roma se encontraba en las fases finales de la República, un modelo de gobierno que había logrado la grandeza de Roma, pero que parecía ahora insuficiente para gobernar los extensos territorios ganados a fuerza de las armas, o para garantizar la paz social donde muchos (la plebe) empezaban a cuestionar el dominio de unos pocos (los patricios). Estas luchas de poder entre las clases y los costos de las conquistas militares terminarían por desencadenar las condiciones que llevaron a terminar con la república.

Tras el saqueo de Corinto por las tropas de L. Mummio y la toma y destrucción de Cartago a manos de Escipión Emiliano, la República Romana había completado un ciclo histórico caracterizado por una rápida extensión territorial gracias a las derrotas militares que había infligido a sus enemigos más destacados. Pero esto no era sino un éxito aparente en el campo de la política exterior que iba a costarle caro a Roma. La urbe vivirá una época turbulenta, llena de acontecimientos de toda índole, tanto en los asuntos internos como en el ámbito internacional. Se trata de un período inmerso en una larga desestabilización interna, de naturaleza política y social, que se extendió durante más de un siglo de agonizante política senatorial llena de sobresaltos, durante el que se intentó, sin éxito, la concentración de poder que permitiera las reformas necesarias para adecuarse a los nuevos tiempos, es decir, una administración racional del territorio itálico y de las nuevas provincias que se iban incorporando al estado romano.

Al principio del período histórico que describimos, los intentos de reforma agraria de los Gracos (133 y 123/122 AC) pretendieron dar respuesta a los problemas sociales que las incesantes



y exigentes necesidades de largas campañas militares habían provocado en Roma. Los Gracos [Tiberio y Cayo Graco] valiéndose en su acción política del tribunado de la plebe, acometieron por vía legislativa primero y por vía ejecutiva después la reforma agraria (reparto del ager publicus) tan necesaria para modernizar la República; pero la miopía política de un Senado celoso de sus privilegios y de su base de poder, la posesión de la tierra, sofocó en sangre estas reformas, ciertamente revolucionarias para los senadores, pero indispensables para el desarrollo y estabilidad social de una República en creciente

extensión territorial y demográfica. Años después de la desaparición violenta de los Gracos, Apuleyo Saturnino (100 AC) y Livio Druso (91 AC) retomaron este proyecto; sin embargo, la represión senatorial y otros problemas, más graves aun si cabe, lo volvieron a dejar en estado latente.

En cuanto a las acciones militares en el exterior, hay que tener presente que fueron utilizadas en la lucha política de Roma, de manera que la resolución de estos conflictos dependió en gran medida de los intereses políticos que imperaban en la urbe, tanto de los de las facciones políticas como de los meramente personales. Así, la dirección de las operaciones militares en la guerra contra Yugurta, de las operaciones contra las incursiones amenazantes de cimbrios y teutones y de la intervención frente a las pretensiones expansionistas de Mitrídates en Asia y Grecia dependió en gran medida de las maniobras políticas que encumbraban a uno u otro candidato, sobresaliendo entre ellos Mario y Sila.

Tras la desaparición de este último, al año de dimitir de su dictadura, Pompeyo, adornado sin duda de virtudes notables, descuella en la acción política romana hasta que se cruza en su camino el genio político de César. Emprende éste una carrera que lo llevará a conquistar todas las Galias - creándose de paso un ejército personal de gran utilidad posterior para sus propios intereses enfrentarse al partido senatorial, depositario de los valores republicanos ancestrales, y a los pompeyanos; a erigirse, en fin, tras una inevitable guerra civil, en dictator perpetuus y en dueño absoluto de Roma. Su asesinato le impidió acometer la reforma profunda de un estado obsoleto que le permitiera adaptarlo a las exigencias de la época (la política y las leyes para una ciudad no eran las más adecuadas para gobernar y administrar un imperio en continua expansión); esta reforma fue



llevada a término por su sucesor político, César Octaviano, Augusto; pero esto ya es trasunto de otra época, en la que Roma desplegará todo su esplendor.

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 36, 37



El asesinato de Julio César, perpetrado por un conjunto de senadores, con la anuencia de los demás, sería el punto final de la tambaleante República y el surgimiento del imperio que durante unos 500 años iba a conducir los destinos de Roma. Este cambio que no surgió sin derramamiento de sangre, pues la sangre de César haría correr ríos de sangre, y volvería a transformar a la cultura romana.

Tras el asesinato de César a la entrada del Senado al pie de la estatua de Pompeyo, los conjurados [todos ellos senadores, donde destacaban Casio y Bruto, casi un hijo para César] se refugiaron en el Capitolio. A pesar de la desaparición de su jefe, el poder ejecutivo continuó en manos del partido cesariano. Marco

Antonio, quien creía que César en su testamento le había instituido en heredero político, mostró en público el cadáver acuchillado del gran estadista y leyó su testamento. En éste aparecía el nombre de César Octaviano, cosa que sorprendió sobremanera por lo inesperada y por el hecho de que a la sazón el sucesor contara con dieciocho años de edad. Lejos de amedrentarse, mostrando una madurez y decisión inusitadas, Octaviano (u Octavio) se presentó en Roma para hacerse cargo del legado de su tío abuelo y, acompañado de Agripa, reclamó la herencia política de César.

Frente a las murallas de la ciudad de Módena, Octavio derrota a Marco Antonio, que había menospreciado la valía del muchacho. Acto seguido Octavio, que así es llamado en la historiografía hasta el año 27 AC cuando el Senado le concede el título y nombre de Augusto, se hace nombrar cónsul y llega a un entendimiento con su rival, Marco Antonio; se inicia la proscripción y persecución de los asesinos de César y de otros enemigos políticos: la política restauradora del Senado ha fracasado.

En el año 43 AC se formaliza el denominado segundo triunvirato, integrado por Marco Antonio, Octavio y Lépido, que debía tener una vigencia de un lustro, reuniendo en su seno el poder ejecutivo, legislativo y consular. En esta ocasión, el triunvirato recibe sanción oficial, no como el primero. A Octavio se le había encomendado Sicilia y África; a Antonio, la Galia Cisalpina y a Lépido, la Galia Narbonense e Hispania.

En este mismo año se instituyen tribunales para perseguir jurídicamente a los asesinos de César. Es víctima de las listas negras el propio Cicerón [brillante historiador, opositor a César y enemigo de Antonio], mandado ejecutar por Marco Antonio y con el consentimiento de Octavio.

En Oriente los restos del partido republicano se habían reunido en un ejército: Casio estaba en Siria y Bruto en Macedonia. En el año 42 AC Octavio y Antonio pasan a Oriente y éste derrota en Filipos, llanura situada al norte de Grecia, a las fuerzas combinadas de aquéllos. Los únicos contingentes republicanos que quedaban estaban en la flota de Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, adversario de César. Antonio se hace atribuir Asia, Siria y Egipto.

Después de esta campaña, Octavio centra su actividad militar en Occidente, para convertirlo en la base de su poder. La guerra de Perugia le proporcionó el control de Italia, aunque los partidarios de Marco Antonio habían conseguido hacer salir de Roma a Octavio. Aquél se presentó en Italia con ánimo hostil, pero gracias a la mediación de Mecenas, Antonio y Octavio llegaron a un acuerdo. En virtud del tratado de Brindisi (40 AC), aquél obtuvo Oriente, este Occidente y a Lépido, el tercer miembro del triunvirato, se le asignó África. A los dos años se renueva el triunvirato y en el 36 Lépido es excluido de él; en compensación lo nombran 'pontífice máximo' [no olvide este título pagano, que



ahora lo utilizan con arrogancia los papas... vea la foto siguiente], magistratura religiosa que ostentará hasta el final de sus días. Marco Antonio y Octavio quedan, pues, frente a frente. Aquél pensaba utilizar los recursos de Oriente para hacerse con el poder absoluto; pero la ambición de Cleopatra, la reina de Egipto, lo retiene para fortalecer su país frente al protectorado romano. Ambos trataron de formar un reino helenístico de corte oriental, pero estas maniobras no pasaron inadvertidas a Octavio, quien aprovechó las malas campañas de Marco Antonio en Oriente y los privilegios otorgados a los hijos de Cleopatra para presentarlo en Roma como un enemigo, como un juguete en las manos de la reina de Egipto. Octavio consiguió dar lectura pública al testamento de Marco Antonio, que confirmaba las concesiones vergonzosas que había hecho a Cleopatra. Igualmente hizo creer que Marco Antonio pretendía, llegado el momento, trasladar la capital del Imperio a Alejandría.

En consecuencia, Octavio consiguió del Senado poderes extraordinarios para combatir a Antonio y declarar y llevar la guerra a la reina de Egipto. La flota, comandada por Agripa, brazo derecho de Octavio, tomó posiciones en Actium (31 AC), en el actual golfo de Ambracia, en las costas noroccidentales de Grecia. En el momento decisivo la flota de Cleopatra se dio a la fuga y Marco Antonio la siguió. El descalabro fue total. Antonio, que había abandonado a sus tropas, y Cleopatra aún intentaron reconciliarse con Octavio, pero éste no cedió. Cuando al año siguiente (30 AC) desembarcó en Alejandría, Marco Antonio se suicidó y Cleopatra siguió su misma suerte, después de no conseguir atraerse a Octavio. Egipto fue convertido en provincia romana y Octavio quedó como dueño absoluto del Imperio. La tarea política y reformista posterior se incardina [se vincula de manera permanente] en otra nueva época para Roma.

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 52, 53

8.3.6. El Imperio

La República había muerto y nacía el imperio con Augusto, cuando este tenía 36 años. Le había tomado la mitad de su vida la lucha por el poder, 18 años. No necesito decir que tenía 18 años cuando emprendió la lucha por enfrentar a los magnicidas y no pocos valoraron lo que el joven era capaz de hacer. Pero los primeros años de gobierno de Augusto debió conciliar el tránsito de una República que se negaba a morir, con el imperio. Le tomó otros 25 años consolidar políticamente su posición como Emperador, pero nadie discutió su poder absoluto. Poco sabía Augusto que en su tiempo de gobierno (27 AC-14 DC, 40 años en total) el mundo iba a cambiar totalmente, también para Roma, con el nacimiento casi silencioso de un bebé en Belén.

Si quería seguir siendo considerado el nuevo dueño de Roma, debía hacer algo para calmar el profundo sentido republicano de la aristocracia romana y de las clases medias itálicas. En el año 28 AC obtuvo los poderes censoriales junto con Agripa, su amigo íntimo y colega en el consulado, y los aprovechó para revisar las listas de senadores, borrando de ellas a muchos miembros indignos admitidos por César y por los triunviros, y reduciendo su número a seiscientos, cifra coincidente con la anteriormente fijada por Sila. Luego, tras ser nombrado princeps senatus, renunció formalmente al poder devolviéndolo al Senado y al Pueblo: la renuncia fue cuidadosamente utilizada en la propaganda como la vuelta a las formas republicanas. En enero del 27 AC recibió nuevamente del Senado, por acuerdo previo, una serie de honores y poderes que permitieron su permanencia en la cúspide: confirmación de los poderes constitucionales precedentes y otorgamiento de imperium sobre las provincias no pacificadas, provincias en las que, evidentemente, dado su carácter belicoso, se hallaban destacados los ejércitos; este imperium constituyó, junto con el consulado, la base del poder durante algunos años y a él habría que añadir el otorgamiento, también por parte del Senado, del título de Augusto. El carácter religioso de este título quedó de manifiesto al ser utilizado como atributo de Júpiter y evocador de todo aquello que no era humano, sino divino.

Sin embargo, esta sistematización del poder efectuada en el año 27 AC fue provisional. En el 23 AC, por razones poco conocidas, se procede a una reorganización que da el vuelco definitivo al poder imperial: Octaviano abandona el consulado que había desempeñado ininterrumpidamente desde el 31 AC y recibe el imperium proconsular sobre todas las provincias -incluidas aquellas que

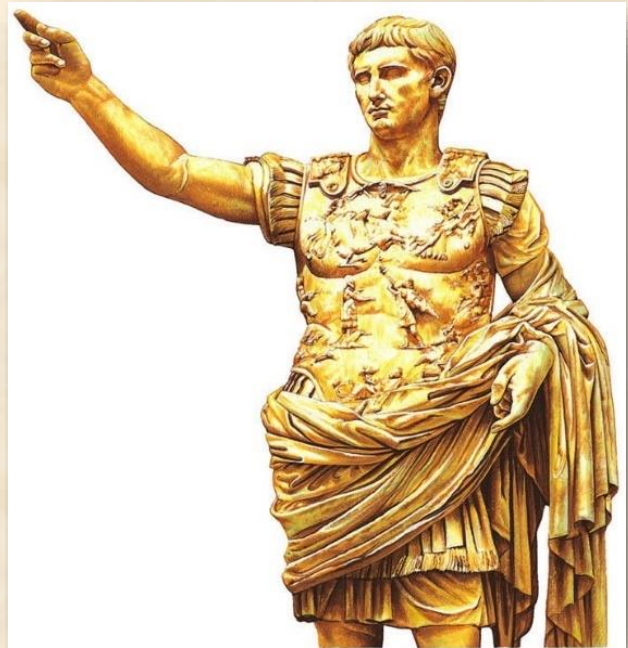


en la división del 27 AC habían sido reservadas, al menos formalmente, al Senado, siguiendo el modelo republicano y los plenos poderes de los tribunos de la plebe (tribunitia potestas), renovados anualmente pero vitalicios en la práctica.

Así, mientras el mando proconsular le daba el control de las provincias y del ejército, el poder tribunicio le daba el control de la vida política, con la posibilidad de convocar la asamblea, de proponer leyes y de ejercitar el derecho de veto. En cuanto al consulado, Augusto lo dejaba vacante para permitir el acceso a este cargo de numerosos senadores, los cuales, a pesar de ejercerlo con poderes muy reducidos, quedaban deudores del princeps para siempre.

Poco después, en el 22 AC, Octaviano abandonó Roma y visitó durante tres años diversas partes de su Imperio; en ese período el pueblo le ofreció en varias ocasiones la dictadura o el consulado de por vida, temeroso de su ausencia. A su regreso, en el 19 AC, el Senado le permitió que tomara y ejerciera los poderes consulares; Augusto, en adelante, reclutó y mantuvo tropas y ejerció plena jurisdicción en Roma y en Italia, tal como lo haría un cónsul.

El sistema augústeo se basaba en unos presupuestos esenciales: respeto a la legalidad republicana -en sus aspectos formal y propagandístico y centralización del poder sustraído a las instituciones ciudadanas; dicho de otro modo: una monarquía con apariencia de república. Augusto podía presumir de no haber desempeñado ninguna magistratura contraria al atavismo republicano (contra *morem maiorum*); su estrategia de poder consistía en ejercer la autoridad de todos los magistrados sin revestir el cargo correspondiente a cada uno de ellos y, de ese modo, configurar una autocracia que habría sido imposible en un régimen republicano ortodoxo. En el vértice del estado un sólo hombre, un monarca de hecho, disponía de una autoridad absoluta basada en poderes todavía bastante indefinidos -aunque surgidos todos de la tradición republicana y que actuaba como princeps, el mejor de entre sus pares: los senadores. El resultado de la reorganización del 23 AC no sufrió sustanciales modificaciones en su largo período de gobierno y constituyó la base del poder de todos los emperadores posteriores. Sólo habría que añadir que en el 12 AC, muerto Lépido, Augusto recibió el Pontificado Máximo que aquél ostentaba [note que ahora el emperador romano era también el pontífice máximo, lo que verá también en el inicio de la apostasía cristiana del Siglo IV y en la Roma papal], completando así los tres poderes tradicionales republicanos sobre los cuales legitimaba su actuación: el imperium, que le otorgaba el mando militar supremo sobre todas las legiones; la tribunitia potestas, que le revestía de plenos poderes civiles; y el grado de Pontifex maximus, con la consecuente primacía al frente de la religión y del culto oficial del estado. Tal fue la configuración del Principado, el nuevo régimen surgido de la voluntad de un hombre astuto que supo actuar como autócrata en el seno de una clase política, declaradamente antimonárquica.



Otros cargos se irían uniendo al entramado institucional: en el 2 AC recibió el título de pater patriae, además de la adscripción a los cuatro mayores colegios sacerdotales y a otros menores, pero únicamente constituyeron el reforzamiento constitucional de una figura cada vez más imponente frente al resto de ciudadanos y no modificaban para nada el esquema de organización del poder que sus sucesores fueron matizando, en algún caso, a medida que se consolidaba irreversiblemente el nuevo régimen. El cargo religioso de Pontifex Maximus, lo heredaron luego todos sus sucesores hasta que Graciano y Teodosio renunciaron a él por ser pagano [es interesante que estos emperadores convertidos al "cristianismo" se negaron a aceptar este título blasfemo y pagano, pero el papa lo ostenta hasta hoy, ver la foto]. El ejercicio directo de su mandato territorial se le fue renovando cada cinco o diez años, pero su sucesor Tiberio, y todos los emperadores siguientes, recibieron todos sus poderes de por vida. En cuanto a las atribuciones de censor, parece que a Augusto se le otorgaron en dos o tres ocasiones; Claudio y Vespasiano ejercieron este cargo, mientras que Diocleciano se declaró censor perpetuo; los emperadores sucesivos ejercieron ciertas



funciones censoriales, especialmente la de aumentar el número de senadores y la de inscribir a los miembros del orden ecuestre, sin que recibieran para ello ninguna atribución específica.

El poder de los emperadores fue aumentando, pero generalmente de una manera imperceptible, a medida que los precedentes se convertían en costumbre y mientras iban acaparando cada vez más funciones y más provincias. En el año 23 AC Cayo Augusto tuvo el gesto de devolver al Senado dos provincias pacificadas: la Galia Narbonense y Chipre, pero fuera de este caso nunca volvió a aumentar el número de provincias públicas, y en ocasiones se redujo, mientras que todos los territorios

nuevamente conquistados y los reinos clientes anexionados fueron a engrosar la parte del león, es decir, del emperador. Al finalizar el mandato de Augusto sólo quedaba fuera de su mando la legión estacionada en África, aunque el emperador Calígula acabará por apropiársela.

Aunque Augusto poseía amplísimos poderes constitucionales, que le conferían la autoridad necesaria para mandar los ejércitos, gobernar sus propias provincias e intervenir dondequiera que le pareciese conveniente, prefirió no usar de su auctoritas sino en casos extremos. Era el tributo de deferencia que pagaba en honor de la tradición republicana a los estadistas de más años que se habían distinguido en la guerra y en la dirección de los asuntos públicos. Augusto poseía estas cualidades en un grado único: la República había conocido excepcionales personajes (principes civitatis); pero en su época él fue la primera figura -el único, el princeps, como se le llamaba generalmente de una manera extraoficial con lo que sus opiniones adquirían una fuerza excepcional, lo mismo cuando las exponía en un debate ante el Senado que cuando las expresaba en conversación particular con algún magistrado. Apenas tenía necesidad de proponer ninguna moción al Senado ni ley ninguna al pueblo, pues por regla general los cónsules actuaban a su dictado, ni necesitó recurrir al ejercicio de su maius imperium, puesto que los procónsules aceptaban sus indicaciones. De ese modo fue acumulándose la auctoritas de los emperadores hasta convertirse en poderes usuales. Al parecer, así fue como el apoyo del emperador en favor de ciertos candidatos a las magistraturas se transformó en un poder formal de recomendación (commendatio) que equivalía a conferirles el nombramiento.

Aparte de sus poderes constitucionales y de su auctoritas, hubo otros imponderables que contribuyeron a robustecer la supremacía imperial. En el año 32 AC, cuando Octaviano preparaba su lucha final contra Antonio, organizó un juramento "espontáneo" de lealtad a su persona, que habían de prestar todos los habitantes de Italia y de las provincias occidentales que entonces controlaba él. Análogo juramento impuso posteriormente a las provincias orientales y a las nuevas provincias que se anexionaba: un juramento de fidelidad a su persona y a su familia. También hubieron de prestarlo todos los habitantes del Imperio al emperador Tiberio y a los emperadores siguientes con motivo de su entronización, hasta que a finales del Siglo I DC se convirtió en ceremonia anual. Probablemente este juramento personal de lealtad significaba más que todos los poderes del emperador a los ojos de la gente ordinaria de provincias y del pueblo sencillo de Italia y, sobre todo, a los ojos del ejército. Se entiende así el efecto provocado por la negativa de los cristianos a realizar este juramento y los problemas que esta actitud les causó.

La influencia que Oriente había ejercido entre los dirigentes romanos anteriores a Octaviano no tuvo en él la excepción. Desde Escipión Africano, la figura de Alejandro Magno y el resultado de su política fascinó a todos ellos (el propio Augusto testimonió públicamente su admiración por el macedonio durante su estancia en Alejandría en Agosto del 30 AC). Los éxitos militares, la síntesis greco-oriental de la que surgieron los reinos helenísticos, la majestad teocrática de sus príncipes, la eficacia de sus "funcionarios" y la universalidad favorecedora de intercambios, fueron los rasgos monárquicos a los que se acostumbraron soldados, mercaderes y toda suerte de gentes itálicas que deambularon por esa parte del Imperio. No es de extrañar que en Augusto influyera este modelo político y que fuese en las provincias orientales donde surgió el impulso deificador del nuevo, único e indiscutible soberano.

Carmen Alfaro Giner, Historia de Roma, 55-57

8.4. Israel hasta Jesús

En este acápite final, pero no breve, me gustaría dejar sentada la situación de Israel frente a los enormes movimientos de las naciones más poderosas durante este periodo. El dominio sobre la tierra de Judea pasaría de mano en mano, pocas de ellas benévolas con el pueblo de Dios que apuraba sus últimos



tiempos, otorgados por la profecía de las 70 semanas. Su tiempo para ser reemplazado por la Iglesia se acercaba e Israel parecía desentenderse de ello. Sería esta además una etapa de silencio profético, pues no habría profecía registrada en la Biblia y el primer profeta mencionado sería Juan el Bautista.

8.4.1. De Medo-Persia a los Ptolomeos

Bajo el gobierno de los reyes medo-persas Judea había disfrutado de un periodo de cierta libertad, algo parecido a la independencia, pues tenía cierta autonomía territorial, pero seguían siendo una provincia medo-persa. La caída del imperio medo-persa ante Alejandro, y la temprana muerte del gran macedonio dejó a Judea en medio de las luchas de la Guerra de los Diadocos, quedando finalmente bajo el control de los Ptolomeos hasta el año 200 AC, 123 años después de la muerte de Alejandro, al caer Egipto frente a los seléucidas en la batalla de Panión.

Palestina, situada en el corredor entre Egipto y el imperio seléucida, se constituyó durante muchos años en un motivo de discordia entre "el rey del sur" y "el rey del norte". Por eso los Tolomeos de Egipto y los reyes seléucidas... son más importantes para la historia sagrada que Macedonia. Palestina estuvo bajo el dominio de los Tolomeos aproximadamente hasta el año 200 AC, cuando cayó bajo el poder de los seléucidas...

Tolomeo II Filadelfo esperaba tomar Siria y convertirla, junto con Palestina, en un Estado que le sirviera de amortiguador contra las agresiones del imperio seléucida. En 272 AC obligó al sucesor de Seleuco Antíoco I (280-262/261 AC), a que le entregara el dominio de una buena parte de las costas de Asia Menor y Siria, y durante otra década Tolomeo ayudó a Grecia en sus varios esfuerzos contra el dominio macedonio. Después firmó un tratado de paz con Antígono II de Macedonia.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 25, 27



Poco después de la muerte de Alejandro, Ptolomeo [I Soter] logró que Siria y Palestina fueran tributarios de Egipto. Antígono subyugó por un tiempo esos distritos, y Palestina cambió de manos varias veces antes de 301 AC. En ese tiempo de cambios e incertidumbres muchos judíos salieron de Palestina para establecerse en la nueva ciudad de Alejandría, donde la población judía finalmente formó una gran colonia autónoma dentro de esa capital cosmopolita, y se helenizaron hasta el punto de que necesitaron que las Escrituras hebreas fueran traducidas al griego.

Después de la batalla de Ipsos en 301 AC, donde murió Antígono, Siria cayó ante Seleuco; pero Palestina, que había ocupado Tolomeo, fue dejada a Egipto, aunque Seleuco nunca renunció a sus pretensiones a ella. Judea aprovechó la oportunidad para intrigar en ambos lados. Bajo el gobierno de los Tolomeos, las principales ciudades de Fenicia y Palestina se helenizaron mucho y se establecieron nuevas ciudades con gobierno al estilo griego. Pero Jerusalén permaneció como el centro de un Estado judío bajo el liderazgo civil y religioso del sumo sacerdote, que era el representante del pueblo al tratar con el rey. También había un consejo de ancianos que, según algunos creen, derivaba de la asamblea de los días de **Nehemías**. De manera que la vida de la gente todavía se regía por leyes

y costumbres judías, aunque comenzó entonces un proceso gradual de absorción del helenismo debido al uso del idioma griego y la relación con los magistrados y los colonizadores griegos en las ciudades. Sin embargo, éste fue un proceso lento y llegó al máximo punto en el tiempo de Antíoco IV...

Desde el comienzo hubo una constante guerra de intrigas y diplomacia, como también luchas intermitentes, entre las casas de Seleuco, Tolomeo y Antígono. En esa lucha, Tolomeo II Filadelfo dependía de Palestina como un Estado amortiguador contra Seleuco; de ahí sus generosas dádivas a los, judíos.

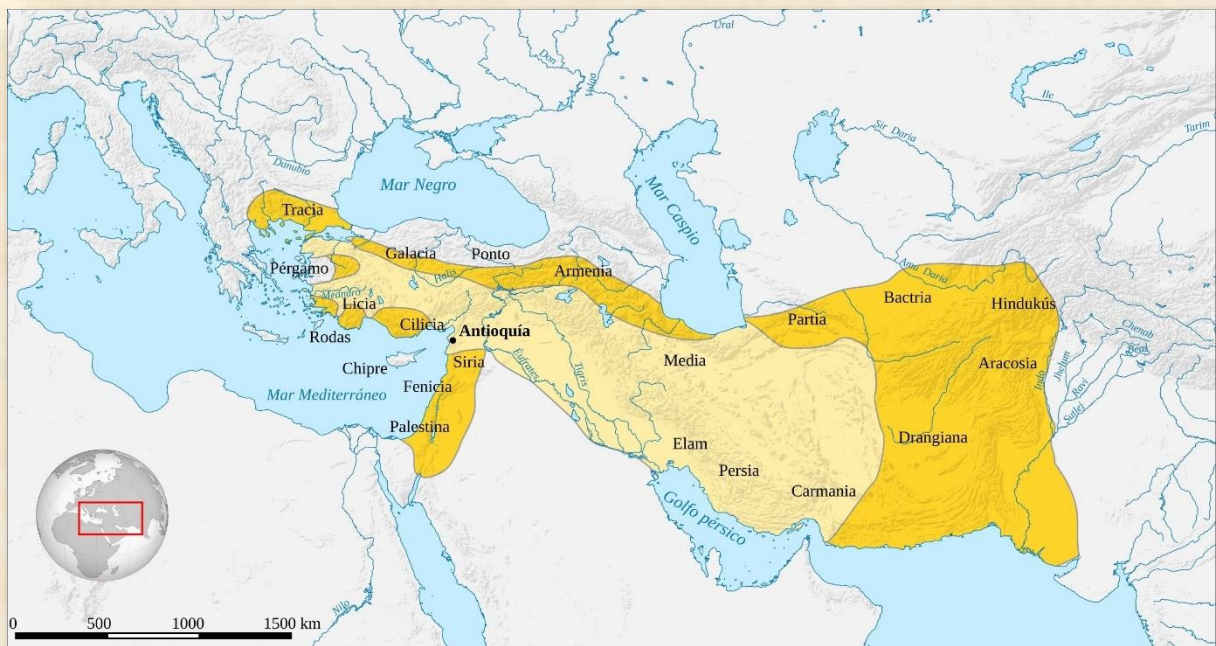
Siendo hombre de letras, Tolomeo II, junto con sus consejeros, comenzó a reunir libros de otras naciones para su gran biblioteca de Alejandría. Los literatos y personas cultas en general eran



bien recibidos en la ciudad. Según **Josefo**, a pedido del principal bibliotecario de la ciudad, el rey pidió al sumo sacerdote Eleazar que enviara eruditos judíos para que tradujeran al griego las Escrituras hebreas. Este fue el origen de la traducción que ahora llamamos la **Septuaginta**. No se sabe con certeza si la versión fue hecha para la biblioteca de Alejandría o si era para el uso privado de los judíos alejandrinos. Sólo se tradujo el Pentateuco; otras partes del canon del Antiguo Testamento fueron añadidas más tarde...

Josefo dice que uno de los Tolomeos nombró a José, sobrino del sumo sacerdote Onías I, como cobrador de impuestos de toda la zona de Palestina, Celesiria, Siria y Fenicia, y que lo colmó de favores. Palestina fue dejada mayormente en libertad de acción mientras se pagaran los impuestos y se reconocieran las autoridades egipcias. Poco se sabe de los detalles de este período; pero es evidente que los judíos vivieron mejor que posteriormente, cuando los seléucidas se posesionaron del país. Sin embargo, surgió un partido que entregaría a Palestina en manos de la casa de los seléucidas, sin darse cuenta de lo que el futuro les reservaba.

En 221 AC, el año en que Tolomeo IV Filópator sucedió a Tolomeo III, Antíoco III (el Grande) [ver en el mapa el Imperio de Antíoco III en el 225 AC y su expansión al 194 AC en esta página] penetró en Palestina de camino a Egipto; pero su campaña fue un fracaso. En 219 AC tomó a Seleucia en el Mediterráneo. En 218 AC estableció guarniciones en diversos lugares de Palestina. En 217 AC los egipcios le hicieron frente y lo derrotaron en Rafia, al sur de Gaza. La tradición dice que Tolomeo IV estuvo en Jerusalén, ultrajó a los judíos entrando en el lugar santísimo, y fue atacado por un terror supersticioso. Egipto retuvo a Palestina por otra década más o menos. Las invasiones que sufrió el territorio egipcio y los levantamientos provocados por los mismos egipcios dentro de su país demuestran la ineficacia de la administración de Tolomeo IV. Su muerte coincidió aproximadamente con el momento cuando Roma y Filipo V de Macedonia firmaban un tratado de paz, y cuando Antíoco, que se había estado fortaleciendo en el Asia, regresaba a Antioquía.



En el año 203 AC Tolomeo V Epífanes reemplazó a su padre Tolomeo IV. El nuevo rey sólo tenía cuatro años de edad. Egipto buscó la ayuda de Roma; pero Filipo V de Macedonia y Antíoco se aliaron contra Tolomeo, y las fuerzas seléucidas penetraron en Palestina por tercera vez. En una batalla decisiva (201/200 AC) cerca de Panión, no lejos del monte Hermón, fueron derrotadas las fuerzas egipcias. El resultado fue que el imperio seléucida arrebató definitivamente a Palestina del poder de Egipto.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 27, 28

8.4.2. Bajo el Imperio Seleúcida

El trato para los judíos empeoraría durante el corto dominio territorial de los seléucidas. Sería más dura desde el lado de los tributos con una mayor fiscalización, pero lo peor es que tendrían injerencia en el nombramiento de los sumos sacerdotes, en el momento más álgido con la persecución religiosa en tiempos de Antíoco IV Epífanes, segundo hijo de Antíoco III el Grande (reemplazó a su hermano Seleuco IV Filópator asesinado por su ministro Heliodoro luego de 12



años de reinado), pero a una distancia sideral de su padre, en la época que los reyes seléucidas eran ya vasallos de Roma, desde la famosa batalla de Magnesia en el 190 AC.

Los judíos habían cambiado de amos, y pronto se vio claramente que no habían ganado con el cambio. La política relativamente indulgente de los Tolomeos fue reemplazada por una fiscalización más severa, una exigencia mayor de impuestos, por interferencia en el nombramiento de los sumos sacerdotes y más tarde por una persecución religiosa.

Antíoco III, que había subido al trono cuando el imperio seléucida estaba débil, extendió su territorio aproximadamente hasta sus límites originales. Poco después de que conquistara a Palestina tuvo que hacer frente a la oposición de Roma, que estaba alarmada por el poder creciente de Antíoco y su alianza con Filipo V de Macedonia. En 190 AC, en Magnesia (Asia Menor) Antíoco fue derrotado decisivamente por Roma. Perdió en forma definitiva el Asia Menor y tuvo que pagar una cuantiosa indemnización. Una consecuencia de esto fue el aumento de impuestos exigidos en Palestina. Se dice que Seleuco IV Filópator, sucesor de Antíoco, en un intento por reunir dinero para pagar a los romanos, trató de confiscar el tesoro del templo; pero su enviado Heliodoro salió aterrado por una aparición sobrenatural (**2 Macabeos 3: 6-39**).

El sucesor de Seleuco IV fue Antíoco IV Epífanes, notable como perseguidor de los judíos. Sus esfuerzos por conquistar a Egipto fueron impedidos por Roma; sus infructuosas luchas con los judíos aumentaron la debilidad interior de su imperio. Desde ese momento hay una declinación gradual, y el reino de los seléucidas fue absorbido un siglo más tarde por el Imperio Romano. Como Roma mantenía una posición dominante que aumentaba en el Oriente en los días de Antíoco III y IV, es necesario prestar atención a esa nueva potencia occidental [como ya hemos hecho en este tratado], antes de seguir adelante con el período de Antíoco IV Epífanes.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 28, 29

8.4.3. Antíoco IV Epífanes y los macabeos

Antíoco IV Epífanes ha sido muy estudiado, pues los que utilizan la escuela preterista para explicar las profecías bíblicas le han atribuido con gran desproporción ser el **cuerno pequeño** del que habla el libro de **Daniel**. Analizando esto desde el punto de vista histórico no es posible atribuir el poder del **cuerno pequeño** (que ya hemos estudiado en un tratado de ese nombre) a un rey vasallo de los romanos, al que incluso le impidieron con un emisario invadir Egipto.

Tampoco es posible atribuir a este rey el periodo de 1.260 días proféticos (que significan 1.260 años), y aún si se consideran como días naturales no se pueden igualar a los días de persecución religiosa de Antíoco IV Epífanes. Por otro lado, los libros de **I y II Macabeos** son históricamente muy discutibles por los detalles importantes sobre este rey al que le atribuyen haber muerto de dos maneras distintas. Si desea ampliar sobre este tema lea mi tratado sobre los libros apócrifos. Otras fuentes históricas ayudan a fijar los acontecimientos de este periodo y entender la revolución macabea que trataremos en el siguiente subacápite.

Antíoco Epífanes había estado en Grecia y se había familiarizado con la cultura helénica, y estaba enamorado de los deportes griegos, de su arte teatral y de su pompa. Cuando subió al poder soñaba con unir a todos los pueblos de su imperio con el vínculo común de la cultura helenística. Cometió el error de forzar lo que hasta entonces había sido un proceso natural y gradual...

Ya se ha mencionado que los judíos radicados en Alejandría poco después de que la ciudad fue fundada, se habían helenizado durante el período del gobierno de los Tolomeos sobre Palestina. Había Judíos en las principales ciudades del imperio, y aun en Palestina muchas ciudades se habían convertido, en cierto modo, en centros de cultura griega. Los que trataban de cerca a los funcionarios gubernamentales tenían que hablar en griego, y muchos de las clases más encumbradas de Judea, incluso los principales sacerdotes, adoptaron vestimentas y costumbres helenísticas. La minoría joven creía que eran anticuadas la fe y la moral antiguas, pero la masa popular tendía a desconfiar de las innovaciones. Como reacción surgió un partido conservador que defendía la estricta observancia del judaísmo de acuerdo con la Torah. Esos conservadores llegaron a ser conocidos como los hasidim (jasidim o asideos), es decir los piadosos... La separación entre estos dos partidos de Judíos -los hasidim y los helenistas- desató un serio conflicto cuando los seléucidas tomaron posesión del país. Onías III, sumo sacerdote de comienzos del período seléucida sobresalió por su piedad y por defender el judaísmo tradicional contra la tendencia helenizante.

El hermano de Onías, Jasón, un helenizante, sobornó a Antíoco para que lo hiciera sumo sacerdote en lugar de Onías, y entonces comenzó a hacer de Jerusalén una ciudad griega. Pero después de unos pocos años Antíoco vendió el sumo sacerdocio a Menelao, que le pagó un soborno mayor, pero que ni siquiera pertenecía a la tribu sacerdotal, sino que era benjaminita, por lo que no contaba con la simpatía de la gente. Las contiendas entre los partidarios de las diferentes facciones en Jerusalén dieron a Antíoco una oportunidad para intervenir. **Josefo** narra cómo los helenizantes



visitaron a Epífanos para exponerle su deseo de adoptar las costumbres helenísticas que él fomentaba, y le pidieron permiso para construir un gimnasio en Jerusalén. Esto fue especialmente ofensivo para los conservadores porque los atletas se ejercitaban desnudos en el gimnasio, a la manera de los griegos. Pronto los funcionarios del templo estuvieron más interesados en los juegos públicos que en el desempeño de sus sagradas funciones. Los nombres griegos se popularizaron; por ejemplo, Eliaquim se transformó en Alcimo, Josué en Jasón...

Al regresar de una campaña contra Egipto, Antíoco Epífanos entró en Jerusalén donde recibió una calurosa bienvenida de los liberales. Según **1 Macabeos** esto fue en 170/169 AC; pero hay diferencia de opinión en cuanto a la ubicación de sus campañas egipcias y aun en cuanto al método usado en **1 Macabeos** para computar la era seléucida... En algún momento entre 170 y 168 AC, Antíoco visitó a Jerusalén, y para demostrar su aprecio por los caudillos helenizantes hizo dar muerte a muchos de los conservadores y a unos pocos que querían volver a someterse a Egipto. Hasta se le permitió que se apoderara de muchos de los tesoros del templo.



En el año 168 AC, tal vez para evitar la vergüenza tras su humillación a manos de los romanos en Egipto, Epífanos fue a Palestina y, entrando en Jerusalén a traición, saqueó el templo, suspendió los sacrificios matutinos y vespertinos, erigió un altar idólatra delante del templo para sacrificar cerdos, quemó algunos de los edificios y destruyó partes del muro de la ciudad. Edificó una fortaleza al sur de la zona del templo, en la antigua ciudad de David, y colocó allí una guarnición. Ordenó que los judíos dejaran de adorar a Jehová y que, en su lugar, rindieran culto a Zeus (Júpiter) Olímpico y a Dionisio; que suprimieran la circuncisión, que no respetaran el sábado, que utilizaran el cerdo para alimentarse y para ofrecer

sacrificios, y que destruyeran la Torah. **Josefo** añade (**Antigüedades XII. 5. 5**) que cuando los samaritanos vieron la ignominia de Jerusalén se presentaron ante Epífanos, repudiaron toda relación con los judíos y pidieron que se les permitiera que su santuario del monte Gerizim fuera llamado Templo de Júpiter Heleno. Esto les fue concedido, y quedaron oficialmente desligados de toda relación con los judíos [recuerde la animadversión hacia los samaritanos en tiempos de Jesús].

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 30-32

Las tropas de Antíoco martirizaron a muchos al darse cuenta de que los fieles preferían morir antes que ofrecer resistencia en el día sábado. No sólo los hasidim [de los que más tarde surgirían los fariseos]... sino la masa popular resistió esta persecución religiosa. Pero muy pronto la oposición tomó una nueva forma en la aldea de Modín, a unos 30 km al noroeste de Jerusalén, más o menos a la mitad del camino a Jope. Matafías, varón del linaje sacerdotal, cuando recibió la orden de iniciar en el distrito en que era jefe el culto ordenado por el rey, rehusó hacerlo. Él y sus cinco hijos mataron al judío que ofreció el sacrificio idólatra y también a su escolta siria.

Entonces huyeron de su aldea, y se fueron al desierto donde se les unieron centenares de judíos que estaban determinados a ser leales a su fe. Recurrían a la resistencia armada en cualquier día de la semana. Así comenzó una guerra entre los judíos nacionalistas y la casa de los seléucidas, guerra que sólo terminó cuando los judíos lograron cierta independencia.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 32

8.4.4. La revolución macabea

El relato histórico de la revolución macabea, también llamada la revolución asmonea, permite percibir por un lado la decadencia del otrora poderoso imperio seléucida y su incapacidad para enfrentar una revuelta de relativamente pequeñas proporciones y que en otro tiempo habría sido aplastada sin dificultad. Por otro lado, la historia destaca el valor del pueblo judío, que impulsado por razones religiosas lucharía contra la persecución, aunque también es justo reconocer que la espiritualidad promedio del pueblo judío había descendido tanto que no se asemejaba a las épocas de fidelidad, como verá por el relato de estos tiempos en los subcapítulos siguientes. Incluso el sumo sacerdocio ya había sido pervertido por las intrigas políticas.

La muerte de Antíoco IV Epífanos en 163 AC dejó el reino en manos de su hijo, un niño de 10 años, que fue un juguete en las manos de los poderosos de la corte y que murió asesinado un año después de la muerte de su padre. Estas luchas intestinas permitieron el éxito de la revolución macabea, que duró 25 años, aunque hubiese episodios de éxito y control de ambos bandos durante este largo periodo. Finalmente, en el 142 AC, bajo el gobierno de Simón, se inicia el reinado de los



asmoneos del que trataremos luego, pero que tampoco significó un cese total de hostilidades con los seleúcidas.

A la muerte de Matatías (167/166 AC) el liderazgo correspondió a su hijo Judas, quien tomó el sobrenombre de Macabeo [por la forma de su cabeza como un martillo, *maqgaba* en arameo]. Así esta familia de patriotas, originalmente de la casa de Asmón (los asmoneos), vino a ser conocida



como los macabeos. Un ejército sirio enviado para sojuzgar a Judas fue derrotado en dos encuentros, el segundo de los cuales se riñó en Beth-horón. Antíoco Epífanes, que había ido al este debido a un levantamiento de los partos, comisionó a Lisias para que lo reemplazara en su ausencia y para que continuara la guerra contra los judíos. Judas Macabeo rechazó al enemigo en el primer encuentro en Emaús (166/165 AC). Entonces Lisias trató de llegar a Jerusalén por el sur. Judas resultó victorioso otra vez en Bet-sur (165 AC), pocos kilómetros al suroeste de Jerusalén. De acuerdo con las cláusulas de la paz convenida con Lisias, se permitió que ambas facciones de judíos vivieran en Jerusalén; Menelao quedó como sumo

sacerdote, y el templo sería restaurado para el culto de Dios. Fueron eliminados todos los emblemas del culto pagano y se erigió un nuevo altar para los holocaustos. En el día 25 del mes de Quisleu (165 AC), Judas hizo que el templo fuera reconsagrado, y desde entonces ese día ha sido conmemorado con la fiesta conocida hoy como Hanuca (Hanukká o fiesta de las luces), a la que se hace referencia en el Nuevo Testamento como la fiesta de la dedicación (**Juan 10: 22...**).

Josefo dice que la restauración del templo "acaeció en el mismo día en el que, tres años antes, su santo servicio se había transformado en una forma impura y profana de culto; pues el templo, después de haber sido desolado por Antíoco, había permanecido así durante tres años" (**Antigüedades XII. 7. 6**). Él relaciona esto con "la profecía de **Daniel**", sin identificarla. Pero **Daniel** se refiere al poder romano como el opresor, y no a un poder macedonio, y además habla de 2.300 días (**Daniel 8: 9-14**). Los que tratan de hacer que el texto que dice 2.300 "tardes y mañanas" signifique 1.150 días literales, no pueden hacer que el intervalo equivalga a 3 1/2 años o a 3 años. Por lo tanto, por varias razones **Daniel** no puede referirse a los males causados por Antíoco Epífanes sino a algún otro acontecimiento de largo alcance que parece haber escapado de la investigación de muchos estudiosos desde el tiempo de Cristo...

Antíoco Epífanes fue acosado por tantas dificultades en el este que nunca regresó a Antioquía. Frustrado en su intento de saquear los tesoros del templo de Nanaia o Anaitis en Elimaida (Persia), a diferencia de su padre, logró escapar. Más tarde enfermó y murió en Taba (Persia, 164/163 AC). En su lecho de muerte nombró a uno de sus colaboradores llamado Filipo, como regente de su hijo menor de edad, Antíoco V Eupator. Cuando Filipo regresó a Antioquía para luchar con Lisias por la regencia, encontró que Lisias y el joven rey habían regresado a Palestina para sofocar levantamientos de algunos facciosos. Esta vez Lisias consiguió derrotar a las fuerzas de Judas en Bet-zacarías, pero apenas estableció el cerco de Jerusalén supo que Filipo ya estaba en Antioquía y reclamaba la regencia. Ante esa amenaza, Lisias rápidamente convino la paz con Judas. De acuerdo con ese convenio, Menelao, el sumo sacerdote, fue sacado de su cargo, llevado a Antioquía y ejecutado. Alcimo, que, aunque era descendiente de Aarón no era del linaje de los sumos sacerdotes, fue constituido como sumo sacerdote en lugar de Menelao, pero fue depuesto por el pueblo cuando se llegó a saber que se oponía a Judas. Así, el sumo sacerdocio sufrió por la unión de la autoridad política y religiosa en una misma persona.

Hubo entonces un conflicto entre Lisias y Filipo por el control del rey niño, revueltas en las provincias orientales y la llegada desde Roma de Demetrio, hijo y legítimo heredero de Seleuco IV, quien 12 años antes había sido sacado de su trono por Antíoco IV por medio de engaños. Demetrio recibió una cordial bienvenida en Siria, pero instigó el asesinato de Antíoco V [Eupator, hijo de Antíoco IV Epífanes] -el niño rey-, privando así a Lisias de su poder, y como resultado Demetrio I Soter consiguió el trono en 162/161 AC...

Judas procuró fortalecer la causa de los asmoneos consiguiendo la amistad de Roma. Probablemente en 161 AC logró que se firmara un tratado de amistad, pero sin que se asegurase ayuda en caso de guerra civil. A pedido de los judíos helenizantes, Demetrio envió soldados para que se constituyeran en la guarnición de Jerusalén y confirmaran en el sumo sacerdocio a Alcimo, caudillo del partido helenístico que había acudido a él en busca de ayuda. Pero las bandas de los



asmoneos todavía merodeaban por el país, y lograron una victoria sobre Nicanor en Adasa, cerca de Bet-horón (162/161 AC). Demetrio envió entonces una fuerza bastante grande como para aplastar la revolución. Judas Macabeo fue muerto en Elasa, a unos 15 km al norte de Jerusalén, en 161 AC. Sus hermanos, junto con algunos sobrevivientes de su ejército, huyeron al desierto. Tanto los hasidim como los helenizantes fueron tolerados durante el dominio de los seléucidas. Alcimo murió al año siguiente, y el cargo de sumo sacerdote quizá estuvo vacante durante varios años, tal vez debido a luchas entre las facciones...

Las fuerzas seléucidas intentaron otra vez destruir las guerrillas de los asmoneos. Fortificaron varias ciudades, pero les pareció que era mejor hacer la paz con el nuevo caudillo macabeo, Jonatán, hermano de Judas. Micmas fue entregada a Jonatán como la residencia oficial de los asmoneos, donde podían vivir independientes de las fuerzas helenísticas de Jerusalén. Allí pasó Jonatán varios años incrementando su influencia sobre los judíos conservadores, y dominando finalmente toda Judea con excepción de Jerusalén.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 32, 33

No duró mucho el reinado de Demetrio I. Después de unos pocos años, los levantamientos dentro del imperio seléucida le dieron a Jonatán una oportunidad de fortalecer la posición de la casa de los asmoneos y de Judea. Alejandro Balas, apoyado por Atalo de Pérgamo como el supuesto hijo de Antíoco Epífanes, fue reconocido por Roma y aceptado por Tolomeo VI Filométor de Egipto como pretendiente al trono seléucida en oposición a Demetrio I. En 153/152 AC se estableció en Tolemaida, puerto al sur de Tiro. Ambos rivales procuraron beneficiarse con un Estado que sirviera de amortiguador en Palestina, y trataron de ganar el apoyo de Jonatán. Demetrio devolvió los rehenes a Jonatán, abandonó las guarniciones en Judea, y finalmente ofreció libertad completa a los asmoneos. Alejandro Balas, para no quedarse atrás, ganó su apoyo haciendo sumo sacerdote a Jonatán en 153 AC. Alejandro Balas y sus aliados derrotaron y mataron poco después a Demetrio. Jonatán, el nuevo sumo sacerdote, fue a Tolemaida a las bodas del nuevo rey con la hija de Tolomeo, Cleopatra Tea (nieta de la primera Cleopatra, pero no una de las siete reinas de Egipto que llevaron ese nombre...) En esa ocasión Jonatán fue ascendido a general y gobernador de Palestina. En esta forma la casa macabea, o asmonea, llegó a ejercer dominio sobre la nación judía en 151/150 AC...

Cuando el joven Demetrio Nicátor, hijo de Demetrio I, el verdadero descendiente de la casa de los seléucidas entró en el norte de Siria para deponer a Alejandro Balas, Jonatán apoyó a Balas contra el gobernador de Celesiria, que apoyaba la causa de Demetrio. En esa lucha Jonatán tomó Jope, Asdod y Ascalón. Pero Tolomeo entonces desconoció a Alejandro Balas y entregó a Cleopatra a Demetrio, a quien coronó como Demetrio II en 146 AC. En la guerra que siguió fueron muertos tanto Balas como Tolomeo. Demetrio II fue incapaz de gobernar con mano fuerte. A pesar de que el rey recibía las quejas de la guarnición de Jerusalén y de los judíos liberales, Jonatán aquietó al joven Demetrio con costosos regalos, y así ganó la victoria. Jonatán fue confirmado como sumo sacerdote y ejerció dominio sobre varios importantes distritos de Samaria.

Trifón jefe militar de Apamea, marchó contra Antioquía en 145 AC, obligó a Demetrio a que regresara a las ciudades de la costa y coronó al niño de Balas y Cleopatra Tea, como Antíoco VI. Pensando que había llegado la oportunidad para establecer un Estado judío Jonatán se alió con Antíoco VI por medio de Trifón. Por este tiempo envió un nuevo emisario al senado de Roma con la esperanza de hacer progresar las propuestas formales hechas por Judas. Trifón, fingiendo amistad, traicionó a Jonatán y lo mató probablemente en 143/142 AC. Pero como necesitaba más hombres, Trifón no prosiguió más allá de este asesinato. Regresó a Antioquía, depuso al niño Antíoco VI y se proclamó dictador; pero Demetrio II todavía estaba en posesión de las provincias de la costa...

Simón, hermano de Jonatán, inmediatamente se ocupó de los asmoneos de Jerusalén; y como venganza por el asesinato de su hermano, dio su apoyo a Demetrio II. En reciprocidad, el Estado Judío quedó prácticamente libre, fueron perdonadas todas las deudas por impuestos no pagados y se abolieron los tributos futuros. La guarnición seléucida de Jerusalén fue obligada a rendirse por hambre, y en 143/142 AC los judíos consideraron que había sido quitado el último impedimento para su independencia. Durante las festividades del 6º mes, en 141 AC, en plena asamblea el pueblo confirmó el sumo sacerdocio a la casa de Asmón, y Simón recibió el título de "sumo sacerdote y general y etnarca (gobernante del pueblo) de Dios". El Estado Judío era, pues, políticamente independiente, y comenzó a extenderse con la conquista de Jope y Gazara (Gezer).

En 141/140 AC Demetrio II combatió contra los partos, y fue hecho prisionero. Los partos pensaron que se podría convertir en un rehén valioso, y lo trataron muy cortésmente y le dieron como esposa a una hija del rey parto. Su hermano Antíoco Sidetes entró en Siria en 139/138 AC, pues se proponía expulsar a Trifón y restaurar en el reino a la casa de Seleuco. Cuando Cleopatra Tea supo que su esposo se había casado con una princesa parto, se casó con su cuñado Antíoco, y le dio su ayuda. Entonces Trifón asesinó al niño Antíoco VI; pero pocas semanas después fue apresado y se lo obligó a suicidarse. En esa forma llegó al trono Antíoco VII Sidetes. Era un rey



decidido, y se propuso que Palestina quedara bajo su control; sin embargo, fracasó su primer intento, y durante tres años Judea pareció estar en paz. Después en 135 AC, en una fiesta Simón fue muerto en Jerusalén debido a la traición de uno de sus yernos. El hijo de Simón, Juan Hircano, impidió que el asesino se apoderara del gobierno, y ocupó el lugar de su padre como sumo sacerdote.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 33-35

8.4.5. El reino asmoneo

El reino asmoneo, con sus altas y bajas, duró un poco más de un siglo, desde el 142 AC hasta el 40 AC cuando Roma vio que era conveniente intervenir después de dejar que el desgaste en los ptolomeos y seleúcidas les facilitara la tarea. Aunque ya los seleúcidas eran un gobierno vasallo, los ptolomeos caerían en las manos de Roma en la época de la conocida Cleopatra. Mientras tanto los asmoneos seguían gobernando con una mezcla de poder político y religioso, donde el sumo sacerdocio estaba bajo la esfera del poder. Es interesante esta parte de la historia pues nos muestra algo de la condición religiosa que más de un siglo después enfrentaría nuestro Señor Jesucristo. Desde el punto de vista militar los asmoneos llegaron a extender los límites del país casi hasta el apogeo de la monarquía hebrea, y obligaron a los idumeos a convertirse al judaísmo... los perseguidos se convirtieron en perseguidores. Pero la historia nos muestra una y otra vez el deterioro moral del otrora pueblo de Dios.

Poco después de que Juan Hircano asumiera el poder, Palestina fue invadida por Antíoco VII, el país fue saqueado y Jerusalén sitiada; y después de más de un año, Juan Hircano fue obligado a rendirse. Antíoco aceptó que se le pagara tributo, se le entregaran rehenes e impuso una indemnización. Sin embargo, no privó a los judíos de su libertad, posiblemente por respeto a Roma. Poco más tarde, Antíoco VII -último rey fuerte de los seléucidas- fue muerto (en 129 AC) mientras estaba en campaña contra los partos en un esfuerzo por restablecer el dominio seléucida en el este. Poco después los partos arrebataron Babilonia a los seléucidas, y de allí en adelante este imperio nunca recobró su antiguo poder.



Durante esta campaña los partos liberaron a Demetrio II y lo enviaron de nuevo a Siria para tratar de detener el avance seléucida. Demetrio II, cuyo reinado fue interrumpido durante diez años por el gobierno de su hermano, mientras él estaba prisionero en Partia, reasumió el gobierno a la muerte de Antíoco VII (129 AC). Pero se le opusieron su ex esposa Cleopatra y un candidato apoyado por los egipcios. Después de varios años de guerra civil intermitente, Demetrio II fue asesinado en 126/125 AC. Más tarde (115-113 AC) lucharon por la supremacía Antíoco VIII (Gripo), hijo de Cleopatra Tea y de Demetrio II, y Antíoco IX (Ciziceno), hijo de Cleopatra Tea y de Antíoco VII. Desde entonces hubo contienda entre las facciones de varios reyes rivales sucesivos, hasta que Roma tomó el poder en el año 64 AC. Esto le dio al Estado Judío la oportunidad para fortalecerse.

Mientras Roma se mantenía a la expectativa, observando cómo se destruían entre sí las casas de Seleuco y Tolomeo, Juan Hircano se convirtió de nuevo en un príncipe independiente, extendió su territorio en Palestina, y destruyó la ciudad de Samaria y el templo del monte Gerizim. Los nabateos -pueblo árabe de Transjordania- que adquirieron bastante poder durante la declinación de los seléucidas, habían arrebatado territorio a los edomitas, muchos de los cuales se establecieron en el Neguev o Palestina del sur. Después Juan Hircano atacó a esos edomitas, llamados entonces idumeos, y los obligó a abandonar el país o a circuncidarse y convertirse al judaísmo (**Josefo, Antigüedades XIII. 9. 1**). De esa manera los asmoneos, que al principio fueron paladines de la libertad contra la persecución religiosa, terminaron por imponer su religión a otros. Este esfuerzo por unir las casas de Esaú y Jacob, plan que había fracasado en lo pasado, estaba destinado a causar muchos sufrimientos y pesares en años posteriores, cuando el idumeo Herodes gobernó a los judíos... Juan Hircano encontró poca oposición externa, pero mucha dentro de su propia nación. Los hasidim -el fanático partido de los "piadosos [antepasados históricos desde el punto de vista teológico de los fariseos]"- se habían distanciado hacía algún tiempo de los sacerdotes-gobernantes asmoneos, cada vez más mundanos. Juan Hircano pertenecía a los fariseos, como fueron llamados más tarde los principales representantes de los más antiguos hasidim... Pero, según la tradición,



los fariseos lo ofendieron, por lo cual se unió con los saduceos (sucesores de los helenistas moderados más antiguos), y ese proceder suyo le granjeó el antagonismo del pueblo.

Dice, **Josefo** que al morir Juan Hircano (Hircano I) en 105/104 AC, su esposa lo reemplazó como gobernante civil, y su hijo Aristóbulo (I) como sumo sacerdote. Pero Aristóbulo hizo morir de hambre a su madre, aprisionó a tres de sus hermanos y asumió el doble título de gobernante y sumo sacerdote [la corrupción del sistema sacerdotal era más que evidente, y lo que era tan sagrado como el sumo sacerdote era un botín más por tomar]. Su hermano Antígono lo ayudó en el gobierno hasta que cayó en desgracia y fue asesinado. En su breve año de gobierno, Aristóbulo guerreó contra los itureos, pueblo pagano del norte. Cuando tomó a Galilea, obligó a los habitantes -como se había obligado a los idumeos- a que se circuncidaran y aceptaran el judaísmo [recordemos que en tiempos de Jesús no se tenía a Galilea en buena estima, desde el punto de vista religioso dominante]. Cuando Aristóbulo murió (103 AC), su viuda Alejandra (Salomé) sacó de la prisión a su hermano Alejandro Janneo, se casó con él, y lo nombró gobernante y sumo sacerdote. Alejandro, y quizá Aristóbulo antes que él, se añadió el título de rey. Alejandro mató a su otro hermano preso, y apaciguó a los fariseos dándoles importantes cargos en el gobierno. Entonces hizo planes para conquistar distritos circunvecinos para que el reino de Israel recobrara el territorio que aproximadamente había ocupado en los días de David. El primer ataque de Alejandro contra Tolemaida, en la costa, al oeste de Galilea, envolvió a los Judíos en una lucha entre Tolomeo VIII Látiro (o Evérgetes) y su madre Cleopatra III, de Egipto. Alejandro Janneo fue derrotado no sólo en Tolemaida sino también en Gaza y otros pueblos Judíos. Sin embargo, permaneció como señor de los territorios ocupados.

Alejandro Janneo fue sumamente detestado por los judíos, tanto en Jerusalén como en el ejército. Como sumo sacerdote, una vez se presentó ante el altar para ofrecer sacrificios y el pueblo le arrojó limones. Se enfureció por eso, y ordenó matar a más de 6.000 personas. Posteriormente estalló una guerra civil en la cual los judíos por un tiempo se aliaron con un príncipe seléucida contra su propio rey que perseguía bárbaramente a los fariseos.

Alejandro Janneo, a pesar de sus muchos defectos, conquistó territorios al este del Jordán y en la antigua costa filistea. Así extendió los límites del país hasta donde habían llegado aproximadamente durante el apogeo de la antigua monarquía hebrea.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 35, 36

8.4.6. Roma y los Asmoneos

Luego de la muerte de Alejandro Janneo, en realidad muy poco apreciado, como hemos mencionado en la cita anterior, había extendido el reino a su mayor expresión en ese tiempo. Sin embargo, las intrigas palaciego-religiosas continuaban y el poder político se aliaba con las principales sectas del judaísmo: fariseos y saduceos. Desde ese tiempo ya podemos ver la rivalidad entre estos dos grupos religiosos que se mostraría en el tiempo de Jesús. Se acercaba la intervención romana que terminaría, no sin lucha, con la dinastía asmonea.

Alejandro Janneo murió finalmente en 76/75 AC. Su viuda Alejandra (Salomé), quizá aconsejada por él, se inclinó hacia los fariseos y logró gobernar como reina. Los fariseos habían sufrido tanto durante el cruel gobierno de Janneo, que estaban dispuestos a que reinara una mujer para ver si así podían recuperar el poder. Alejandra retuvo la autoridad civil... y confió el sumo sacerdocio a su hijo Hircano II. Pero su hijo Aristóbulo II se puso de parte de los saduceos, y se reinició la lucha entre los saduceos liberales y los fariseos conservadores. Hircano II permitió una persecución contra los saduceos, que los forzó a huir a otras partes de Palestina, por lo que resolvieron iniciar una rebelión contra él.

Cuando Alejandra murió (67 AC), toda la autoridad del reino, tanto civil como religiosa, pasó a manos de Hircano II; pero la lucha entre Hircano y su hermano Aristóbulo causó la intervención de Roma y el fin del gobierno de los asmoneos en 63 AC. Antes de terminar el capítulo final de la independencia judía, es necesario regresar para retomar el hilo de la historia romana que lleva a la conquista del este por Pompeyo.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 36

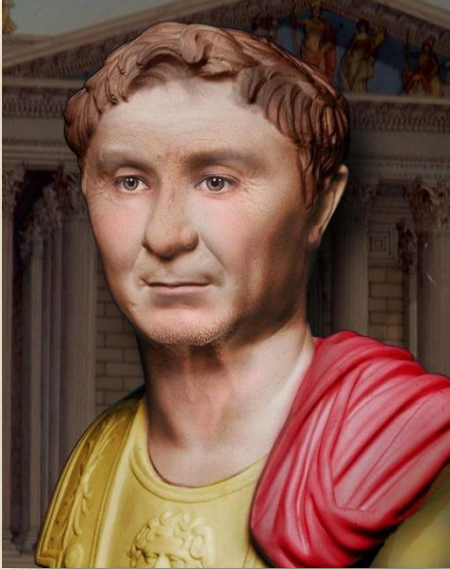
Se ha mencionado la caída del reino sacerdotal judío frente a Roma... pero no se la ha descrito. El fin del gobierno de los asmoneos estuvo estrechamente vinculado con el surgimiento de la familia de Herodes, de ascendencia idumea, es decir, de los edomitas que fueron obligados por Juan Hircano (de origen macabeo) a aceptar la fe judía... Esta estrecha vinculación de los edomitas y los judíos dio la oportunidad a un edomita de nombre Antípatro (o Antipas) de ocupar un cargo civil en el reino judío, y se convirtió para los judíos en el gobernador de Idumea. Su hijo, también llamado Antípatro, parece que ocupó más tarde el mismo cargo. Cuando estalló la guerra civil entre los hermanos macabeos -Hircano II y Aristóbulo II-, el Antípatro menor apoyó a Hircano y se alió con Aretas III, rey de los nabateos, pueblo árabe de la Transjordania y del antiguo territorio edomita.



Aretas atacó y derrotó a Aristóbulo, quien se refugió en la fortaleza de Jerusalén.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 41

En este momento fue cuando los romanos intervinieron en la guerra. Pompeyo se quedó en el Cercano Oriente después de haber vencido a los reyes del Ponto y de Armenia en el año 66 AC... En el año 65 AC el general a quien Pompeyo envió a Siria recibió honores de los enviados de Hircano y de Aristóbulo. Probablemente por la razón práctica de que Aristóbulo estaba seguro en su refugio de Jerusalén, los romanos se pusieron de su lado y contra Hircano.



El ejército romano prosiguió su avance hacia el sur, y obligó a Aretas a que levantara el sitio contra Jerusalén y se retirara. Pero la conducta arrogante de Aristóbulo hizo que Pompeyo desconfiara de él y lo apresara. El ejército romano tomó a Jerusalén con la traicionera ayuda de los seguidores de Hircano, aunque los soldados de Aristóbulo retuvieron la colina del templo durante tres meses más. Los romanos abrieron finalmente una brecha en los muros a mediados del año 63 AC. En la captura posterior de la zona del templo fueron muertos unos 12.000 judíos. Pompeyo y sus oficiales entraron en el lugar santísimo y contemplaron asombrados un sagrario que no tenía ninguna representación visible del Dios que allí era adorado (cf. **Josefo, Guerra de los judíos i. 7. 6**).

Pompeyo terminó con el reino macabeo y arrebató un territorio considerable a Judea; permitió que Hircano continuara como sumo sacerdote y que gobernara con el título de etnarca ("gobernante del pueblo"), quizá bajo la supervisión del gobernador romano de Siria. Antípatro se convirtió en su primer ministro. Aristóbulo y sus hijos fueron enviados a Roma como prisioneros; sin embargo, escaparon, y en tres ocasiones se sublevaron contra los romanos; pero en las tres oportunidades fueron derrotados desastrosamente. Gabinio, procónsul romano de Siria, se enfureció y dividió a Judea en cinco distritos, cada uno gobernado por un concilio de ancianos. Debido a esta disposición, Hircano cada vez tuvo menos responsabilidad administrativa, mientras que Antípatro adquiría más y más autoridad convirtiéndose en el virtual gobernante. En el año 54 AC, Craso, el triunviro... y sucesor de Gabinio como procónsul de Siria, con el pretexto de conseguir dinero para una campaña contra los partos, saqueó el tesoro del templo, por lo que los judíos se sublevaron en el año 53 AC. En el año 48 AC -cuando Pompeyo fue muerto en Egipto después de su derrota ante Julio César en la batalla de Farsalia- Antípatro se cambió de bando convirtiéndose en un poderoso y eficiente aliado de Julio César; y éste, a su vez, concedió favores a los judíos. En el año 47 AC se le dio plena autoridad a Hircano, con los títulos de etnarca y sumo sacerdote, cargos que fueron convertidos en hereditarios para los judíos. Sin embargo, Antípatro todavía era quien tenía el poder y hacía notar esto a los judíos, para gran disgusto de la nobleza. Antípatro nombró a su hijo Fasaelo gobernador de Jerusalén y sus alrededores, y como gobernador de Galilea a un hijo suyo más joven, a Herodes, conocido más tarde como Herodes el Grande.

Después de que Julio César fue asesinado en el año 44 AC, Casio, uno de los conspiradores contra César, consiguió el mando en la zona del Oriente mediterráneo y recibió el cordial apoyo de Antípatro y Herodes. Casio, como retribución, convirtió a Herodes en gobernador de Celesiria. Poco después Antípatro fue envenenado en Jerusalén.

En el año 42 AC, después de la derrota de Bruto y de Casio, Antonio asumió el control de los intereses romanos en el Oriente. Como Antonio había sido antes amigo de Antípatro, rechazó las súplicas de los judíos de que eliminara a la casa herodiana, y retuvo a Herodes y a su hermano Fasaelo como etnarcas de Palestina. Se permitió que Hircano permaneciera, pero sólo como sumo sacerdote. Herodes robusteció su posición ante los judíos desposándose con Mariamne, una nieta de Hircano II...

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 41, 42

8.4.7. Herodes y el fin de los asmoneos

La intervención romana colocó como rey en el año 40 AC a Herodes, más tarde llamado el Grande, por sus colosales obras, y no precisamente por su carácter. Era de origen idumeo, aunque sus padres eran prosélitos judíos y el fue criado como tal. Nació el año 74/73 AC y empezó a reinar a los 33 o 34 años. Aunque había sido reconocido por Roma en el 40 AC, le costó tres años vencer a los asmoneos sellando su triunfo con una matanza que nadie olvidó, y que lo hizo ser odiado por el pueblo. Su espíritu violento lo llevó a eliminar por igual, a sus enemigos en la nobleza judía, a sus



parientes e incluso a sus mejores amigos... Recordemos además que fue Herodes el Grande quien mandó matar a los niños inocentes y murió el año 4 AC. La muerte está fechada en base a un eclipse lunar que ocurrió muy poco antes de su fallecimiento en Jericó. Alguna vez hemos mencionado que el nacimiento de Jesús no ocurrió en el año 1 DC como la mayoría cree por las tradiciones existentes. Hablaremos algo de esto en la siguiente cronología.



Al año siguiente los partos invadieron a Siria, y Antígono, hijo de Aristóbulo, levantó el estandarte de la revolución y consiguió la ayuda de un ejército de los partos. Fasaelo fue tomado prisionero y finalmente se suicidó, mientras que Herodes huía y conseguía llegar a Roma, en donde se ganó la simpatía de Antonio y de Octavio, que en ese tiempo estaban aliados; y en el año 40 AC el senado romano, por unanimidad, nombró a Herodes como rey de Judea.

Aunque Herodes contaba con el apoyo de los romanos, necesitó tres años para poder ocupar su trono. Los judíos que se le oponían ofrecieron su última resistencia en Jerusalén. Se necesitaron casi tres meses para tomar la ciudad alta y la zona del templo. Fue horrorosa la matanza que siguió, pues tanto los romanos como los judíos del bando de Herodes estaban enfurecidos por la tenaz resistencia que les oponían. Antígono, el último Macabeo que actuó como rey, fue flagelado ignominiosamente y ejecutado ante el insistente pedido de Herodes. Ahora (37 AC) Herodes era amo de una ciudad en ruinas y rey de una nación que lo odiaba.

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 42

Desde el punto de vista de la política y la cultura, Herodes con justicia fue llamado "grande". Tuvo éxito en mantener un equilibrio de lealtad a Roma en la cambiante corriente de una difícil conducción política. Por un lado, fortaleció su reino y fomentó su prosperidad, mientras que por el otro conservó la amistad y cooperación de César Augusto. Pero junto con sus mejores cualidades estuvo dominado por celos crecientes, y su desconfianza llegó hasta el punto de dar muerte a sus parientes más cercanos y a sus mejores amigos...

Casi inmediatamente después de subir al trono, Herodes hizo ejecutar a 45 nobles que habían encabezado la revolución de Antígono. Muchos de esos hombres eran miembros del sanedrín, y su pérdida hizo necesaria la reorganización de ese cuerpo. Los fariseos tuvieron predominio en ese consejo reorganizado; sin embargo, muchos de esos fariseos se oponían a Herodes, y aun se habían negado a prestarle juramento de lealtad. Por lo tanto, no les permitió que ejercieran una influencia significativa en política. Por esta razón el sanedrín se convirtió en un lugar donde principalmente se discutían cuestiones teológicas...

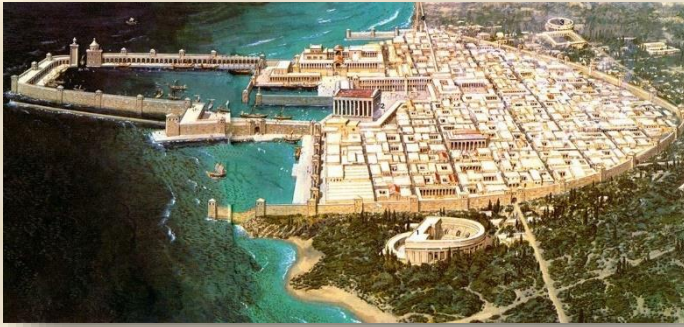
Herodes ofendió al residuo de la familia de los asmoneos (macabeos) al nombrar como sumo sacerdote a un oscuro judío babilonio (o egipcio). Herodes sospechaba que los asmoneos complotaban contra él, por lo que finalmente hizo matar al anciano Hircano II; a la hija de éste, Alejandría, suegra de Herodes; al nieto de Hircano y cuñado del propio Herodes, el bien parecido Aristóbulo III, y finalmente a Mariamne, hermana de Aristóbulo y esposa del propio Herodes. Con excepción de sus hijos con Mariamne, esto significó el fin de la casa de los asmoneos, que durante casi 150 años había predominado en los asuntos judíos...

Como Alejandro Magno, Augusto, protector de Herodes, determinó unificar el mundo romano por medio de la difusión de la cultura griega. Herodes siguió rápidamente su ejemplo, e intentó hacer en Palestina lo que Augusto hacía en mayor escala en el imperio. Una ola de paganismo invadió a Jerusalén. Las carreras y los juegos griegos estaban a la orden del día; la religión y la exhibición del paganismo florecían delante del templo, y por todo el país, en diversos lugares, se erigían santuarios a dioses paganos. Algunos de los fariseos reaccionaron y se confabularon contra Herodes, por lo que éste se desquitó enérgicamente matando a muchos de ellos...

Herodes construyó fortalezas por todos sus dominios y en los lugares estratégicos para reprimir a los judíos revoltosos. Su propio hermoso palacio en Jerusalén era, en realidad, una fortificación. Gastó años y miles de talentos en construir la ciudad de Cesarea, y en hacer en ella un



puerto artificial, pero efectivo [ver la imagen siguiente]. Sus actividades como constructor trascendieron Palestina. Obsequió mercados, gimnasios y templos a comunidades tan remotas como algunas que estaban en Grecia, Rodas y Siria.



El proyecto máximo de Herodes fue la reconstrucción del templo de Jerusalén. El templo de Zorobabel, aunque había sido bello, ya tenía casi 500 años de antigüedad y necesitaba muchas reparaciones. Herodes se propuso satisfacer su propio orgullo artístico y al mismo tiempo ganarse la amistad de los judíos dándoles un magnífico lugar para su culto. Se dedicaron 18 meses a la reedificación del santuario propiamente dicho, y ocho años en los trabajos de las plataformas circundantes, los muros, atrios y pórticos. Después de que la obra hubo

llegado a este punto y el templo estaba en pleno uso, aún quedaba mucho por hacer. En realidad, los detalles del templo no se completaron hasta después del año 62 DC [66 años después de su muerte], sólo pocos años antes de que fuera destruido por los romanos...



Aristóbulo y Alejandro, hijos de Herodes y de Mariamne, su esposa asmonea, habían sido educados en Roma; eran altos, hermosos, y estaban orgullosos de su sangre asmonea. Cuando regresaron a Jerusalén se convirtieron en el blanco de los complots de Salomé, la hermana de Herodes, y de Antípatro, hijo de Herodes. Como resultado se despertaron las sospechas de Herodes contra estos dos hijos suyos, y finalmente los hizo ejecutar en el año 7 AC. En ese tiempo también murieron apedreados unos trescientos judíos acusados de simpatizar con ellos. Antípatro continuó su rebelión hasta que, sólo cinco días antes de morir, Herodes ordenó que también fuera ejecutado ese hijo suyo.

A medida que Herodes se aproximaba al fin de su vida, podía enorgullecerse de muchos logros significativos. Dejaba monumentos de gran belleza artística y el comercio y las manufacturas de Palestina estaban en buenas condiciones; pero su pueblo no lo amaba. La gente lo aborrecía por los elevados impuestos que cobraba, por sus actividades paganizantes y sus muchas crueldades.



Cuando enfermó y se propagó la noticia de que no podría curarse, en Jerusalén estalló una alegría incontenible, y una turba derribó el águila de oro -odiado emblema de sus dominadores romanos- que Herodes había colocado a la entrada del templo. Por eso, cuando Herodes sanó, se vengó de muchos de esos frustrados festejadores.

Cuando comprendió que sus últimos días se aproximaban, el anciano rey ordenó a su hermana Salomé que encarcelara en el hipódromo a todos los caudillos judíos y los hiciera matar tan pronto como él muriera, para que toda la nación estuviera de luto cuando le llegara la hora de su muerte. Salomé cumplió con la orden de aprisionarlos, pero más tarde los puso en libertad.

Uno de los últimos actos sanguinarios de Herodes el Grande fue la cruel matanza de los niños de Belén en un vano esfuerzo por destruir al Mesías, el recién nacido Jesús, del cual había oído por los magos del Oriente (**Mateo 2: 1-18**). José y María escaparon con el niño a Egipto, en donde permanecieron hasta que Herodes murió a principios del año 4 AC...

Comentario Bíblico Adventista Tomo V, 42-44

8.4.8. El silencio profético

Desde el año 425 AC, fecha estimada de la última profecía de **Malaquías** hay un prolongado silencio profético escrito de más de cinco siglos, si lo contamos hasta el primer escritor del Nuevo Testamento, probablemente Pablo en una de sus cartas. No hay profecía en una época en la que, por la evidencia que hemos presentado, el pueblo llamado a representar al Dios Omnipotente en este mundo sufría una apostasía cada vez más profunda.

Aunque seguramente no faltaron testigos fieles en este tiempo, ninguno de ellos dejó un registro en las Sagradas Escrituras. Hombres, como Juan el Bautista que empezó a predicar un poco antes del bautismo de Jesús (27 AC), seguro existieron en ese tiempo, pero sus mensajes de amonestación no han quedado registrados para nosotros. Lo que si es evidente es que no hubo una recuperación de la espiritualidad en ese tiempo, y las condiciones se agravaron cuando se acercaba la venida del Mesías.

Los registros de la historia no mencionan más grandes profetas en este sentido y esfera superiores, hasta el advenimiento de Juan el Bautista. Sin embargo, es cierto que hubo hombres y mujeres profetas que mantuvieron viva la obra de enseñar la voluntad de Jehová durante este tiempo. Con la ausencia de los profetas nacionales, se prestó más atención a la multiplicación de los escritos de los profetas anteriores. Se establecieron sinagogas, en las que se leían de sábado a sábado las palabras de inspiración que se habían conservado a través de los siglos. Se les había dado amplia instrucción en los escritos de los profetas del Antiguo Testamento, hasta que surgiera otra crisis, cuando Dios les visitara de nuevo con notables manifestaciones del don profético.

Arthur G. Daniells, The Abiding Gift of Prophecy, 158, 159 (traducido por el autor)

En aquel entonces los sistemas paganos estaban perdiendo su poder sobre la gente. Los hombres se hallaban cansados de ceremonias y fábulas. Deseaban con vehemencia una religión que dejase satisfecho el corazón. Aunque la luz de la verdad parecía haberse apartado de los hombres, había almas que buscaban la luz, llenas de perplejidad y tristeza. Anhelaban conocer al Dios vivo, a fin de tener cierta seguridad de una vida allende la tumba.

Al apartarse los judíos de Dios, la fe se había empañado y la esperanza casi había dejado de iluminar lo futuro. Las palabras de los profetas no eran comprendidas. Para las muchedumbres, la muerte era un horrendo misterio; más allá todo era incertidumbre y lóbreguez. No era sólo el lamento de las madres de Belén, sino el clamor del inmenso corazón de la humanidad, el que llegó hasta el profeta a través de los siglos: la voz oída en Ramá, "**grande lamentación, lloro y gemido: Raquel que llora sus hijos; y no quiso ser consolada, porque perecieron**". Los hombres moraban sin consuelo en "**región y sombra de muerte**". Con ansia en los ojos, esperaban la llegada del Libertador, cuando se disiparían las tinieblas, y se aclararía el misterio de lo futuro.

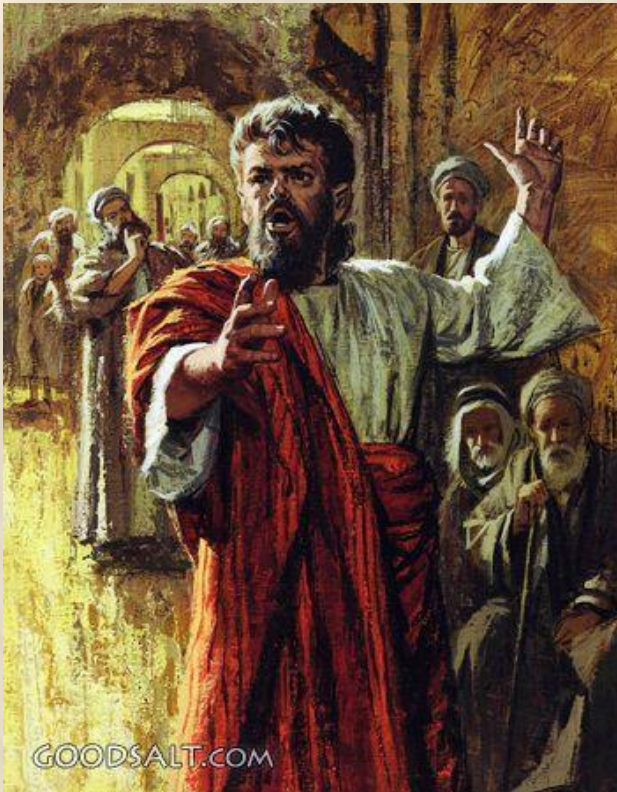
Hubo, fuera de la nación judía, hombres que predijeron el apareamiento de un instructor divino. Eran hombres que buscaban la verdad, y a quienes se les había impartido el Espíritu de la inspiración. Tales maestros se habían levantado uno tras otro como estrellas en un firmamento oscuro, y sus palabras proféticas habían encendido esperanzas en el corazón de millares de gentiles.

Desde hacía varios siglos, las Escrituras estaban traducidas al griego, idioma extensamente difundido por todo el imperio romano. Los judíos se hallaban dispersos en todas partes; y su espera del Mesías era compartida hasta cierto punto por los gentiles. Entre aquellos a quienes los judíos llamaban gentiles, había hombres que entendían mejor que los maestros de Israel las profecías bíblicas concernientes a la venida del Mesías. Algunos le esperaban como libertador del pecado. Los filósofos se esforzaban por estudiar el misterio de la economía hebraica. Pero el fanatismo de



los judíos estorbaba la difusión de la luz. Resueltos a mantenerse separados de las otras naciones, no estaban dispuestos a impartirles el conocimiento que aún poseían acerca de los servicios simbólicos. Debía venir el verdadero Intérprete. Aquel que fuera prefigurado por todos los símbolos debía explicar su significado.

Dios había hablado al mundo por medio de la naturaleza, las figuras, los símbolos, los patriarcas y los profetas. Las lecciones debían ser dadas a la humanidad en su propio lenguaje. El Mensajero del pacto debía hablar. Su voz debía oírse en su propio templo. Cristo debía venir para pronunciar palabras que pudiesen comprenderse clara y distintamente. El, el Autor de la verdad, debía separar la verdad del tamo de las declaraciones humanas que habían anulado su efecto. Los principios del gobierno de Dios y el plan de redención debían ser definidos claramente. Las lecciones del Antiguo Testamento debían ser presentadas plenamente a los hombres.



Quedaban, sin embargo, entre los judíos, almas firmes, descendientes de aquel santo linaje por cuyo medio se había conservado el conocimiento de Dios. Confiaban aún en la esperanza de la promesa hecha a los padres. Fortalecían su fe espaciándose en la seguridad dada por Moisés: “el Señor vuestro Dios os levantará profeta de vuestros hermanos, como yo; a él oiréis en todas las cosas que os hablare”. Además, leían que el Señor iba a ungir a Uno para “predicar buenas nuevas a los abatidos”, “vendar a los quebrantados de corazón”, “publicar libertad a los cautivos” y “promulgar año de la buena voluntad de Jehová”. Leían que pondría “en la tierra juicio; y las islas esperarán su ley”, como asimismo andarían “las gentes a su luz, y los reyes al resplandor de su nacimiento”.

Las palabras que Jacob pronunciara en su lecho de muerte los llenaban de esperanza: “no será quitado el cetro de Judá, y el legislador de entre sus pies, hasta que venga Shiloh”. El desfalleciente poder de Israel atestiguaba que se acercaba la llegada del Mesías. La profecía de Daniel describía la gloria de su reinado sobre un imperio que sucedería a todos los reinos terrenales; y, decía el profeta: “permanecerá para siempre”. Aunque pocos comprendían la naturaleza de la misión de Cristo, era muy difundida la

espera de un príncipe poderoso que establecería su reino en Israel, y se presentaría a las naciones como libertador.

El cumplimiento del tiempo había llegado. La humanidad, cada vez más degradada por los siglos de transgresión, demandaba la venida del Redentor. Satanás había estado obrando para ahondar y hacer insalvable el abismo entre el cielo y la tierra. Por sus mentiras, había envalentonado a los hombres en el pecado. Se proponía agotar la tolerancia de Dios, y extinguir su amor por el hombre, a fin de que abandonase al mundo a la jurisdicción satánica.

Satanás estaba tratando de privar a los hombres del conocimiento de Dios, de desviar su atención del templo de Dios, y establecer su propio reino. Su contienda por la supremacía había parecido tener casi completo éxito. Es cierto que en toda generación Dios había tenido sus agentes. Aun entre los paganos, había hombres por medio de quienes Cristo estaba obrando para elevar el pueblo de su pecado y degradación. Pero eran despreciados y odiados. A muchos se les había dado muerte. La oscura sombra que Satanás había echado sobre el mundo se volvía cada vez más densa.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 24-26

La obra de **Arthur G. Daniells, El Permanente Don de Profecía** sostiene como **Ellen G. White**, que hubo hombres que se mantuvieron firmes a la verdad y condenaron la corrupción de sus tiempos. La Sierva del Señor parece señalar que estas “almas firmes” eran “descendientes de aquel santo linaje por cuyo medio se había conservado el conocimiento de Dios”, dando a entender que pertenecían a la estirpe santa que llegaría hasta el Mesías. Los ha habido también después entre



aquellos que se mantuvieron firme en la apostasía de la iglesia cristiana durante la Edad Antigua y la Edad Media y que iluminaron la Reforma y etapas posteriores.

Estas palabras son verdaderamente significativas. Sostienen la premisa mantenida a lo largo de esta obra; a saber, que el don profético concedido a la raza después de la caída del hombre nunca fue retirado permanentemente. Este don continuo no se limitó a los profetas hebreos indicados, y no cesó con **Malaquías**. Que estas palabras queden grabadas como con una pluma de acero en las tablas de la mente, para que nunca se olviden:

“Fuera de la nación judía” hubo hombres que “predijeron” la venida de Cristo, y a quienes “fue impartido el Espíritu de inspiración [¡fíjate!]”. Tales fueron denominados “maestros”, de quienes se declara sobriamente: “sus palabras de profecía [¡nótese de nuevo!] habían encendido la esperanza en los corazones de miles en el mundo gentil”.

Sin duda, los “magos de Oriente”, cuya visita al Niño en el pesebre se registra en las Escrituras, procedían de esta clase de maestros del mundo gentil a quienes “fue impartido el Espíritu de inspiración”. Conocían el momento del nacimiento de Jesús. Fueron guiados por una estrella celestial hasta Belén. Se les advirtió en sueños que regresaran a casa por otro camino que no fuera Jerusalén, para evitar al malvado Herodes.

De tal clase de hombres se dice que “comprendían mejor las profecías de las Escrituras relativas al Mesías que los maestros de Israel”. Siendo esto cierto, ¡qué trágico! Sin embargo, ¡qué milagroso y qué misericordioso es el Señor!

Aquí se enuncia una verdad profunda y un poderoso principio de cobertura: cada generación ha tenido sus testigos inspirados, si tan sólo pudiéramos encontrarlos y leer los registros como lo hace nuestro Padre celestial. Hemos de recordar y aplicar esta gran verdad a medida que nos adentramos y atravesamos la era cristiana, en la que los apóstoles-profetas llamados por el propio Cristo cesan con Juan. Pero los dones espirituales que Dios “dio” a los hombres en el sentido más pleno, más elevado y nuevo, no pasaron del mundo, sino que aparecen verdaderamente a través de los siglos que pasan para guiar e instruir, para advertir y consolar, al pueblo de Dios en tiempos de peligro espiritual y apostasía sin paralelo. Los encontraremos si los buscamos diligentemente.

Arthur G. Daniells, The Abiding Gift of Prophecy, 159, 160 (traducido por el autor)

Dios le bendiga.